ISABEL LAGGER

LA MUJER DEL HUESERO

A LA MEMORIA DE FLORENTINO AMEGHINO

eBook KINDLE

ISABEL LAGGER

LA MUJER DEL HUESERO

A LA MEMORIA DE FLORENTINO AMEGHINO

QUO VADIS EBOOKS

LA MUJER DEL HUESERO
Novela – Primera edición eBook Kindle
© 2016 – Isabel Lagger

© QUO VADIS EDICIONES
Director: José Oviedo Oller
Fidias 295 - Bº Costa Azul - Tel:(03541)15622704-15624865
(5152) Villa Carlos Paz - Córdoba – Argentina
E-mail: quovadisediciones@hotmail.com
www.facebook.com/Quo-Vadis-Ediciones-1451662205152917

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723

Desarrollado en Argentina

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o por fotocopia, sin previa autorización del Autor.

A Facundo: que estrena su camino con la esperanza a cuesta

El ámbito tomaba un carácter sobrenatural cuando las gitanas flameaban sus polleras. Los paseantes trataban de esquivarlas para evitar esos ojos azabaches que solían perturbarlos, pero aun así había un aire de magia en la ciudad, de brindis con la vida, de alegría suprema. Un aroma a licor, a vino fresco, a manzanilla recién cortada, porque París vivía en estado de fiesta. Un tiempo alejado de reflexiones, balances o trajines, donde todo parecía efímero, banal, inacabado. Las fuentes con activos surtidores moderaban las altas temperaturas. Leo Poirier buscó aliviar su calor acercándose a una de ellas. Paseaba junto a sus hermanos, encandilado con las maravillas que ofrecían las calles céntricas, y fue Paul, el mayor, quien entre risotadas arrojó agua a Michel, y cuando quisieron acordarse, todos estaban completamente empapados.

Arrastrando el misterio de sus prendas multicolores, las gitanas iban a la pesca de incautos para ganarse la vida, ofreciéndoles destinos marcados o bálsamos de enredados misterios. Atacaban rebeldías, ingenuidades y escepticismos en las noches de un verano que estaba llamado a perdurar. Los hermanos Poirier no eran ajenos a las frecuentes críticas que recibían esas mujeres, generalmente acusadas de promiscuas, y aun así no podían sustraerse al deseo de recibir una pequeña cuota de sus artes paganas. Ellas acercaron sus faldas superpuestas, sus cabellos trenzados, completamente salvajes. Únicas, distintas y distantes, perteneciendo a una raza inescrutable que no manifestaba interés por integrarse a la ciudad. Todas mujeres. Inquietas, curiosas, desenvueltas. La mayor, con cartas del Tarot en exhibición, la más joven, con un gracioso descaro, y todas con el misterio como guía. De pronto una tomó la mano de Leo adelantándose a sus compañeras, quitándole la posibilidad de reaccionar. La sorpresa le impidió resguardar su privacidad cuando aquellos ojos extraños se clavaron en la palma de su mano y en ese instante de desnudo estupor supo que le estaba concediendo poder absoluto a la gitana. Desconocía sus intrigas y suspensos y sólo para no caer rendido a sus encantos, con un vestigio de temor en rebeldía, intentó controlar el temblor. No pudo. Aquel inesperado contacto contagiaba incertidumbre a su piel. Era la primera vez que recorría los paisajes nocturnos de París en compañía de sus hermanos mayores. Hasta entonces, la ciudad era su territorio exclusivo.

—Quieto mozuelo —dijo la zíngara.

—Sólo te adivinarán el futuro —murmuró su hermano Michel al oído.

Una marea humana recorrí a la ancha avenida de la ciudad iluminada. París congregaba al mundo con su exposición internacional de mil ochocientos setenta y ocho, y se había vuelto algo así como un imán inocultable para los franceses, y también para los extranjeros que recorrían los Campos de Marte decididos a no perderse su burbujeante actividad.

—Tendrás una vida rodeada de huesos —dijo de repente la gitana.

—¿Huesos? —preguntó Leo con estupor.

—Huesos que te llevarán lejos, muy lejos…— continuó la mujer oráculo.

Desconocía la pitonisa que también se aludía a huesos por allí cerca, a uno pasos nomás, donde se anunciaba la inminente conferencia de un sabio sudamericano.

Sus hermanos rondaban la escena mientras Leo friccionaba nerviosamente sus manos para borrar las huellas que parecían anticiparle tan extraño futuro. ¿Había desafiado al destino con su juego? Alterar imaginariamente la realidad para manejarse a voluntad, apelando a libertades que nunca dispondría, era su esparcimiento preferido. No obstante ahora, una tercera persona pronosticaba su futuro en esa sintonía y parecía hacerlo con profesionalismo.

—Otra cosa —dijo la gitana, en tanto contaba las monedas recibidas. —No creas que me engañaste vistiéndote de varón.

Se sonrojó. Había elegido vestimenta masculina contando con la complicidad de esos hermanos que salían y entraban al hotel de la familia con absoluta discrecionalidad. Usar ropa de hombre permitía acoplarse en un plano de igualdad, evitando las reglas que las normas sociales imponían a una joven. “Los buenos modales dan prestigio a una casadera”, decía siempre su madre, como si el sueño de su vida fuera solamente casarse y tener una familia. Leontina Poirier sostenía que los modales disimulaban miedos o perplejidades con aparente solidez, porque desde ellos, o con ellos, había que sonreír sin tener deseos de hacerlo ni de mostrarse sumisa ante un posible candidato.

“Lejos, te irás lejos”, acababa de decirle la gitana. Lejos, como en sus sueños, cuando se sumergía en escenarios exóticos, habitados por hombres y mujeres que entretenían sus días con oficios sencillos. “Lejos. Te irás lejos”, repiqueteaban en sus oídos las palabras de la adivina.

Sumergió sus manos en el agua para refrescar parte de su turbación. La holgada camisa de su hermano cubría sus formas femeninas, nada ampulosas por otra parte, dada su contextura delgada. Completaba su atuendo una gorra verde de algodón que armonizaba con el color de sus ojos. Su aventura nocturna incluía visitar la exposición sin remilgos de género, esto es, sin tener que llevar sombrilla ni bolso, ni tampoco esas polleras largas que solían incomodarla.

—Así que te irás lejos —bromeó Paul, el hermano mayor, luego del alejamiento de las gitanas.

—Tonterías de adivina —respondió ella.

—Creo que tú le creíste —insistió el joven.

—Es mi falta de experiencia —justificó.

—¿Y si fuera cierto? ¿Si tu destino estuviera marcado?—

Pensó en los hechos que encadenan los días y las horas, en una humanidad eslabonada, sometida a un camino previsto de antemano, y bajo esa perspectiva se preguntó si no podía ser que las gitanas tuvieran desarrollado el don adivinatorio por cuestiones genéticas o de herencia cultural pero desechó después esa superstición, bajando los párpados hasta fijar su mirada en aquellos zapatos prestados que le quedaban grandes. Las altas temperaturas surtían el efecto de verdaderos secaderos de ropa: por un lado eliminaban la humedad adquirida con los juegos en la fuente, y por el otro, inducían a exudar transpiración en exceso. A pesar del desaliño decidieron ingresar a la exposición. Una noche de espera, y esperada, con una luna cómplice, dibujando contornos en los canteros florales, volvía gigantesco a aquel predio con decorados modernos y estructuras desmontables. Leontina permanecía obsesionada con su posible destino. ¿Estaba realmente signado? ¿Se iría lejos?

“Una vida descolorida admite contrastes”, pensó, considerándolo un posible acto de justicia por tantos años deslucidos. Una compensación. Su primera salida nocturna tenía el poder de acelerar su agitación e instalarla en el umbral de la genuina existencia. Sorprenderse, de eso se trataba la vida. Extrañarse hasta comenzar a entender; hasta sentir una refrescante bocanada de aire jamás respirado.

Marchó erguida hacia el acceso de la gran feria, con miles de ideas burbujeando en su cabeza. Se movía con total desconcierto en una tarde-noche de julio en que su ciudad la maravillaba. Esa ciudad que parecía una kermese, un centro de algarabía y entusiasmo que a la sazón le imponía, acordonada para su

protección, la gigantesca cabeza de la estatua de la Libertad que el municipio de París iba a donar a los Estados Unidos por su siglo de independencia. Impresionaba su tamaño. Paul dijo que el gobierno francés había dispuesto entregarla dos años antes, en mil ochocientos setenta y seis, para el verdadero centenario, y que diferentes razones demoraron el traslado. Por eso estaba todavía en la ciudad.

Sintió que su cabeza había crecido como ella, asaltada como estaba por ideas y sentimientos extraños. Su salida nocturna y la lectura de las líneas de su mano le habían provocado una sensación parecida a una borrachera. Sólo una vez el alcohol le había ganado pero recordaba bien ese estado. Ideas descontroladas y mucha turbación, como la que sentía frente a esa enorme cabeza, de tamaño monumental, que alguna vez formaría parte de una estatua. Un gigantesco obsequio destinado a dejar huella entre los americanos. No menos impactantes eran sus pensamientos por esas horas.

"¡Descubra su origen!", rezaba un afiche instalado al ingreso del pabellón argentino."Sepa dónde se produjo su comienzo". Leyó y releyó las frases hasta comprender que un sudamericano venía a decirles a los franceses, y al mundo en general, que la humanidad había empezado en su país. ¿Qué intención movía a aquel individuo? ¿Creía acaso que era fácil sorprender a sus congéneres con la rimbombante idea de que el ser humano había logrado su condición de tal en la pampa argentina?

Los hermanos Poirier permanecieron todavía frente la escultura de la Libertad, contemplando el bello rostro que Paul aseguraba se había inspirado en Isabella Boyer, viuda del inventor Isaac Singer, gran difusor de la máquina de coser.

—No sé por qué das por sentado que es ella la musa del escultor si otros dicen que éste reprodujo el rostro de su madre, Charlotte Bartholdi, una mujer que aún vive y que ahora se ha convertido en una magnífica matrona—comentó Michel a su hermano Paul.

Intercambiaron teorías al respecto. Leontina estaba fascinada con las cosas que escuchaba y veía.

—¿Por qué regalar algo así al país americano?—preguntó entonces.

—En reconocimiento a sus luchas por la libertad. Nuestro país siempre se pone del lado de los luchadores. Es su forma de glorificar a una república—sentenció Paul.

—Estados Unidos está reconstruyéndose luego de la sangrienta guerra civil que soportó por años. Les vendrá bien contar con un

símbolo de hermandad, una puerta de ingreso, algo así como el famoso Coloso de Rodas de la antigüedad, una de aquellas maravillas del mundo antiguo que estudiamos en la escuela.

—¿Será un faro? —preguntó Leontina.

—Lucirá todas las noches una antorcha encendida.

Leontina admiraba a su hermano Paul. Lo consideraba brillante porque el primogénito de los Poirier tenía respuesta precisa para cada interrogante.

—¿Y cómo sabes tanto sobre ella? —volvió a interesarse.

—Consulté los planos de construcción del futuro monumento americano y así supe que el pilar de sostén lo hará Estados Unidos en tanto nuestros artistas se encargarán de la estatua. Por ahora tenemos la cabeza, más tarde irán apareciendo sus atuendos clásicos que cubrirán su enorme cuerpo. Eso sí pregunto ¿en qué país viven ustedes dos que no saben nada al respecto cuando se dio tanta difusión sobre este obsequio en distintos artículos periodísticos? Durante meses no se habló de otra cosa que de las donaciones que se recibían para ese fin, y todavía ahora falta recaudar más dinero para terminarla.—

—Ahí dice que se puede subir hasta la corona por una escalera interior.—

—Vamos a perdernos la conferencia del argentino si la visitamos. Dejemos para otro día esa recorrida—contestó Paul Poirier, quien como siempre sabía cómo reencauzar el curso de las cosas.

Estaban tan absortos en la contemplación de la pieza escultórica que no advirtieron el ágil desplazamiento de un hombre rumbo al pabellón argentino. Hasta que perdió su galera. Unos niños advirtieron la caída y el joven de claros cabellos regresó a recogerla.

—¿No es el argentino de la veinte?— preguntó Leontina Poirier a sus hermanos.

—Con atuendo distinto al habitual pero aseguraría que es él. No solemos verlo con camisa de cuello alto y moño, y menos todavía con saco de corte tan elegante—respondió Michel.

—¿Formará parte de la delegación argentina o es un simple turista que se le parece?— comentó la muchacha.

—Preguntemos, preguntemos— replicó su hermano con vehemencia.

—Tal vez el cliente de nuestro hotel pueda decirnos algo sobre ese sabio que anuncian como si fuera un prodigio.—

—Poco interesante es un argentino que no se ajusta a la idea que

tenemos los franceses sobre ellos.—

—¿Y cuál es esa idea?—consultó Leo.

—Que son niños ricos, hijos de estancieros, o estancieros ellos mismos, que llegan a París buscando placer y divertimento…—

—Nuestro pensionista no ofrece tal perfil —respondió el mayor de los Poirier.

—Es hermético y gasta su tiempo haciendo anotaciones. No creo que busque el costado amable de nuestra ciudad un hombre con tales características, y no parece dejarse tentar por otras distracciones.—

—Argentina es un país rico. Así dicen los diarios a diario —bromeó Paul.

—La fortuna no inventa genios, hermanos, y el hombre que dará la conferencia parece tener teorías interesantes así que apresurémonos.—

—¿Y eso quien lo dice? —rió Leo.

—El letrero de la entrada —completó Michel.

La indumentaria masculina le permitía a Leontina sentarse junto a sus hermanos libre de las prevenciones de coquetería. Pasó su mano con gesto amoroso sobre la liviana tela de su camisa, sin dejar de observar la elegancia de las damas que caminaban acompañadas por galantes caballeros, en medio del caos generado por una exposición organizada con rigurosidad durante meses. Distintos pabellones se ornamentaban con ejemplares de la flora autóctona de los países que representaban, reforzando de ese modo su idiosincrasia. París concentraba al mundo en mil ochocientos setenta y ocho.

—¿Y cómo se siente el varoncito más joven de los Poirier? —comentó irónicamente el hermano mayor.

—Cómoda y feliz —aseguró Leontina. —Creo que adoptaré esta indumentaria en el futuro.—

—Mamá te expulsará de su círculo de amigos si así lo haces… y ni hablar de nuestras hermanas, que buscan imitar tus actos.—

—¿Imitarme? ¡Ninguna quiere lo que yo quiero!—

—¿Estás segura?—

—Están siempre pendientes del sombrero que usan las damas en los bulevares, las carteras que combinan con las faldas y zapatos, los peinados y sus accesorios. Yo en cambio quiero una vida sencilla, sin presiones sociales, lejos de compromisos mundanos.—

—¡Menuda pretensión muchachito!—

—No te rías de mis deseos—rogó la muchacha.

—¿Y mamá conoce esos intereses?—

—Escasamente. Cada vez que intenté abordar el tema me da nueva ocupación: controlar que las camas estén bien armadas, que haya flores en los jarrones de los cuartos, que los baños tengan elementos de higiene, y cosas por el estilo.—

—¿Y a papá tampoco le dijiste nada?—

—Menos que menos. Estoy segura que espera me case cuanto antes así no me tiene que mantener más.—

—¡No seas cínica!—

—No lo digo con enojo sino como simple cuestión práctica. Imagino que no les pasó inadvertido que los ingresos en nuestro hotel rinden cada vez menos. Yo creo que tendríamos que buscar alternativas de trabajo.—

—¿Cómo qué, por ejemplo?—

—Trabajar en un despacho.—

—¿Un empleo público? Somos hijos de comerciantes y como tales debemos continuar en ese rubro. O saltar al piso de los profesionales.—

—Para eso estás tú, Paul, que serás un abogado de prestigio en breve. Pronto instalarás tu buffet en alguna de estas calles importantes.—

—Leontina, hablábamos de ti, no de mí.—

—Hablábamos, simplemente.—

Frente a ellos, el pabellón destinado a la República Argentina. Un espacio amplio, con olor a campo, a yuyo seco, a parvas, presidido por una vaca magnífica que invitaba a acercarse a pesar del encordado que habían puesto a su alrededor. Una vaca monumento. Una vaca símbolo. Y a un costado, montañas de trigo emparvado, y algunas gavillas sueltas en claro indicio de cuál era la riqueza del país. Los ojos de la vaca concedían sensación de confianza, de sutil calma, y Leontina Poirier la miró embelesada, recordando tal vez aquellos días de niña en Bretaña, en casa de su abuela materna. El aleteo de un pájaro, ingresado erróneamente al pabellón, aportó solidez a aquella escena, llevándola a abrazarse imaginariamente con la madre de su madre, esa mujer bretona a la que dejó de frecuentar por disidencias familiares. “Te extraño, abuela”, pensó, sin decir una palabra. Y luego, junto a sus dos hermanos caminó hasta donde habría de tener lugar la conferencia.

Sólo quedaba espacio en la última fila de sillas colocadas para la ocasión. Entre los franceses había prendido la idea de asimilar esos ricos planteos científicos. No otra cosa era la nueva teoría sobre el origen del hombre que parecía entusiasmar al multifacético auditorio; tan revolucionaria que alteraría cuestiones del espíritu.

Décadas atrás Charles Darwin había agitado a la ciencia con las suyas, dando un verdadero golpe a la razón; y antes, mucho antes, Copérnico afectaría el sentido del conocimiento al decir quela Tierra no era el centro del Universo. La autoestima de la humanidad se había puesto en jaque varias veces. No de manera sencilla ni sin costos adicionales, cierto, aunque estaba claro que siempre terminaban superándose esas instancias. Si muchos estrados universitarios, gubernamentales y religiosos se habían visto sacudidos ante aquellos planteos, específicamente sobre la evolución de las especies, (que aún provocaba urticaria con su supuesta selección natural), ¿por qué no suponer que el disertante se arriesgaba a exponerse a una no menos adversa reacción social con su teoría?

El orador argentino esperaba a un costado de la mesa principal. A pesar de la distancia, Leontina pudo comprobar que era de contextura mediana. Buena forma de cabeza, cabellos levemente ondulados y con incipientes entradas en la frente, la barba recortada a la usanza de entonces. Se sintió atraída. ¿Podía ser sabio siendo tan joven? Creyó ver cierta semejanza con el pensionista del hotel de su familia, ubicado cerca de la Estación Saint Lazare, a pocas cuadras de la reciente inaugurada Ópera de París. Se distrajo pensando en que sus hermanas conocerían algo sobre su vida, afectas como eran a las socializaciones.

Las palabras del presentador llegaban sin dificultad a sus oídos.

"Las investigaciones sobre las faunas de mamíferos fósiles de la parte austral del continente sudamericano, de su desarrollo y evolución filogenética, de sus emigraciones sucesivas, interpretadas en relación con la configuración de las tierras y sus conexiones en las épocas geológicas pasadas, y el estadio del origen del hombre, considerado como último descendiente de primates aparecidos en época muy remota en el continente americano, comprenden casi toda la obra de Ameghino. El más antiguo mamífero que haya dejado vestigios en las formaciones geológicas sudamericanas, pertenece a una época remotísima…"

Florentino Ameghino ocupó entonces el centro del escenario.

"La agricultura no empieza para mí con el primer hombre que tuvo la idea de sembrar el primer grano, como no creo que la pastoría empiece con el que domó el primer potro o domesticó el primer guanaco. Entre ese hombre y el que vaga errante viviendo día a día sin preocuparse del mañana, de la caza, de la pesca o de los frutos silvestres, hay una larga etapa social, un estado de transición que el hombre no ha franqueado en un día, y creo que es el que corresponde a

las tribus indias que poblaban las llanuras porteñas (bonaerenses) y aún los territorios patagónicos", leyó con singular entusiasmo.

—¡La pampa argentina! —repitió Leontina Poirier, quien siempre había soñado con ese lugar remoto."*Desde la remotísima época durante la cual nuestro planeta adquirió una corteza suficientemente espesa y una temperatura bastante baja para que en él pudiera desarrollarse la vida, hasta nuestros días, cuentan los geólogos cinco grandes eras o épocas de duración muy desigual: la Arcaica o Azoica, esto es, desprovista de vida; la Primaria o Paleozoica; la Secundaria o Mesozoica; la Terciaria o Cenozoica; y la Cuaternaria o Antropozoica. Es un tanto aburrido este listado pero resulta imprescindible para comprender cuando digo, por eso les recuerdo someramente que en la Arcaica no había restos orgánicos; en la Paleozoica aparecieron los peces; en la Mesozoica los grandes reptiles; en la Cenozoica, se desarrollaron los mamíferos y finalmente en la Antropozoica, se produjo la irrupción del hombre. ¿Me perdonan tan árido comienzo?".*

Se escucharon aplausos y carcajadas. El disertante respiró con tranquilidad. Restaba todavía describir el espacio físico que había dado sustento a su teoría. Hablaba en un francés con ciertas cadencias originales, y se había quitado la galera luego de acomodar y reacomodar varias veces el implemento sobre su cabeza, hasta terminar depositándolo sobre una mesa con patas de hierro retorcido. Manejaba bien los tiempos. Sabía cuándo hablar y cuándo hacer silencio. De pronto suspendió la enunciación de su teoría, abstraído, como si estuviera en otro sitio; "un tanto ido" a juicio de los hermanos Poirier, reanudando su exposición con una mezcla de palabras en italiano y ciertos vocablos en español. *"Es que Buenos Aires se lleva a todas partes",* se justificó. El auditorio permanecía hipnotizado ante sus argumentos, y esa comprobación encendió más su entusiasmo de orador. Hablaba agitadamente en ese tórrido día de verano, algo que le pareció infrecuente a Leontina. O tal vez fuera que en el mundo científico los códigos eran distintos. Para ella, como para tantos otros, era ése un universo desconocido. Un sector que solía sorprender con diversas teorías, como aquella del origen argentino de la especie, misteriosa desde el ángulo que se lo mirara.

Que el ser humano hubiera evolucionado desde las pampas argentinas, migrando luego al resto del planeta, subyugó a los hermanos Poirier. El "Protohomo pampeano" o antiguo hombre de la pampa revolucionaba todo lo conocido. Ese individuo, proveniente de unos mamíferos plano angulados que comenzaron a

pararse en busca de comida ya existía en el Mioceno, afirmaba el orador, asegurando que un proceso evolutivo lento había terminado por colocarlos después en Norteamérica y luego en el viejo mundo. Una hipótesis que implicaba cruzar por un puente intercontinental a fines de la era Terciaria. Toda su teoría se sustentaba en los fósiles hallados. Sobre la mesa exhibía enormes osamentas, cuidadosamente etiquetadas, a las que recurría en ocasiones para ilustrar prácticamente sus palabras. ¿Esos huesos obligarían a cambiar ideas aceptadas hasta entonces como verdades? ¿Estaba en sus cabales el joven científico? ¿Era verosímil y probatorio cuanto decía?

Volvieron al hotel conmocionados los hermanos Poirier. Aun cuando se considerasen progresistas, aquellas ideas no dejaban de inquietarlos. Leontina entró por la puerta de servicio para no ser vista por su madre con aquellas prendas masculinas, prometiéndose, luego de tan rica experiencia, que en el futuro haría hasta lo imposible por usar ropa cómoda. Ingresó a la alcoba que compartía con sus hermanas menores, Alice y Jeanne, y en un santiamén retomó el aspecto acostumbrado. Algo había cambiado en su vida sin embargo. La sentencia de la gitana y la voz de aquel argentino la impulsaron a bajar los escalones que separaban las instalaciones familiares con la recepción del hotel. La curiosidad la impulsaba a confirmar el nombre del cliente de la habitación veinte.

Su madre le interceptó el paso.

—¿Puedo saber dónde estuviste?—

—Papá me autorizó a salir con Paul y Michel.—

—¿Y adonde fueron?—

—A la Exposición Internacional. Ah! ¡Si vieras la cantidad de gente que se reunió en el Campo de Marte!—

—¡Al fin algo de París parece conmoverte!—

—Amo a París, mamá, sólo que no me gustan algunas de sus reglas…—

—Está bien, está bien… no quiero discutir contigo. Ve a la cocina a pedirle a Pierre que no sirva postre esta noche. Tenemos que recortar gastos…—

—¿Y qué dirán los pensionistas?—se atrevió a preguntar.

—Nunca prometimos postre. Lo hemos servido para ser buenos anfitriones en un tiempo trascendental para la ciudad pero ya no podemos.—

Leontina se dirigió prestamente a la cocina. Una de las lámparas del corredor no funcionaba bien y se detuvo a acondicionarla. Reparó que sobre una repisa había un periódico del día anterior. El

titular decía claramente: “Joven antropólogo ofrecerá nueva versión sobre el origen de la humanidad”. Leyó con avidez la noticia, con el corazón acelerado, consciente de que su vida había dado un giro inesperado. No sabía aún cómo ni porqué pero todo le hacía suponer que sobrevendría un rotundo cambio, y ante esa permuta vital no debía dejar nada por considerar. El verano extendía la luz de los días a esa hora que no era noche cerrada todavía. Tras cumplir con la tarea encomendada, vio a través del ventanal del comedor a su amiga Suzanne gesticulando como una marioneta.

—Vengo a buscarte porque conozco tu afición al dibujo y aquí mismo, frente a tu hotel, mi primo Claude expone sus pinturas junto al grupo llamado de “los impresionistas”. Te prometo que te van a gustar esos cuadros. Son sólo unos minutos.—

Suzanne la tomó del brazo. La muchacha era bella y de gráciles movimientos, acentuados probablemente en sus clases de ballet.

—Un tal Degas hizo varios cuadros con bailarinas. De hecho en algunos estoy en primer plano.—

—¿Te pintó bailando?—

—Pintó un momento de la danza, y según su estilo.—

Leontina quedó fascinada ante las bailarinas en tutús. Reiteradamente se había prometido cruzar la calle para recorrer la muestra y nunca había cumplido. París bullía con su aire de renovación artística. Como bien lo probaban unos pintores que daban notorio giro a las normas pictóricas desde sus renovadas concepciones estéticas. Suzanne prometió regresar a visitarla otro día aunque ella sabía que las probabilidades eran escasas ya que habían dejado de frecuentarse mucho antes para emprender caminos diferentes. ¡Prepárate para grandes cambios!, había dicho la gitana, y de un modo tangencial esa experiencia le recordaba su pronóstico.

Cruzó la calle nuevamente, rumbo al hotel, después de esquivar a una mujer rubia que caminaba con soltura sobre altos tacones. Enfundaba su delgadez con un vestido blanco entallado en la cintura, adornado con grandes moños azules a lo largo de la botonera. A su lado marchaba un hombre con sombrero de paja y una chaqueta azul liviana. Bien podrían haberse escapado de uno de los cuadros impresionistas. El carácter de las pinturas y su nueva estética le habían impactado; es más, creía haber comprendido que los artistas querían destacar el valor de la luz por sobre todas las cosas en esa París que estaba realmente de fiesta. ¿Necesitaba explicar sus sentimientos? Alegría va siempre con sonrisa, que va siempre con esperanza, que va siempre con ilusión, pensó mientras

se instalaba otra vez en el hotel. Revisó el libro de los pensionistas. El nombre del argentino que llevaba días viviendo con ellos era efectivamente Florentino Ameghino.

A la mañana siguiente y tras la certera identificación del ocupante de la veinte, aprovechó su ausencia para registrar su habitación. No pudo menos que estremecerse al ver sobre la mesa una serie de huesos raros, y debajo de ella, cajas con contenidos semejantes. ¡Huesos!, había dicho la gitana, y allí estaban, desafiándola con nombres mucho más extraños todavía. A un costado de la jofaina, prolijamente acomodados, su navaja de afeitar, un peine y un frasco de loción. Nada en la habitación parecía fuera de lugar. Sólo la cama revelaba cierto nerviosismo en su ocupante. Sábanas revueltas y la colcha caída hacia uno de los costados denotaban que su sueño había sido breve e inquieto. Sobre la mesa de luz, un cuaderno escolar. Ninguna fotografía femenina. ¿Estaría casado? ¿Tendría hijos? Satisfecha su curiosidad, cerró cuidadosamente la puerta para que nadie notara que había entrado en la intimidad de un sabio.

Y a la tarde esperó con ansias su regreso. El pensionista de la veinte no era hombre de trasnoches. Controló su ansiedad. Necesitaba verlo cara a cara y testear sus reacciones. Dos torcazas sobrevolaban los cielos y se preguntó si eran felices o desdichadas aunque no alcanzó a elaborar una respuesta porque lo vio llegar desde su estratégica ubicación en la galería de ingreso. Había elegido un atuendo acorde a la temperatura del momento, completado con zapatos blancos y medias de igual tono. Lo saludó llamándolo “Monsieur Ameghino”, anunciándole que había estado escuchando su teoría sobre el origen del hombre.

—¿Estuvo en mi conferencia?—se sorprendió él.

—Junto a mis hermanos—confirmó Leontina.

Había dispuesto una jarra con limonada y varios vasos sobre una mesa pintada de blanco. Hacía mucho calor y le ofreció un poco del líquido. La tenue luz del atardecer acentuaba la romántica atmósfera de aquel espacio del hotel generalmente impersonal. Ameghino se sintió agasajado por esa joven que además se comprometía con su teoría del poblamiento prehistórico.

—¿Por qué se interesa usted en viejos huesos?—preguntó ella.

—Esos huesos son la memoria de la tierra—respondió. —Podemos saber mucho de la vida antigua gracias a ellos.—

—¿De animales o de hombres?—consultó.

—Recojo cuanto encuentro ya que mi tarea de naturalista está muy ligada a los restos fósiles.—

—¿Tiene huesos del tiempo de los dinosaurios?—se atrevió a preguntar.

—Tenemos todo tipo de huesos en mi país… pero… no voy a aburrir a una muchacha tan hermosa con cuestiones arcaicas. ¿Sería mucho atrevimiento invitarla a caminar uno de estos días por los bulevares? Podría entonces hablarle sobre la Argentina.—

—Cuento con que mis padres acepten su propuesta, señor Ameghino.—

—Por favor, llámeme Florentino.—

Ninguno de los dos mostraba interés en alejarse. Algo muy extraño sentía Leontina Poirier frente a ese hombre de mirada tranquila. ¡Huesos!, había pronosticado la gitana… Y el país lejano, ¿sería la Argentina? Se sintió suspendida en el aire, flotando como si hubiera arribado a un mundo desconocido, como si acabara de revelársele la mecánica del amor. Su raquítica vida amorosa le impedía saberlo, pues salvo el fuerte amor platónico experimentado por un cliente de Marsella tres años antes, que coincidentemente ocupaba la habitación número veinte, no disponía de antecedentes apropiados. Un inexplicable sentimiento de inmortalidad la rondaba cuando comenzó a lloviznar tenuemente. Chaparrones aislados ponían brillo a la calle y las farolas amarillas lanzaban arcos de luz sobre el empedrado para que la noche se volviera añil, violeta o negra. Al quedar sola, Leontina contempló que en la acera se perfilaban numerosas sombras; figuras fantasmales que bien podían incluirla a ella en esa condición si alguien observaba aquella escena desde otro punto de vista.

Al final del verano, y de ese simple modo, comenzó la romántica relación. Y llegó el otoño y se anunció el invierno mientras ellos paseaban por una París que a Leontina Poirier se le presentaba renovada. Hablaba poco sobre sí misma, siempre interesada por las aventuras del argentino, que dejaba a un lado su condición de sabio para mostrar su costado de hombre sencillo. Empezaba a fundirse en su vida, a fusionarse sin trabas, a ensamblarse como algo natural, descartando las mañanas sombra, los días tormentosos, los desplantes del ánimo, para marchar junto a él con la esperanza siempre en movimiento.

—Cuéntame de tu familia, Florentino.—

—Vivo en Luján, en la provincia de Buenos Aires, donde nací el dieciocho de setiembre de mil ochocientos cincuenta y cuatro…—

—O sea que acabas de cumplir años.—

—Así es… aunque siempre dijeron que una vez que uno llega a la fecha de su nacimiento comienza a vivir la edad siguiente.—

—Descríbeme la vida que llevas en aquel país tan perdido del globo.—

—Mi casa es común si se quiere, y sólida. Mirada desde la vereda de enfrente toman importancia sus cuatro ventanales y el jardín delantero, aunque al costado y en un gran cuerpo funciona la talabartería de mi padre. Es, como dije, una construcción que no difiere mucho de las que hay en el pueblo…—

—Perdón, ¿qué es una talabartería?—

—Un negocio donde se trabaja el cuero, produciendo especialmente sillas de montar y aparejos para caballos. El cuero es muy abundante en mi país, y también las lonas y las lanas. Mis padres asimismo fabrican zapatos, porque aunque los dos son genoveses, nacidos en Moneglia, se han adaptado bien al estilo criollo. Papá Antonio hizo que me interesara en los caracoles desde muy temprano. En el pueblo creen que está medio chiflado pero no…—

—¿Chiflado?—preguntó Leontina.

—Perdón. Se me escapan palabras de mi gente. Quise decir un tanto loco, claro que no lo está pero como escribe su diario y lee muchísimo sabe cosas que la mayoría desconoce y eso lo vuelve desconfiable. Las personas distintas no se aceptan con facilidad.—

—¿Y tu madre?—

—María Dina Armanino. Ella me enseñó a leer a edad temprana, contándome historias de “Las mil y una noches”…—

Le alcanzó un solo día a Leontina para saber que Florentino Ameghino no tenía una novia esperándolo en Buenos Aires.

—¿Cómo eras de niño?—

—Como todos. Bueno, en realidad no es cierto. No fui como todos los niños. Tal vez porque muy temprano empecé mis investigaciones. Me gustaba caminar junto a mi padre a orillas del río Luján cuando era pequeño, y después lo hice solo o con mis hermanos…—

Se distrajo pensando que a ella, de niña, le habían gustado mucho los caracoles. Algunos, los de mar, a los que encontraba cuando iban a Bretaña, grandes, ruidosos, cargados de voces antiguas. Y los otros también, los que reptaban por la tierra, con sus antenas alertas, protegiendo su esencia debajo de su concha.

—A todos nos encantaban los caracoles. Papá los recogía para mí en el tiempo en que yo no entendía cómo habían ido a parar a esas barrancas…—decía Florentino.

—No comprendo…—

—Estaban incrustados en la tierra y había que cavar bastante

para poder tomarlos. Era nuestro entretenimiento. Papá aseguraba que los había traído el mar y yo lo miraba desconfiando porque me resultaban poco creíbles sus palabras ya que el pueblo de Luján está lejos del mar.—

¿El mar que mencionaba Florentino se parecería al de Bretaña? ¿Tendría gigantescas olas o las espumas blancas que se formaban al golpear contra las rocas?

—¿Y cómo habían llegado allí? —preguntó, evitando escabullirse hacia su propio pasado.

—En tiempos remotos, hace mucho pero mucho, esa tierra estaba cubierta por las aguas del océano. Estoy hablando no de años ni de siglos. Hablo de un tiempo en que el planeta tenía otra distribución, antes de que se fracturaran los continentes, y aun después, cuando la corteza terrestre quedó más o menos como ahora, los caracoles formaban parte de su fauna marina. ¿Comprendes?—

Caminar juntos implicaba sumergirse en el tiempo y el espacio. Florentino rescataba de su infancia sus períodos de rebeldía, y ella rememoraba la suya, sin enunciarlo, asombrada por ese relato en el que Florentino aseguraba haber sido excluido del catecismo dominical por indisciplinado. Sin ser violento, Florentino decía que siempre había detestado las mentiras y las injusticias, motivo por el cual solía tener serios dolores de cabeza frente a la rígida estructura escolar. Y después, sin ruborizarse ni apelar a una falsa modestia, confesaba que a pesar de su manifiesta inconformidad, maestros y religiosos aceptaron que tenía una inteligencia que superaba la media.

—Expulsado del catecismo, ¿dejaste de creer en Dios?—

—En esos días, como buen niño, aceptaba la idea de un ser supremo. Después me fui alejando de esa idea mítica.—

—¿Pero crees o no en Él?—

—Vivimos sin molestarnos Dios y yo. No me inmiscuyo en sus cosas ni dejo que irrumpa en las mías.—

—Disfrutará mi padre de esa posición—dijo Leontina.

—¿Y tú?—

—Me gusta pensar que existe un ser supremo que nos cuida. Es algo infantil, lo sé, pero me gusta. Vengo de una familia dividida radicalmente en ese sentidoy tal vez por eso nunca recurrí a las historias fantásticas, no otra cosa me parecen las cuestiones bíblicas, por eso puedo prescindir de los misterios celestiales al disfrutar de la vida real, esa que se manifiesta a diario y que se parece un poco a la de tus anécdotas.—

Acercar posición sobre religión significaba un gran avance. Todo estaba bien así: el aire con su silbo de diamante, el viento en la rama de los árboles, las luces que se acomodaban en las palmeras vecinas. Todo estaba bien, porque estaba bien vivir con el sol, la luna, las estrellas, y con el corazón rebosante de alegría.

—Después de las lecciones de mi madre, y cuando ella consideró que ya no podía enseñarme nada más, me envió a casa de un inglés, un tal don Guillermo, que me aleccionó en escrituras y cuentas— relataba Florentino.

—¿Un inglés? —preguntó.

—Muchos optaron por vivir en nuestra tierra luego de las llamadas Invasiones Inglesas, un intento británico por apropiarse de nuestros territorios, y otros fueron llegando atraídos por las riquezas del suelo.—

—Pero ¿hablaba español ese don Guillermo?—

—Muy enrevesado pero se le entendía. Gracias a él fui incorporando palabras de su idioma y hoy puedo defenderme bastante bien ante cualquiera de sus compatriotas. De hecho, suelo enviar artículos a diferentes foros científicos que se interesan por mi trabajo.—

—Por lo que veo no tuviste problemas de aprendizaje.—

—En absoluto. Un preceptor de apellido García se hizo cargo de mi formación en cierto período hasta que mi monitor, Tapie, me dio clases de francés porque decía que debía aprender tu idioma si quería ser un científico reconocido. Y no se equivocó. Ya ves. Estoy en París, hablando como lo hacen ustedes y puedo comunicarme. Más aún, puedo hablar con la mujer que habrá de acompañarme por el resto de mis días.—

—¿Y quién es esa mujer?—preguntó con picardía Leontina.

—Alguien que no objeta mi planteo—rió Florentino.

Leontina Poirier soltó la carcajada aunque no reveló sus sentimientos. Prefirió el camino evasivo, el de las vueltas innecesarias, no porque fuera conflictiva sino para respirar con normalidad ya que sentía alterado el ritmo de su respiración. Pidió conocer más costumbres de ese Luján lejano, y también sobre la ciudad de Mercedes donde Florentino había cumplido tareas de preceptor en una escuela. Y de sus pasos por la Escuela Normal de Preceptores de Buenos Aires, que se mantuvo abierta hasta que contingencias inesperadas dispusieron su cierre. Supo así que una brutal guerra contra el país vecino, Paraguay, decidiría su destino al matizar la existencia con sucesivas epidemias y el estrago de la fiebre amarilla. Esa había sido la razón por la que Florentino

regresó a Mercedes a cumplir el rol de Director de Escuela, a pesar de su juventud, un cargo que desempeñaba aún aunque había pedido autorización para ausentarse y viajar a Europa que tanto le importaba.

—¿Y cómo es que estás acá y no en la escuela?—

—Como dije, tengo licencia para presentar mis catálogos de fósiles y para disertar sobre diferentes teorías conectadas a ellos. Afortunadamente no me faltan amigos. Dos de Mercedes me alentaron a venir: Casimiro Nogaró y Camilo Salomone. Ya te hablaré sobre esos locos lindos algún día. Por ahora, bástate saber que ellos hacen posible mi estadía. Sin renegar del aporte personal que hice al respecto ya que vendí al paleontólogo norteamericano Edward Cope parte de una colección de fósiles a un bajo precio, ciento veinte mil francos, que espero alcancen para publicar mis libros. "*La antigüedad del hombre en el Plata"* se llamará mi primera publicación.—

—¿Tan valiosos son los huesos?—

—Es historia, Leontina. Historia de la tierra la que ofrezco. Preferiría guardarlos en mi país, en definitiva es su patrimonio paleontológico, pero no cuento con más dinero para concretar las investigaciones que rondan por mi cabeza. ¡Y son tantos los yacimientos que pienso explorar en el futuro! Canjeo huesos por sabiduría. Venir a Europa significa encontrar personalidades de la talla de Capellini, De Mortillet, Cope. Schmidt, Gaudry y tantos otros que tal vez para ti resulten solo nombres y que en el campo donde me muevo son auténticas luminarias.—

—¿Extrañas Mercedes?—

—No por el momento. Quizás porque estoy seguro de volver algún día al lugar donde encontré los mejores fósiles siguiendo el camino antes transitado por el doctor Francisco Javier Muñiz, un naturalista destacado. También te familiarizaré con él en días sucesivos.—

Jornada tras jornada rescataba Ameghino acciones de su vida. Leontina, compañera indispensable, funcionaba como estímulo. Él se interesó por conocer su historia, sobre aquellos días primeros que marcaran su infancia, por los juegos que jugaba, por los sueños que imaginaba aunque Leontina sentía que eran mucho menos impactantes si los comparaba con la intensidad de un Florentino Ameghino. París era París, y estaba todo dicho, en cambio él le ofrecía un exótico paisaje y un estilo de vida apasionante para liberar su imaginación. Florentino describía a los personajes importantes de su vida con tanto entusiasmo que daba gusto oírlo.

Intentaba no olvidar a ninguno, y revivirlos implicaba que estallaran fuegos de artificios con nombres de amigos, vecinos o compañeros. Expulsarlos no significaba un acto vomitivo sino todo lo opuesto. Los presentaba con sus defectos y pasiones para revivir momentos señeros; reservando siempre un lugar principal a su antiguo maestro de escuela, Carlos D´Aste, a quien reverenciaba.

—Me hacía leer mucho en francés, cuando todavía vivíamos en Luján, y después me pedía que le contara lo leído.—

—Yo tengo memoria un tanto frágil. Aprendo con facilidad pero también olvido fácilmente.—

—La memoria se fortalece con la pasión que uno ponga en lo que hace, Leontina.—

—Puede que sea así pero es que…que… no me gusta el trabajo del hotel y no tengo muchas oportunidades para buscar otras actividades.—

—¿Qué harías si pudieras cambiar?—

—Trabajar en una imprenta. En la escuela era la encargada de preparar láminas para los frisos. Mis dibujos siempre fueron valorados. ¿Sabes que el otro día mi amiga Suzanne vino a buscarme para que viera la pintura de los impresionistas? ¡Hermosas! ¡Lástima que ha culminado la exposición y no podrás verla!—

—A propósito, ¿crees que tu padre permitirá que me acompañes hasta el estudio de Gervais?—

—¿El zoólogo?—

—El mismo. Paul Gervais ha sido mi consejero postal algunos años y aunque ha fallecido a comienzos de éste no olvido que él me impulsó a publicar una carta cuando contaba con sólo veinte años. "*Nouveauxdébris de Phorme et de son industrie, meles à des ossementsd ´animauxquaternaires, recuillisauprés de Mercedes"* llevaba como título. Mejoré mi francés por sus exigencias ya que no podía publicar artículos en el *Journal de Zoologie* si no lo hacía bien. Ahora trabajo con su hijo Henry en la organización de un catálogo sobre mamíferos fósiles de América Meridional.—

—¡Pide a mis padres que me dejen ir contigo, Florentino!—

—Gestionaré la autorización y… también tu mano, Leontina, porque ¿quieres ser mi esposa verdad? Los meses que llevamos conociéndonos confirman mis sentimientos, aun cuando no respondes a mis indirectas.—

Leontina Poirier detuvo su marcha. Su corazón aceptaba sin rodeos. Se adelantó unos pasos para plantarse frente al hombre que le proponía matrimonio y le estampó un beso en sus labios. Como

aquella tarde-noche de la Feria Internacional, cuando el encuentro con las gitanas la inundó con misterios, sintió que las calles se llenaban de perfumes, poblando al aire con infinitos gorjeos. El invierno reinaba desde su aterido trono pero ella se sintió arder con desparpajo.

—Podemos decir que estamos comprometidos—dijo Florentino.

—Lo haremos luego de hablar con mis padres pero, entre nosotros, te tomo como mi prometido desde este mismo instante, amor.—

No fue difícil plantear lo que se ofrecía evidente, y accedieron los padres de Leontina porque el novio aparentaba ser confiable y ella resplandecía de felicidad. Los días fríos reforzaban los encuentros familiares, necesarios por otra parte para organizar la sencilla ceremonia de bodas. Ese tiempo de fantasías exacerbadas instalaba a Leontina Poirier en un sitial siempre soñado: sentirse señora de una casa en un lugar lejano, rodeada de curiosos y en una Argentina desconocida que la hacía vibrar con sólo repetir su nombre. Su madre, sin embargo, le plantaba batalla por no casarse por iglesia.

—La unión verdadera se consolida ante la ley—insistió Florentino.

—Pero es necesario contar con aprobación divina—repetía ella.

—Florentino dice que…—intentó Leontina.

—Florentino dijo hace un momento que es una simple ceremonia, y entonces yo pregunto ¿si no le da mayor valor, por qué no puede avenirse al pedido de una madre?—

—Somos nosotros los que decidimos, mamá.—

—¿No tienes miedo de estar cometiendo una herejía?—

—Amar es lo que importa.—

—La ceremonia será sin lujos ni ostentaciones innecesarias—concluyó Ameghino. —Y para ser coherentes, tampoco habrá luna de miel por el momento, tal vez en el futuro, ya que hasta la noche de bodas tendrá lugar en la habitación número veinte.—

¡Leontina Poirier debutaría como mujer rodeada de huesos viejos!

—Tenía razón la gitana después de todo—lanzó, buscando complicidad en sus hermanos.

Calmada la tormenta que el tema religioso había levantado, y como el resto de la familia se mostró sorprendido, consideró llegado el momento de compartir la anécdota de su vestimenta masculina. Sus hermanas no podían comprender tal desatino.

—Prepárese Florentino, se lleva usted una muchacha muy

particular—arriesgó su padre.

Y la particular muchacha actuó velozmente con los preparativos. Hizo colocar una cama doble en la habitación veinte, nuevos cortinados y una tina enlozada además de esparcir esencias agradables en todos los rincones para compensar el olor a viejo que emanaba de los huesos, prolijamente encajonados. La noche de bodas debía ser inolvidable. Vinieron los primos de Bretaña, comieron comida campesina en abundancia, y hasta hubo momentos para llorar la ausencia de la abuela Elisa, fallecida sin reanudar relaciones con el señor Poirier. Cuando finalmente culminaron los festejos, la joven esposa fue alzada en brazos y besada con insistente dulzura por su flamante esposo. Saboreó Leontina la humedad de esa boca dispuesta a los gestos cordiales, complacida de haberse perfumado el cabello y masajeado con crema todo el cuerpo para resultar apetecible. Y una vez dentro del cuarto, con leve forcejeo se libró del abrazo para correr anhelante hacia el costado de la cama que elegía como propio a partir de ese instante. Por los corredores sonaban rumores ajenos. Contra cualquier presunción de impaciencia, Florentino le anunció que se afeitaría una vez más para no raspar su tersa piel. Ella, en tanto, aflojaba el cordón de sus zapatos.

Él desabotonó lentamente su camisa y se quitó los pantalones, ocupándose después de desvestirla. Lo dejaba hacer entre divertida y ansiosa. Fácil fue la entrega de ambos, sin miedos, de enorme generosidad y sin cuotas de lujuria innecesaria. Una noche de bodas placentera como había imaginado. Maravillosa forma de comenzar una vida en común. Buen convite les ofrecía la vida.

Como servicio especial, el hotel les sirvió un suculento desayuno en la habitación a la mañana siguiente. Comieron entre arrumacos, amándose en los distintos intervalos, serenamente y con la dignidad de los que saben apreciar cada capítulo del aprendizaje.

—¿Sabías que me llamaban “el loco de los huesos”?—

—No me extraña —respondió entre risas.

—Los chiquillos del barrio no entendían mis continuas incursiones por el río. “Penosas caminatas”, llamaban a mi vocación, y era bien cierto que no dejaba de salir un solo día, aunque lloviera o azotaran los vientos. La pala y una bolsa por todo elemento me hacían retornar atiborrado con material valioso. Probablemente algún día sientas celos de mi trabajo…—

—Trataré de comprenderte “juntahuesos” —dijo ella acercándose con actitud insinuante.

—Lo digo en serio. Es tanto lo que me gusta que tal vez llegues a

sentir que se instala entre nosotros como desleal competidor.—

—Prometo amar ese trabajo tuyo hasta sentirlo propio.—

Fresca complicidad para una alcoba de estrenos en la que ambos habían descubierto la sensualidad del amor, el vértigo, la entrega. Saciada la urgente cuota de pasión que la embargaba, Leontina volvió a refugiarse en el desconocido mundo de la ciencia al que no quería dejar al margen.

—¿Y qué hacías con ellos, con los huesos, digo? —preguntó una vez más.

—Al principio sólo los juntaba como cosas extrañas. De mayor, en cambio, tuve claro que había elegido un camino que exigía estar atento. Las excavaciones moldearon mis teorías, más todavía cuando me propuse demostrar la antigüedad del hombre en el Plata. —

—¿Nunca te molestó la crítica, amor?—

—Incomoda cuando proviene de quienes nada saben y se burlan del que estudia, llamándolo sabihondo, pero me acostumbré a los desplantes, a las críticas baratas, a la incredulidad del necio, porque sentía que la ciencia me llamaba y no debía hacer oídos sordos.—

—Aquí se te considera sabio.—

—Es una exageración aunque trabajé duro, y lo sigo haciendo también en este París que los argentinos adoran, y he llegado a plantear mis teorías sin que se rían, y si alguno ofrece objeciones atendibles, las considero. De todos modos, sería injusto decir que todo es hostil en mi país. Estoy aquí porque confiaron en que haré buen papel. El prestigio de nuestra nación está en juego, y también el de mi hermano Carlos, mi fiel colaborador. Sin él no podría argumentar como lo hago ya que comparte conmigo sus puntos de vista cuando consigue fósiles de valor incalculable.—

—Vendiste algunos para comprar el traje de nuestra boda.—

Leontina se arrepintió de lo que acababa de decir al ver cómo Florentino enrojecía. ¿Tenía derecho a inmiscuirse en sus cosas cuando él se había mostrado particularmente precavido? Sintió un profundo sofocón, vergüenza ajena, o mejor dicho, propia.

—Acabas de darme una lección, querida. Prometo no volver a tomar una decisión sin consultarte—dijo él.

—Son tus huesos y tienes libertad para disponer como te plazca —se apresuró en responder.

—A partir de ahora son nuestros huesos, Leontina. Viviremos junto a ellos el resto de nuestras vidas. Compartiremos todo, y una visión del mundo que no es tan común. Hay que estar preparados para eso. Ya ves cómo brotó una pequeña discordia en tu familia

sobre cuestiones religiosas. Afortunadamente fuiste fuerte y podemos así reírnos como lo hacía aquel genial Quevedo al asegurar, para molestar a sus contemporáneos, que *"somos hijos de Adán en este suelo mientras la "nada" es nuestro agüelo"*. Repito esa frase cada vez que discuto con retrógrados. Hacerlo ahora me libera porque no tengo que estar dando explicaciones incómodas, que muchas veces lastiman aunque no lo quiera. La existencia de Dios me tiene sin cuidado porque marcho firme hacia la meta que me propuse pero ¿te parece bien que estemos hablando de estas cosas cuando deberíamos decirnos ñoñerías de ocasión? Tendremos muchas oportunidades de plantear estos temas en nuestra vida. No pensaba decirte todavía pero como estoy feliz te anuncio que en breve viajaremos a Bélgica. Un grupo de americanistas, con el que me ligué hace años mediante correspondencia, me pide colaboración para comparar fósiles.—

—¿Viajaremos a Bélgica?—

—Todavía no. Tengo algunos compromisos que cumplir aquí. Henry Gervais se adelantará para organizar nuestra llegada, y así no tendremos que perder tiempo en buscar alojamiento. El primer viaje será de pocas horas, cuestiones protocolares simplemente, y sobre el segundo desconozco cuántos días demandarán las tareas previstas. —

—¿Llevaremos estos huesos?- Leontina señaló unas cajas, prolijamente clasificadas.—

—Son parte testimonial de mis teorías.—

—¿Podremos ver todavía otros lugares de París juntos?—

—Si nos organizamos podremos pasear y ver esta ciudad que ha sido particularmente acogedora conmigo. Existe también la posibilidad de ir a Londres. No en lo inmediato, claro. Me encantaría llegar con mis teorías al lugar desde el que Darwin atropelló a la humanidad con su hipótesis.—

Leontina besó con ternura aquel bello rostro antes de incorporarse definitivamente del lecho. Como habían colocado una tina en la habitación, se sumergió sin pudores en sus aguas perfumadas con sales, espumosas y tentadoras, hasta desaparecer completamente de la vista de su marido. Florentino sonrió. Le gustaban las personas sin remilgos. París no sólo lo cubría de gloria sino que le había regalado la compañera ideal: joven y sencilla. Leontina ojeó intencionadamente a su marido y se ruborizó ante su mirada de hombre. Nunca la habían observado de aquel modo, y mucho menos en completa desnudez.

—Tienes buena figura—comentó al verla emerger de la tina.

—Un buen esqueleto—rió ella.

—¿Y eso?—

—Siempre digo que un buen esqueleto marca la diferencia. Si se cuenta con una estructura armónica, lo demás viene como consecuencia.—

—También tú tienes teorías sobre los huesos—festejó Florentino.

—No lo había pensado pero ¿no estás de acuerdo?—

—Un buen armazón ayuda siempre. Me gusta que repararas en la importancia de los huesos ya que ellos estarán cuando nosotros hayamos partido.—

A pesar de ser su primera jornada de casado, Florentino no suspendió la entrevista concertada con un paleontólogo alemán para no dar mala impresión, y menos utilizar al matrimonio como excusa. Acordaron reunirse al atardecer en la habitación, prometiéndose acumular toda la pasión posible hasta la hora del encuentro. Al quedar sola, Leontina lanzó un profundo llanto de alegría, con lágrimas de colores, o eso al menos le parecían las suyas. Toda la sensualidad preservada por años había explotado la noche anterior y a la mañana de aquel día que habría de recordar mientras viviera. ¿Sería siempre así el amor? Lloraba y reía, todo a un mismo tiempo, envolviéndose con sábanas de eróticos aromas que probaban su plenitud de mujer. “Te querré siempre”, susurró abrazándose al abrigo de su marido colgado en el perchero. Una mezcla de placer y deseo reforzaba sus demás emociones. Si alguna vez había concebido expectativas mágicas respecto a ese momento, la realidad la instalaba en una instancia superior, y esperaba que fuese definitiva. Enamorarse de un sabio implicaba obligarse a crecer. No podía conformarse con ser la muchacha común, nacida en un hotel de París, sin más intereses que los propios de una juventud infecunda. Necesitaba aprender para sentirse digna a su lado.

Sus hermanas menores esperaban verla aparecer, deseosas de conocer los sentimientos de una recién casada. Los sueños románticos inspiraban muchas teorías pero ahora podrían saber, saber realmente, cómo era ese contacto íntimo del que rumorearan con auténtica vergüenza. Alice la cruzó en el corredor principal y corrió a abrazarla.

—No cambiaste nada—dijo ingenuamente.

—¿Por qué habría de cambiar?—rió ella complacida.

—Es que ahora estás casada—insistió. —Verte tan contenta prueba que el matrimonio es algo lindo, que puedo esperar con alegría.—

—Así es, Alice. Ya llegará el día en que conozcas al hombre que ames.—

—¿Cómo supiste que era Florentino?—dijo la benjamina.

—Fue descubrirlo y sentirlo cercano, ligado a mí de alguna manera. No sé cómo explicarte. Es un sentimiento tan hermoso como difícil de describir.—

—¡Me alegra tanto que estés feliz!—

Anunció que recorrería la calle de los tenderos en busca de telas para nuevos vestidos. El propósito de cambio que se había impuesto no debía prescindir de la cuota de coquetería indispensable de cualquier mujer joven. Caminaba por las avenidas y todo le parecía más bonito. Los escaparates le hacían guiños, los niños le sonreían, las mujeres la miraban complacidas. Así se sintió aquella mañana hasta llegar frente a una tienda con telas multicolores que engalanaban a un maniquí de babuchas tentadoras. Atrapó su atención ese toque de exotismo y decidió probarse un modelo de amplios pantalones. Es ropa hindú, anunció la empleada, bajando al piso inferior para traer otros estándares. Leontina parecía hipnotizada con ellos, y con las túnicas que se colocaban encima. Compró un conjunto. “Mi esqueleto es maravilloso”, pensó frente al espejo. Abonó el importe fijado prometiéndose que en el futuro compraría, o se haría hacer prendas elegantes y cómodas a la vez. Adquirió telas para ropa interior más puntillas y botones pensando en una camisa tradicional, consciente de que debía mejorar su guardarropa ahora que era la esposa de un sabio argentino. Combinar dos mundos: uno superfluo y necesario. El otro, profundo y desconocido. Ése pasaría a ser el sentido de su vida a partir de aquel día. Volver audible y visible a una Leontina escondida que suponía valía la pena descubrir.

A pocas cuadras de allí, Florentino dialogaba con el alemán.

—El trabajo por acercarse a la verdad no es directo. Uno avanza y retrocede todo el tiempo.—

—¿No le preocupa cambiar de opinión?—preguntó el germano.

—No si es positivo ese cambio. Idas y vueltas ayudan a adquirir más sólidos conocimientos. El día que me aperciba que mi cerebro ha dejado de ser apto para los cambios, dejaré de trabajar. Compadezco de todo corazón a los que después de haber adquirido y expresado una opinión, no pueden abandonarla más.—

—La juventud suele ser menos flexible, Monsieur Ameghino.—

—Debe uno obligarse, si no es aptitud natural, a repensar sus hipótesis. No podemos ser categóricos sobre la evolución orgánica ni tampoco respecto a las migraciones de las faunas. ¿Sabemos

realmente por qué se extinguieron tantas especies?—

—Me gusta su aplomo. No siempre yo pude obrar de esa manera y por eso me tildaron de fanático, cuando no de extremista, porque mis teorías no eran de uso corriente. Valoro entonces que un joven estudioso como usted no se detenga en las investigaciones.—

—Creo firmemente en los principios evolucionistas.—

—Pero ha de saber que no son considerados todavía postulados científicos—replicó el alemán.

—Muchos lo imaginan como un cierto tipo de herejía, o cuando menos una fantasía sin sustento, y yo me empecino en ver que la vida del planeta ofrece permanentes pruebas de inestabilidad evolutiva.—

—¿Es consciente de que puede conmover los cimientos de las ciencias naturales si continúa esa línea de trabajo?—

—No soy tan pretensioso. Quiero dejar constancia de la antigüedad de la existencia del hombre en la tierra donde nací, y también mostrar los fósiles desconocidos que encuentro en cada incursión, o de las que realiza mi hermano Carlos siguiendo mis instrucciones.—

—Oh, disculpe mi descortesía y permítame felicitarlo por su matrimonio—dijo el científico alemán.

—Agradezco su gesto. Hallé la compañera ideal, y lo digo sin temor a equivocarme. Leontina es el complemento perfecto.—

—No sabe cuánto me alegro por usted, Ameghino. Nuestra profesión, vivida con intensidad, resulta difícil de conciliar con la vida doméstica. Se lo digo por experiencia.—

—Lamento oírlo pero haré hasta lo imposible para mantener encendido el interés en esta muchacha que se ha presentado naturalmente en mi vida.—

—Por algo se cruzó en su camino, Ameghino.—

—Le dije que pronto viajaríamos a Bruselas y ella no opuso resistencia. Es más, creo que ya está programando el viaje a su manera. Y ahora, si no le incomoda un final abrupto para esta charla, me despido hasta el nuevo encuentro porque quedé en encontrarme con ella en pocas horas. Le haré llegar en un sobre mi teoría sobre el material que consideramos esta tarde, esperando pronta respuesta ya que quisiera cerrar algunos casos antes de afrontar nuevos compromisos. Hasta pronto.—

París continuaba su desarrollo urbanístico por obra y gracia del arquitecto Haussmann, quien aconsejaba demoler antiguas casonas para dar lugar a unas anchas avenidas. Al caer viejas murallas darían cabida a edificios importantes o bulevares grandiosos. El

jardín de las Tullerías, emplazado en el lugar donde antes estaba el Palacio Real, incendiado en mil ochocientos setenta y dos por los revolucionarios de la comuna, se ofrecía ahora con generosidad a los paseantes. Las calles dejaban de ser senderos tortuosos para adquirir nueva fisonomía. Entre vetustos caseríos se alzaban obras enormes como Notre Dame o el Palais Real al tiempo que comenzaba la urbanización del río Sena, con la instalación de varios puentes y sus correspondientes embarcaderos. Novedosas líneas férreas unían distintos puntos, importante promesa de futuro, mientras los servicios de higiene pública realzaban la importancia de la ciudad iluminada con faroles a gas, al estilo de Madrid, Roma o Londres.

En esa ciudad cambiante se movían los flamantes esposos, eligiendo barrios pintorescos, como el latino por ejemplo; un caserío de intenso colorido en algunos sectores y un tanto sórdido en otros, con su toque de romanticismo bien explotado por los parisinos. Ambos se rendían ante el prestigio de la ciudad, dejándose arrastrar por una fresca alegría al ver que los jubilosos parisinos se reunían allí en los atardeceres.

Florentino había eliminado su barba para no incomodarla y sin aquella pilosidad recuperaba lozanía. Era, a todas luces, un joven corriente ante quien el invierno probaba su rigor, obligándole a vestir chaleco de paño, cuello alto en la camisa y pantalones gruesos con presilla que terminaban sobre sus relucientes zapatos. Atuendo citadino que armonizaba de maravillas con la abrigada ropa de Leontina. Los dos observaban rarezas de la gente que interfería en sus paseos o inventaban historias sobre los transeúntes que eventualmente les llamaban la atención. Se movían por aquel escenario con gracia y energía sin dar pistas sobre su identidad. Nadie adivinaría que iba allí un hombre de ciencia con su joven esposa. Eran, simplemente, dos enamorados dispuestos a sorprenderse con París, lejos de los habituales recorridos por museos o salones científicos.

—No sabía que te gustaba tanto caminar, amor—dijo Leontina.

—Tuve y tengo gran resistencia para la locomoción. No podría ser de otra manera ya que las exploraciones y los descubrimientos no se hacen en la pasividad. Hay que moverse de un sitio a otro, muchas leguas a la redonda. Claro que no podría llevar este atuendo—bromeó Florentino.

—¿En serio?—dijo para seguir su humorada.

—En esas caminatas parecía un vagabundo. Hoy me llamarían “linyera”, esto es un hombre extremadamente pobre que camina a

la vera de las vías del ferrocarril. ¿Sabes que en mi país se está construyendo una red extraordinaria para unir al enorme territorio? —

Florentino hizo una pausa para ver su reacción, y tras comprobar que continuaba entusiasmada con su relato, prosiguió:

—Yo caminaba a lo largo de ríos o arroyos en zonas con suelo sedimentario, esto es, sucesivas acumulaciones de capas a través del tiempo, especial para encontrar piezas fósiles.—

—No paseabas entonces…—

—Nunca tuve la idea de pasear, de caminar sin ningún propósito…—

—El propósito es disfrutar de la vida, amor.—

—Lo hago contigo… y lo extraordinario es que no siento que desaprovecho el tiempo…—

—Lo tomaré como elogio.—

—Tómalo como verdad. Me gana la alegría cuando estoy junto a ti. La misma que sentía al ver las estampas francesas de "Las mil y una noches" que utilizara mi madre para enseñarnos a leer. Por ser italiana —me comunico en ese idioma con ella- practicaba el castellano leyéndonos aquellos cuentos fantásticos que consideraba prudentes. ¿Conoces el libro?—

—No me permitieron leerlo —dijo la muchacha.

—Tomemos té en ese bar y te cuento sobre el asunto.—

Una esquina bermellón, con letras en tono arena, identificaba al pequeño café. No era un edificio elegante sino más bien desolador, que a pesar de sí mismo atraía gran número de parroquianos. Los costados de la ochava dejaban al desnudo un antiguo alineamiento de ladrillos y argamasa, en la que prevalecía la arena. La pintura, descascarada en etapas diferentes, podía ser tomada como un mapa de color, al estilo de las paletas que usaban los pintores. Olor denso y espeso había en su interior, alcoholes y tabacos rubricaban su bohemia. Se ubicaron en una mesa, al costado de una viga de sostén, y aunque un tanto apretados, ambos deseaban continuar la conversación interrumpida. Florentino nunca perdía el hilo de sus charlas y retomó el tema de "Las mil y una noches".

—Tengo todavía en mi casa de Buenos Aires el viejo ejemplar de esos cuentos árabes que se hicieron conocidos gracias a un traductor francés, del que no recuerdo su nombre. Tal vez no dejaran que conocieras su contenido porque muchos fueron considerados indignos para lectores refinados o poco acostumbrados a la crudeza, la vulgaridad o la picaresca de un lenguaje más llano. —

—No creo que mis padres supieran todo eso. Lo prohibieron porque, seguramente, también los privaron de su lectura en su momento. Así funcionan las tradiciones. ¿O no?—

—Es probable, querida. Son cuentos que más allá de su crudeza o descaro, remiten al reinado persa, uno de los cuatro imperios más grandes que han existido en la antigüedad, a cargo de un poderoso monarca de cierta dinastía. Según crónicas de época, ese rey murió después de haber extendido en demasía su territorio. Era amado por sus vasallos y temido por sus enemigos. Ese enorme territorio fue entregado, luego de su muerte, al mayor de sus hijos, quien amando entrañablemente a su hermano, propuso compartir el trono con él. El resto lo dejaremos en suspenso. Tendrás que llegar a Buenos Aires para saber cómo continúa esta historia.—

—¿Iremos pronto a tu país?—

—En algún momento volveré a mis obligaciones. No todo es analizar huesos o caminar junto a la amada. Pedí permiso para presentar mi *"Catálogo especial de la sección antropológica y paleontológica de la República Argentina"*en la Exposición, y para realizar algunas investigaciones perono pierdo de vista que expirará el plazo otorgado alguna vez.—

—Sueño con conocer tu tierra.—

—No deja de sorprenderme tu actitud, querida. Otra mujer pondría el grito en el cielo si la llevo al fin del mundo, que es así como ven a la Argentina desde aquí. Tú, en cambio, estás siempre preparada para afrontar la aventura de vivir.—

Florentino era inexperto en el trato femenino pero ella no lo sabía y le encantó ese comentario que llegaba a sus oídos con algunas interferencias debido al ruido de cubiertos y al rumor de los diálogos difusos que ofrecía el ambiente. Un clima ajeno. Miró a través del vidrio. Un tímido sol destellaba sobre el agua de los charcos, había llovido bastante en la mañana, y apartó después la mirada de aquel sitio para enfocarla otra vez en su marido. Tras un tiempo prudente y aprovechando un lapso en la conversación, preguntó:

—¿Sabes ya cuando viajamos a Bruselas?—

—Prepara las cosas que consideres necesarias. No sé cuánto tiempo estaremos allí pero debemos estar precavidos.—

Desde la calle les llegó un ruido. Leontina estiró su cuello para observar lo que ocurría. Un hombre grueso acababa de caer sobre la acera. "¡Llamen a un doctor!", gritó un transeúnte- Su corazón se aceleró. Nunca había presenciado Leontina Poirier tan desesperada lucha entre la vida y la muerte. El hombre permaneció tieso en el

piso. La asistencia llegó desde el mismo interior del bar. Un médico prestó los primeros auxilios. “Está muerto”, dijo finalmente. El romántico paseo ofrecía un costado inesperado.

Regresaron en silencio a la habitación veinte del hotel: su hogar por el momento. Todo venía probando desde el inicio que el año se presentaba con carácter extraordinario para el joven matrimonio. Sucesos inesperados, anécdotas, experiencias enriquecedoras, y un sinfín de involuntarios sinsabores que ella solía referir a su familia mientras Florentino remitía frondosas cartas a la suya con propósito parecido. En lo más profundo de su ser sentía celos de esas cartas, no por su contenido sino por el amoroso modo en que Florentino se inclinaba sobre el papel para rasgarlo suavemente con palabras, ajeno a todo lo demás. Se filtraba su ser en esos actos, disolviéndose entero con ese contacto subyugante que la dejaba al margen. Podía advertir la agitación de su pecho surgida de vaya uno a saber por qué reminiscencias. Cosas antiguas, fuegos olvidados, recuerdos lejanos. Un estado de ensoñación casi infantil le ganaba en esos momentos cuando parecía apropiarse de las vidas ajenas, de los mandatos de la sangre. Se filtraban realidades y sueños en sus cartas. Proyectos que le quemaban las venas al extremo de parecer un incendiario dispuesto a comenzar la quemazón. Sus ideas brotaban en la tinta palpitando como sus latidos. Soñaba despierto. O dormía con la conciencia alerta. Y después, eso sí, tenía la enorme generosidad de compartir las respuestas, deteniéndose en las palabras, masticándolas con gusto, para que ella pudiera saborearlas de una manera parecida.

“Querido hijo: Estamos contentos de saberte acompañado. Según dices Leontina fue una magnífica elección. Sabrás, por otra parte, que papá no está bien de salud, nada que deba preocuparte en demasía; que Carlos trabaja de sol a sol para conseguirte huesos; que Juan ha buscado trabajo fuera de Luján porque aquí no hay posibilidades; y que María Luisa es de gran ayuda en los quehaceres. Seguimos siendo una familia orgullosa, y sentimos mucha felicidad al ver que te vas consagrando. Ya llegarán los tiempos en que volvamos a vernos. Practico siempre el español aunque prefiero seguir escribiendo en italiano. Pensándolo bien, tendré que aprender algunas palabras en francés para entenderme con mi nuera. O mejor, enséñale tú un poco de italiano. ¿No habrás olvidado cómo se pronuncia después de tantos meses de expresarte sólo en francés, no? Los vecinos preguntan por ti y por tus triunfos, que conocemos a través del periódico. Estamos felices por ti, Tino. Te quiere. Tu madre”

“Tino”, sólo ella lo llamaba de ese modo. “Tino”, como cuando

era pequeño y lo sermoneaba por estar tantas horas ausentes a orilla de los ríos. “Tino”.

Leontina lo observaba con las manos entrecruzadas debajo del mentón. El tentador nacimiento de sus senos hizo que Florentino se acercara a destrabarle las manos para tomar luego ambas con las suyas y llevarlas hacia atrás. Sus cuerpos quedaron unidos, latiendo al unísono, tentándose con su juventud. Fue repentina la urgencia, e imperativa, y cayeron sobre el lecho en un extraño frenesí. Serenado el ardor, pusieron orden en la ropa mientras se escuchaban pasos por el corredor. Alguien venía a anunciar que la cena estaba servida.

—Apurémonos querida porque luego de cenar me espera la lectura de un material que me han entregado esta mañana.—

—¿Otra vez compartiremos habitación con el novedoso hombre de Cromañón? —comentó divertida.

—Me temo que no tendrás alternativa. Debo devolver cuanto antes el expediente sobre un ejemplar hallado en mil ochocientos sesenta y ocho en la región de Dordoña, más precisamente en Les Eyzies. Ustedes, los franceses, llevan diez años estudiándolo, y yo tengo unas pocas horas para dar mi opinión.—

—Monsieur Vallon dijo en la conferencia del viernes anterior que el Neanderthal enterraba a sus muertos. ¿Demostraría eso que sentía alguna preocupación por la eternidad?—preguntó ella.

—No me atrevería a asegurarlo. Por lo pronto sé que descubrieron también unos esqueletos en La Ferrassie, al sudoeste, de dos adultos y cuatro niños completamente cubiertos con piedras planas. Monsieur Vallon supone que constituían una familia—respondió él.

—¿Era brutal el Neanderthal?—

—Nada hace suponer eso. Por mi parte, creo que no era una criatura feroz e insensible. En el estante tengo un libro con estampas sobre la evolución del hombre que podrías consultar ya que te interesa el tema.—

—Un maestro mostró alguna vez láminas sobre la evolución del hombre según la teoría de Darwin y se produjo gran revuelo en mi escuela.—

—Lo imagino. Darwin sostiene que todas las especies mutan, aún a la distancia, y que el hombre no es la excepción. No me extraña esa reacción ya que aún producen descalabro sus ideas. A muchos les cuesta entender que el hombre y el mono tienen un antepasado común, y los fósiles descubiertos prueban que no está equivocado—argumentó Florentino.

—No todos aceptan esa teoría—dijo Leontina.

—Tú no podrás negarla, casada como estás con un científico partidario de la evolución. Recomiendo leas el libro con gráficos sobre los distintos pasos por los que atravesó el hombre hasta lograr su apariencia actual.—

—Mientras tú estudias al viejo Cromañón me conformaré con esas imágenes aunque preferiría analizar la estructura actual del hombre moderno—contestó abrazándose a su marido.

—¡Leontina! Si te escucharan tus padres creerían que te convertí en una libertina…—

—Es que cuando preparas una conferencia te olvidas de mi presencia—replicó mimosa.

—Buen punto. ¿Por qué no asistes el viernes a mi presentación? —

—¿De verdad podré verte disertar ante tantos eruditos que te asediarán con preguntas?—

—Me encantará saber que estás en las gradas. Es más, hablaré a todos y en especial a ti. ¿Qué te parece?—

—Volveré a ver a mi sabio marido en su condición de científico. —

Y al llegar el viernes, un naciente entusiasmo otorgaba más brillo a sus ojos. Debía lucir perfecta para la ocasión y para comenzar controló detenidamente sus manos. La costumbre de morder sus uñas quitaban elegancia a esos dedos siempre elogiados. Se ocupó de corregir su aspecto. Necesitaba fulgurar, aunque austera y elegante, porque aquel recinto era comúnmente visitado por caballeros y damas importantes. Elegir cuidadosamente la vestimenta. Entre las prendas que disponía seleccionó un trajecito púrpura con una camisa blanca y calzado haciendo juego. Se miró en el espejo, apretándose las mejillas para dar mayor intensidad a su piel. “Estás preciosa”, se dijo al comprobar su aspecto general. La noche anterior había ayudado a preparar el catálogo con los fósiles a presentar en la conferencia. Se tomó el compromiso, que repetiría en el futuro, de confeccionar varias copias para dejar en la entidad organizadora y uno como haber personal. Pretendía con ello contar con fechas precisas y datos ciertos sobre los distintos acontecimientos que protagonizaba su marido. Miró con un destello de orgullo su prolija letra, tantas veces elogiada en sus tiempos de escuela, y se dijo que resultaría de gran ayuda sin vencía la dosis de impaciencia que solía atraparla en ocasiones. Recordó cómo en su infancia ansiaba crecer y volverse adulta, alejada por completo de cualquier idea de decepciones o rechazos. Ahora empezaba a

lograrlo. Caminó de un lado a otro con las faldas rozando el piso de una madera que crujía ante cada uno de sus pasos. Nada debía estar fuera de lugar. No podía Leontina Poirier de Ameghino generar comentarios negativos.

Florentino había partido antes para ultimar preparativos y le había dejado escrita la dirección para entregársela al cochero que la conduciría hasta el lugar. Echó una última mirada a su aspecto antes de bajar las escaleras que la conducirían hasta la recepción del hotel. Saludó a su hermana Alice con alegría mientras se escuchaba un campanazo en una iglesia lejana.

—¡Qué hermosa estás! Vas a ser la más bonita del auditorio—dijo su hermana.

—Alivia saber que me ves así—respondió conmovida.

Apoyó el codo sobre un alto mueble instalado a un lado del sillón principal. No necesitaba más por el momento. Su cuota de vanidad había sido cubierta gracias a la generosidad de Alice pero a pesar de ello, por un instante, la invadió aquella sensación que tenía siempre ante los grandes retos.

—Ya llegó el coche—advirtió su hermana, asomándose a la puerta de ingreso.

—Hasta pronto. Deséame suerte—dijo a modo de despedida.

Llegó sin dificultades al lugar donde Florentino Ameghino expondría sus resonantes teorías. Luego de atravesar una puerta de bronce con vitrales luminosos, ingresó a un largo pasillo que habría de llevarla justo al salón principal.

Lo primero que vio fue un escritorio de madera y una mesa de igual material que contenía un montón de huesos. Sonrió. El paisaje le resultaba familiar. Reparó también en las altísimas estanterías con libros de lomos importantes y en que se había concentrado mucho público en las gradas inferiores y un poco menos en las del piso superior. Prefirió ocupar un asiento del sector más bajo. Saludó con cortesía a dos caballeros que tendría como vecinos circunstanciales, comprobando de inmediato que salvo dos o tres sombreros con plumas, vistos a vuelo de pájaro, el público era mayoritariamente masculino.

Dos enormes candelabros colgaban desde el cielorraso y otros adosados en las paredes laterales. Desde su cómoda posición podía observar con atención a los invitados y al grupo de científicos ante quienes expondría su marido. Hombres calvos y barbados compartían el mismo atildamiento, como si formaran parte de un grupo especial, diferenciado e importante. Aquella ceremoniosa postura se quebró cuando un chirrido especial dio cuenta de que el

disertante ingresaba al estrado. Se cerraron todos los ingresos a aquella enorme sala iluminada y ya no tuvo tiempo de saber si las paredes eran amarillas o si esa impresión era consecuencia del efecto que producían las luces sobre aquella superficie. Florentino esperaba a un costado mientras la gente cuchicheaba que era muy joven para ser verdaderamente creíble. Tuvo ganas de reaccionar, de decirles que cerraran la boca, que su marido no era ningún improvisado, aunque optó por mantener una postura firme sin perder elegancia.

Leontina Poirier no sabía el efecto que causaba el tiempo en las consideraciones científicas, en que un arraigado prejuicio hacía presuponer que solamente un hombre viejo estaba en condiciones de exponer teorías importantes. Su vecino de asiento hablaba en voz baja con el otro caballero, lanzando furtivas miradas al disertante. Observó la tensión de sus labios, la hosquedad de sus gestos, su actitud reprobatoria y una corriente de miedo ganó la boca de su estómago. Sumida en extrañas reflexiones, ajenas por otra parte a su naturaleza alegre, se sobresaltó cuando su marido comenzó a presentarse. Todos sabían que era un sabio argentino pero él se ocupaba de ubicar el punto exacto donde había nacido, sabiendo que no debía atosigarlos con conocimientos específicos desde un principio por lo que se esmeraba en contar cómo habían sido sus primeras incursiones por las barrancas del río Luján, sus descubrimientos de niño, sus primeros interrogantes ante el respetuoso silencio del recinto. Leontina se distrajo para observar algunas reacciones en el momento en que su marido expresaba que la prueba más convincente de que el hombre tuvo su origen en el nuevo mundo había sido la presencia de hominidios en el continente sudamericano desde una época muy remota. “Mientras los más antiguos del viejo mundo como el pitecántropo y el pseudo hombre de Heidelberg no remontan más allá del cuartenario inferior, a pesar de que algunos paleontólogos y antropólogos los atribuyan al plioceno, existían otros en los territorios que menciono”. Hablaba con apasionamiento, sin hesitaciones, con la gracia de quien sabe que se expresa en un idioma que no le es propio. Describía períodos, eras, vestigios, fósiles, siempre involucrando al hombre prehistórico de la Argentina.“Es bueno decir también, y ya me ocuparé en detalle más adelante, que algunos se separaron de los hominidios tomando el camino de la bestialización en el viejo continente. Eso condujo a la equivocada idea de que el hombre tuvo distintos orígenes. Los fósiles que exhibo, del “Homo pampaeus”, son de breve estatura porque eran

pigmeos que apenas si llegaban al metro cuarenta, de rostro muy prognato, con mandíbula sin mentón excesivo y con una dentadura ortognata muy regular. Agrego como curiosidad que no tenía la última muela. Tampoco ese individuo importa demasiado en esta conferencia porque desapareció sin dejar descendientes. Descubrimientos sucesivos, en capas más recientes del terreno, permitieron analizar a especies posteriores, que son sin lugar a dudas, del género Homo. Pueden ustedes ver el cráneo más voluminoso, más corto y más ancho, la frente más o menos abovedada, las órbitas normales, es decir, profundas y más anchas que altas y el rostro más corto, más humano. Aun de ellos, una rama tomó el camino de la bestialización, aumentando la talla y su fuerza muscular y terminó por extinguirse en épocas no tan lejanas en el valle bajo del río Chubut, en la Patagonia.

Hizo una pausa para dar tiempo al auditorio a asimilar tantos datos infrecuentes.

—Vuelvo por lo pronto al "Homo pampaeus" que es, en suma, el más antiguo antecesor conocido del Hombre. Aparte de los restos groseros de una industria muy rudimentaria que atestigua la presencia de un ser inteligente, este hombre (o su antecesor) perteneciente al Mioceno, fue hallado en Monte Hermoso, en la provincia de Buenos Aires, y tiene bien ganado su lugar entre los antropólogos. Tengo plena conciencia de que no es fácil resumir millones de años de evolución en una conferencia pero pienso que los esfuerzos humanos deben encaminarse siempre hacia el conocimiento de la verdad, cuyo culto será una práctica segura en el porvenir…—

Comenzaron a oírse voces encendidas.

—Perdone que lo interrumpa, Monsieur Ameghino —dijo alguien.

Florentino buscó con la mirada el sitio de dónde provenía la voz desconocida. Le costó identificar el lugar hasta que finalmente lo logró cuando el caballero se incorporó levemente de su asiento.

—Según parece usted adhiere a la teoría de evolución de las especies de Darwin —agregó el desconocido.

—En efecto—respondió.

—¿O sea que pretende decirnos que debemos aceptar que tenemos el mismo origen que los monos, y no conforme con ello que descendemos de unos monos sudamericanos?—

La sala se llenó de murmullos, que luego subieron de tono hasta convertir a aquel recinto en un circo revuelto.

—Llevo años de estudio y observación para afirmar cuanto digo,

de allí que pueda describir al detalle mis teorías. Los fósiles de monos sudamericanos, que no son iguales a los hominidios que mencioné antes, podrían considerarse monos si se los compara con el hombre actual, y también que entre los monos vivos hay características muy similares a las de los fósiles. Aunque las cosas no son tan simples como parecen. No debemos dejar nunca de lado la idea de que existió un proceso de evolución regresivo en la mayor parte de los monos americanos. Es a lo que llamo bestialización. Ni en Europa ni en Norteamérica se han encontrado monos de esas características. Sólo aparecen en la Patagonia porque han continuado viviendo allí hasta no hace tanto tiempo. Si prometen no bostezar puedo precisar nombres y clasificaciones sumamente complicadas para…—

—¡Qué descaro el suyo! ¡Pretender que provenimos de sus salvajes pagos!—le gritaron.

—Entiendan que en las pampas es más fácil estudiar las formaciones geológicas porque la naturaleza del terreno permite una buena conservación de los restos orgánicos, mejor que en las formaciones europeas…—

Los hombres se alzaban de sus asientos, persignándose, para lanzar después todo tipo de improperios.

—… Permítanme comparar la serie animal con un árbol…—

Infructuoso intento. La sala fue vaciándose velozmente, restando unos pocos en sus asientos. Ella permaneció tiesa en su lugar y cuando el tumulto hubo pasado se incorporó para dirigirse lentamente hacia el estrado. Abrazó a Florentino sin decir una sola palabra y luego, diligentemente, comenzó a guardar los fósiles en sus respectivos cajones. Florentino permanecía parado a un lado del escritorio, con los puños cerrados y la mirada perdida en un punto sin sustento. No comprendía cómo Francia, la ilustrada Francia, le ofrecía reacciones tan sectarias. Estaba convencido de que las ideas de Darwin habían abierto caminos, produciendo un cambio radical de perspectiva, y que por eso estaba en condiciones de presentar un orden riguroso sobre cuestiones de la vida humana. Que la evolución merecía ser vista de otra manera, no ya como un tema del dominio de la fantasía. Estaba convencido de que el público europeo acogería con interés sus aportes por disponer de un pensamiento moderno consolidado. Admitía la posibilidad de hallar dificultades, que no todo iba a aceptarse de inmediato, pero jamás ese rechazo grosero, esa ausencia de empatía hacia quien había dedicado más de la mitad de su vida en investigaciones cuidadosas.

Regresaron en silencio al hotel, a aquella habitación número

veinte de los momentos intensos, y tras acomodar en su sitio los bultos, Florentino se higienizó para acostarse. Leontina imitó sus gestos e ingresó después entre las tibias sábanas. Ninguno de los dos dijo una palabra aunque ella, aferrándose a su mano, le acercó el cuerpo para cobijar su angustia con femenina delicadeza.

La turbulencia interior les impidió descansar. A la mañana siguiente, superada la instancia de frustración, Florentino abrió el diálogo ya sin amargura.

—Es una pena que hayas presenciado semejante bochorno—dijo.

—La pena es que no te hayan escuchado—contestó ella.

—Tengo claro que no es fácil sostener la postura que elegí en el campo científico pero me hubiera gustado mucho hacerles comprender cómo funcionan los eslabones de la inmensa cadena que nos mantiene vivos…—

—¿Por qué mencionaste a un árbol?—se atrevió a preguntar.

—Es metafórico. Me gusta comparar a la serie animal con un enorme árbol, inmensamente ramificado, con ramas que divergen entre sí a medida que nos acercamos a los tiempos actuales y convergen hacia un tronco común cuando más avanzamos en las profundidades de los tiempos pasados.—

—Hermosa descripción, querido.—

—¿Se entiende que el tronco representa al primer ser o a los primeros seres imperfectos que aparecieron sobre el globo?—

—Así creo.—

—Pues es así. A medida que el tronco se desarrolla, el tronco se ramifica y empieza desde luego la lucha por la existencia entre las diferentes ramas que se disputan el aire, la luz, el calor y la humedad. Las ramificaciones continúan y la lucha aumenta, pero no todas las ramas tienen igual suerte.—

—¿Qué quieres decir?—

—Que las últimas ramificaciones de ese árbol representan las especies y las hojas que se renuevan periódicamente, son los individuos. En la lucha por la vida sucede a menudo que algunas de las primeras derivaciones, privadas de luz por las otras, cesan en su desarrollo. ¿Se entiende?—

—Me parece que sí.—

—Bueno, esas ramificaciones representan los antiguos tipos inferiores que se han perpetuado inmutables hasta nuestra época. Otras ramas, abrasadas por el fuego del rayo o despedazadas por un huracán en caso de catástrofes geológicas se secan y sus despojos caen al pie del árbol. Ésas ramas secas representan las formas de los animales actualmente extinguidos.—

—Es claro tu planteo.—

—Ése es mi trabajo: pasar un día al lado del tronco del árbol y recoger despojos de las ramas secas que encuentro en el suelo, que no son más que los fósiles que saco de las profundidades.—

—¿Las ramas que permanecen en el árbol serían las especies existentes?—

—Exactamente. Eso es lo que explicó Darwin con tanta precisión. Muchas especies o géneros de animales han desaparecido no por transformación sino por extinción, sin dejar descendencia. Son las ramas secas del árbol. Los animales actuales, en cambio, tienen predecesores en épocas geológicas pasadas. Estas leyes están muy claras en la pampa argentina.—

Florentino acarició el rostro de Leontina con ternura infinita.

—Estoy dándote la conferencia que prometí, en privado y con exclusividad.—

—Claro, mi amor, y lo agradezco. Es una lástima que los asistentes de ayer hayan obrado del modo que lo hicieron.—

—Nos queda mucho camino por recorrer, y es bueno acostumbrarse a la idea de que en los senderos siempre se hallan escollos.—

—Una pregunta más y después nos abocamos a lo que debemos —dijo Leontina. —¿Los mamíferos que se encuentran hoy en la pampa se parecen a los que dejaron esos restos?—

—Salvo rarísimas excepciones, todos los géneros de mamíferos actuales se han encontrado en estado fósil en los mismos puntos. Hay fósiles de perro, zorrino, vizcacha, ciervo, guanaco, peludo o mataco, y tantos otros. Hasta del "*protohomo*" que desciende de los simios.—

—¿O sea de los monos?—

—Pero no de los simios actuales sino de otros parecidos, los prosimios, que tienen caracteres morfológicos de diferenciación con el hombre, tan acentuados como los que a su vez podrían presentar aquellos con los monos de nuestra época. Sostengo, y esto lo dejaremos para otra charla, que el *"protohomo*" dio origen al "homo *pampoeus"*. Pero aquí hay mucha tela para cortar y todavía no hemos desayunado como corresponde.—

Eran muy gratos esos momentos. Complicidad absoluta. "Compinchería", solía llamar Florentino a esas ocasiones que le daban a Leontina oportunidad para descubrir detalles de un mundo desconocido, un universo prehistórico al que de ninguna otra manera hubiera llegado de no ser por amor. Y tanto se enganchaba con el tema que después leía un poco de zoología, otro tanto de

geografía, y hasta a veces textos filosóficos, aunque los conceptos la aturdieran o arremetieran contra su criterio. Otras veces, en ese estado de aturdimiento, abandonaba la lectura sintiendo que el saber la vencía, pero después, empeñosamente, reincidía para no dejar que esos sentimientos anularan sus ganas de aprender. Debía afrontar desafíos abismales si quería dejar de ser una criatura convencional o con intereses alejados de las metas de un sabio.

¿Qué esperaba su marido de ella? ¿Qué fuera una dulce criatura destinada a recibir perpetua protección, una muchacha voraz para el aprendizaje, o una joven de besos apasionados solamente? ¿Todas tal vez?

Caminaba por la habitación, con un jarrito de té en la mano, evaluando su retrato futuro, en tanto planeaba qué llevar en su inminente viaje a Bélgica. La luz se volvió escasa y encendió una lámpara. Con luminosidad aliada se acomodaron mejor los pensamientos y se sentó en una poltrona, con la infusión sin terminar. El viaje sería su primer traslado importante, su debut como viajera, pues, salvo los desplazamientos hacia Bretaña, no se había movido nunca de París. No importaba que Florentino hubiera advertido que sería breve la visita, de pocas horas, porque de todos modos debía acondicionar su ánimo, sus verdes pupilas, la piel transparente, sus manos preparadas para la caricia y esa sangre joven dispuesta a brindar recompensas.

Y cuando al fin cubrieron los trescientos kilómetros que separaban a Bruselas de París, completó su emoción, sin menospreciar la duración de la visita. Un encuentro de carácter puramente protocolar no sustraería a su marido más que por unas horas ya que luego ambos podrían prodigarse caricias o recorrer lugares con absoluta libertad.

Se cumplieron todas sus ilusiones esa vez.

El segundo viaje a Bélgica demandó mayor preparación. Grandes bolsos y los consabidos cajones con fósiles fueron despachados por ferrocarril, previamente seleccionados para no acarrear peso innecesario. La estadía se extendería más, mucho más, que la anterior. Iba preparada por lo tanto para afrontar algunas soledades cuando Florentino participara en labores propias de los trabajos de campo, que insumían horas y hasta días completos al aire libre. Estaba allí en su salsa. A Florentino le encantaba planificar circuitos, y para no obrar como un improvisado había acopiado información geológica sobre la zona buscando terrenos sedimentarios donde trabajar mejor. Afecto a confeccionar mapas geológicos, no ocultaba su entusiasmo ante aquella búsqueda.

Adicto a los fósiles, a los que consideraba testigos únicos del pasado, incluía guantes, pinceles de cerda dura, etiquetas especiales y una vestimenta ajustada a necesidad. Y no había puesto nada más porque las demás herramientas las aportarían los belgas. ¡No olvides las etiquetas!, recomendaría su marido al ver que estaba cerrando su valija. Sonrió complacida. Si algo había aprendido en el tiempo que llevaban juntos era la importancia que tenía el proceso de etiquetado. No sólo para identificar el material en sí sino para describir características del yacimiento, detalles sobre el sitio de la excavación o los estratos en que se hallaran los huesos. Y nunca olvidar las fechas de cada procedimiento. Rigurosidad que asegura calidad, decía Florentino.

Miró a través de los vidrios de la ventanilla del tren. La ciudad, con su clima temperado los recibía con una primavera suave aunque algunos pasajeros advirtieron que a veces el frío solía irrumpir de repente y volverse intenso. Un año de matrimonio significaba haber acumulado aprendizajes. Un período capaz de combinar su condición de esposa con la de asistente en el terreno de la paleontología, y de hacer esfuerzos por interpretar el pasado desde los viejos huesos que Florentino valoraba como joyas. Que lo eran realmente, porque gracias a ellos él podía enunciar teorías o lanzar hipótesis arriesgadas. Comprender el comportamiento de animales antiquísimos le aportaba conocimientos sobre el clima y los continentes, y hasta descubrir cómo se habían comportado los animales con su entorno, con otras especies, e incluso con los mismos suelos. Un hueso o una roca decían mucho sobre el pasado y sobre los cambios de ese pasado remoto, y asimismo sobre migraciones y asentamientos transitorios. Ese primer aniversario de casada pasaba a ser, sin lugar a dudas, extraordinariamente enriquecedor.

Como bien lo anunciaran las líneas de su mano.

Rió de la ingenuidad puesta de manifiesto ante aquella gitana de París ahora que comenzaba a pensar con mayor seriedad porque sabía que con su ayuda Florentino perfeccionaba discursos, no en el terreno de lo conceptual sino en aspectos que brotan del enorme poder de observación que tienen las mujeres. No obstante, en ocasiones sentía un molesto cosquilleo, desde los hombros a la cadera: reveladora presencia de una especie de miedo que solía cohibirla. Le temblaban entonces las piernas y le dolía la boca del estómago con atisbos de desaliento en ese mundo ciego que debía apuntalar.

Sólo un reducido grupo bajó del tren. Leontina se entretuvo en

el andén para observarlos. Unos jóvenes apresurados; una madre de mediana edad que acarreaba de su mano a un chico que no paraba de moverse; un par de empresarios enfrascados en sus cosas y ellos, jóvenes esposos enamorados decididos a enfrentar nuevos desafíos. Un funcionario de Ciencias Naturales de la Universidad de Lovaina llegó demorado y con las disculpas del caso.

—Reprogramamos su conferencia debido a sus dificultades en el viaje—afirmó sin demora.

—Apenas nos enteramos del retraso enviamos notificación telegráfica para anunciar los problemas de la empresa ferroviaria—contestó Florentino.

—Si, la hemos recibido. Lamentablemente ya estaban pautadas otras conferencias para ese día y por eso trasladamos la suya…—

Leontina observaba al belga con curiosidad. Hombre alto, pelirrojo, de mirada penetrante y una estructura fuerte, propia de los míticos vikingos que solían asustarla desde las láminas cuando niña. Hombres brutales que eran capaces de emprender todo tipo de hazañas. La vestimenta del científico moderaba esa impresión gracias al saco a cuadros que vestía, o a su camisa de cuello alto y la gruesa capa que le cubría hasta las rodillas. Un sombrero de paño negro daba a su aspecto cierta apariencia teatral. Contuvo la risa ante sus estrafalarios pensamientos en tanto tendía su pequeña mano hacia el sujeto.

—Leontina Poirier de Ameghino.—

Florentino no reparó en su mujer, concentrado como estaba en acomodar algunos apuntes que había completado durante el viaje.*"Los mamíferos fósiles de América Meridional"*, se titulaba su conferencia, que había sido preparada tiempo atrás, en colaboración con el fallecido Paul Gervais contando con el aporte de su hijo, Henry Gervais.

—Ante este inconveniente horario, corrimos la fecha de su disertación para el viernes. No queremos causar dificultades. Muy por el contrario, y para compensarlos por los inconvenientes, la Universidad les organizó un viaje hasta la ciudad de Brujas. Estoy seguro que les fascinará ese lugar lleno de puentes… y a no preocuparse por los gastos.—

Un giro inesperado del destino les concedía una posibilidad grandiosa. Tras depositar los bártulos en el alojamiento asignado, viajaron hacia esas casas medievales que brotaban entre retorcidos canales cruzados por graciosos puentecillos. Recorrieron uno por uno, apreciando el amor de los belgas por esos puntos de unión que eran los puentes. Con verdadero estilo artesanal habían sido

construidos.

—Ciudad de catálogo, dijo Leontina ante la catedral de Brujas.—

—Demoró mucho en ser terminada. Por eso tiene distintos estilos constructivos. Tienen que saber que esta ciudad viene organizándose desde lejos en la historia. Carlomagno, el emperador de Europa, se ocupó de evitar los ataques bárbaros de los pueblos nómades. Imaginen de qué tiempo les cuento. Una larguísima historia. El intenso comercio con Inglaterra, particularmente de lanas y materia prima textil, influyó en su florecimiento y hoy podemos apreciar mucho mejor a esta Venecia del Norte. Sí, así la llamamos porque ése es su principal valor para quienes llegan de todos los países de Europa, Asia y de América—dijo el improvisado guía.

Bélgica les ofrecía la posibilidad de gozar unos días de ensueño. Tal vez fueran pocas las horas, si se las medía en términos de reloj, pero eran increíblemente sorpresivas. Deleitarse con una postergada luna de miel, sin obligaciones, dedicados a pasear por unas calles de encanto, o comer en casonas pintorescas, cuando no fuera reír con alegría durante ese paréntesis fabuloso que podían tomar como un preludio inolvidable. Un roce palpable de felicidad que se intensificaba noche a noche en el lecho.

Regresados a Bruselas, Ameghino se contactó con los americanistas del equipo de trabajo para cotejar sus teorías. Leontina aceptó que aquello representara un retaceo a su atención y se encargó en consolar su atribulación.

—Siempre acompañaré tu sueño de caracoles—prometió.

—Gracias corazón.—

Cautivó aquella palabra a Leontina Poirier. Su marido no sólo sabía palabras en distintos idiomas sino que conocía también el abecedario romántico. Nada más que eso pretendía ella. Nada de extravagancias ni manifestaciones pueriles. Una expresión tierna, un abrazo oportuno, la mirada instalada en sus ojos para sentirse feliz. Hacía frío y decidió quedarse en el hogar a perfeccionar su caligrafía y a reforzar su vocabulario. Buscando en la estantería de los libros, cayó en sus manos un libro de Hume. "*«Con el término impresión me refiero a nuestras más vívidas percepciones, cuando oímos, o vemos, o sentimos, o amamos, u odiamos, o deseamos. Y las impresiones se distinguen de las ideas, que son impresiones menos vívidas de las que somos conscientes cuando reflexionamos sobre alguna de las sensaciones anteriormente mencionadas».* El filósofo trataba de explicar algo sobre el entendimiento humano, dividiendo a las percepciones en ideas e impresiones. Terminaba mareada con tanta

filosofía por lo que se dedicaba después al concepto ideas. Hume decía que no eran nada, excepto copias de las impresiones, o, en otras palabras, que resultaba imposible pensar en nada que no se haya sentido con anterioridad. Su turbación iba en aumento. ¿Podía Dios existir entonces?, se preguntó, ya que todos los pueblos habían planteado su existencia antes de creer en él. ¿O tenía razón Florentino al decir que era una construcción humana? ¡Menudo esfuerzo requiere el entendimiento!, se dijo. Está visto que necesitaré el auxilio de un profesor.

Como mujer de un científico debía familiarizarse con términos apropiados si pretendía ocuparse de la reconstrucción de organismos del pasado; entender sus partes esqueléticas y también las orgánicas que habían desaparecido durante la fosilización, único camino para restituir correctamente su aspecto en vida. Aprovechaba las jornadas más cálidas para recorrer la ciudad, de la que asimilaba la calidad de sus entornos, los murales viejos, los baldíos que aún abundaban, y a la gente que concurría a misa en una iglesia de torres inacabadas. A un costado de la misma divisó unas lápidas, de los que se fueron y ya no son. Muertos de los que quedaban solo tumbas, con nombres grabados y alguna que otra placa de bronce pero no le interesó conocerlos, tampoco las fechas entre las que vivieron hasta que se fueron. Un cochero paseaba a una familia por una calle angosta y pensó en la posibilidad de recorrer en un vehículo los barrios más alejados en días sucesivos. Cuando Florentino no estaba solía refugiarse junto a la ventana, dispuesta a incrementar sus habilidades gráficas. Le gustaba pensar que alguna vez, muy lejos en el futuro, alguien llegara a recoger sus propios huesos con el amoroso sentimiento que ella ponía al reproducir aquellos de desconocido origen. Que después de permanecer bajo la tierra madre, tras la despedida de mil brisas distintas, algo de su aliento permaneciera vivo en su osamenta. Pensaba esas cosas y dibujaba. Siempre le había gustado hacerlo, y allí tenía infinidad de láminas y manuales para lograr mayores precisiones. Pensó una vez más en los huesos, en el hecho de que su marido les daba una segunda oportunidad al rescatar algo de la savia de la humanidad con ellos. Sonrió divertida ante ese pensamiento, confiando en que tal vez un pequeñísimo toque de esa magia se filtrara al copiar, una y otra vez, a esos fósiles amarillentos.

La estadía en Bélgica la estaba convirtiendo en un personaje de ficción escapado de libro. Etérea, silenciosa, entretenida. Pero el trajín, el caos de las clasificaciones, el desorden que por momentos

ganaba a sus espacios, la dinámica de los días, modificaban entonces esa impresión.

Alojados en una casa, la primera en realidad con valor de nido, cumplían una rutina productiva. Florentino dormía pocas horas, sin sentirse mal por ello, y ella se incorporaba en el lecho apenas escuchaba sus movimientos. Partía veloz hacia la cocina a preparar un desayuno suculento, principal comida ya que no había modo de saber a qué hora volverían a reunirse en torno de la mesa. Pan horneado la noche anterior, manteca y mermeladas, frutas de estación, quesos variados y alguno que otro embutido, todo acompañado por un gran tazón de café con leche, para gozar despacio mientras deslizaba algún que otro arrumaco. Después ella ordenaba los papeles que él traía de afuera, con borradores que debían convertirse en etiqueta formal. ¡Huesos, siempre huesos! No importaba que fueran grandes y pequeños o viejos y carcomidos: todos demandaban detallada atención. En sus momentos libres procuraba dibujarlos con fidelidad y hasta anexarle instrumentos primitivos, tipo hachas de mano o puntas de flecha, como solía ver en las láminas que le servían de guía. Paulatinamente fue comprendiendo el grado de madurez de los artesanos prehistóricos, hacedores de armas cada vez más perfectas y eficaces. Raederas de pedernal con las que quitar el cuero de los animales cazados o arpones de piedra para pescar en los ríos probaban la evolución del hombre a medida que transcurrían los siglos. Por eso se esmeraba en reconstruir también escenas arcaicas: un cazador en el acto de despellejar a un ejemplar cazado, una mujer encendiendo el fuego, niños correteando desnudos por la hierba.

—Tienes gran imaginación, querida. Creo que así debía verse ese hombre en el momento de quitar el cuero a su presa—dijo Florentino al ver sus trabajos.

—¿Has visto los demás dibujos?—

—Ciertamente, y son de gran utilidad para esos huesos viejos que a veces encontramos por puro azar.—

—¿Y cómo logran diferenciar a qué tiempo pertenecen esas herramientas?—

—Nunca pierdas de vista que el proceso de evolución fue muy lento, que los hombres golpeaban guijarros contra guijarros para conseguir esas lascas que hacían las veces de cuchillo.—

—Hay, sin embargo, puntas mucho más afiladas que otras.—

—Podemos deducir entonces que pertenecen a tiempos posteriores, en que los cazadores aplicaban más paciencia para lograr lascas más cortantes.—

—No pregunté nada aún sobre cómo marcha la investigación. ¿Encontraron diferencias en los huesos comparados?—preguntó a su vez.

—Hoy nos limitamos a fósiles zoológicos no humanos… y en realidad, tenemos dudas en su clasificación. Algunos se parecen pero no son iguales y analizarlos requiere mayor dedicación. Necesito estudiarlos a conciencia. No puedo arriesgarme a teorías que después puedan ser refutadas como poco serias.—

—Me siento bien en Bélgica. Por primera vez tenemos un hogar, hacemos lo que quisimos siempre y nos amamos. ¿Qué más se le puede pedir a la vida?—

Tras abrazarse a su marido, preparó una tina con agua caliente y un vestido de lanilla morado. Esa noche iban a ser agasajados en la universidad como visitantes ilustres. Acondicionó sus cabellos con agua de frutas y perfumó su cuerpo con otra de azahar pero antes de vestirse contempló su figura en el espejo. Sus carnes firmes y los cabellos estirados por la humedad del baño le concedían actitud desafiante. Se confirmó deseable y primorosamente encantadora para enfrentar a las pocas interlocutoras femeninas que hallaría en aquel recinto. Su sentido común aconsejaba ser prudente y mantenerse en silencio. Por momentos sintió añoranza de sus hermanas, hasta cuando se peleaban o cuando disputaban el amor paterno con argumentos no siempre honorables. No dejaría, sin embargo, que la melancolía ganara espacio en su vida. A pesar de ello, algo de niña asustada debió descubrir el anciano que palmeó sus hombros con ternura cuando ingresó en la enorme sala universitaria. Ninguna explicación justificaba el repentino sentimiento de inferioridad que le ganaba y ante el cual se afanaba en boicotearlo. Observó detenidamente cada detalle de la decoración para grabarlo en su memoria y así describirlo con fidelidad en el futuro. Estaba visto que la suya dejaría de ser una existencia convencional.

A la medianoche despertó sollozando. Su llanto humedeció el rostro de Florentino, quien tras encender una lámpara preguntó preocupado qué le sucedía.

—Debo haber tenido una pesadilla. Me asaltan intensos deseos de llorar.—

—Hazlo—pidió su marido.

Alisó su ropa de dormir con el rostro todavía congestionado. No solía tener malos sueños, mucho menos esos ataques de llanto que la transformaban en una criatura desvalida. Y no supo por qué, recordó que en la casa vecina vivía una pareja con su pequeño hijo.

Sin haber hablado nunca con la mujer, le ganaba una corriente de simpatía ante el primoroso cuidado que brindaba al niño. Hasta ese momento no había pensado en la posibilidad de ocupar sus horas con esos brotes nuevos que prometían hermosos amaneceres. Inesperado deseo, nunca antes explorado. ¿Por qué pensar en un hijo si se sentía feliz? Tal vez por eso mismo, se dijo, descartando la idea, aun cuando estaba convencida de que un hijo era algo así como una huella de infinito, una rúbrica de amor. Florentino no había manifestado interés por la descendencia y estaba tan ocupado que prefirió dejar que el fantasma del miedo se acurrucara otra vez en sus entrañas.

Ya de mañana, y a pesar de sus ojeras por haber dormido mal, Leontina se dispuso a preparar nuevamente las valijas. Un nuevo viaje se presentaba en su horizonte. Salvo en escasos momentos, sentía que era completamente feliz, aunque le daba pena abandonar la hermosa casa de estilo, bien conservada y ubicada en una zona de verdes ondulantes y árboles frondosos. Descartó la idea de hablar sobre hijos por el momento. Tal vez fuera muy pronto. Exprimiría los días en mutua compañía. Descolgó las cortinas del ventanal para lavarlas junto a la ropa de cama que usaran en los últimos días. Podía decir que las semanas transcurridas en Bélgica aportaban un balance inmejorable.

De Bruselas pasaron a Londres.

Los días siguientes fueron febriles. Aparecían compromisos y eventos, amigos transitorios y muchísimas actividades científicas. Florentino escondía la secreta ilusión de conocer personalmente a Darwin pero le dijeron que estaba enfermo y que no recibía visitas. Aun así, él soñaba con sortear ese inconveniente y envió una esquela a su casa en Downe, en Kent, mencionando que provenía del mismo lugar donde había vivido y trabajado Francisco Javier Muñiz, a quien Darwin consultara epistolarmente muchas veces. Leontina se impuso como política no intervenir en esas cuestiones afectivas. Imaginaba, no sin razón, que no tendría éxito en la gestión pero lo dejó hacer. Pasaron varios días hasta que una mañana su marido recibió una escueta respuesta. El secretario de Darwin lo saludaba con sumo respeto, con la sorpresa de que, en un aparte y en letra muy pequeña, el propio Darwin había colocado: “Admiro su trabajo, Ameghino. No abandone la lucha”.

—“No abandone la lucha” dice Darwin —repitió emocionado Florentino.

—¡Conoce tus teorías! —agregó su mujer.

Leontina se mostró extrañamente calma ante su ímpetu, como

cuando algo confirma lo que se presume, como sabiendo que no existe razón para esperar lo inesperado.

—¡Me hubiera gustado tanto verlo! Hablé sobre él con el doctor Muñiz antes de que muriera. ¿Te hablé de Muñiz, verdad?—

—No lo tengo presente —respondió.

—Fue un verdadero sabio, y además un samaritano ya que salvó muchas vidas vacunando a la gente contra la viruela. Ejerció como médico en tiempos difíciles de mi país. Cuando todo alrededor atentaba contra la vida, él apostaba por ella. Para que comprendas la dimensión humana de este hombre diré que no sólo se ocupó de la salud de mis compatriotas de otros tiempos sino que buscó, y halló, restos de un gliptodonte hace como cincuenta años atrás. Lo encontró a la vera del río Luján, el río de mi pueblo, pero no tuvo la perspicacia de hacer público el hallazgo. Falta de experiencia, y su descubrimiento quedó más enterrado que los huesos que quedaban en los estratos del suelo. Otro cargó con una gloria que no le correspondía. Un tal Alcided´Orbigny fue considerado su descubridor simplemente porque dio cuenta de ello en algunas publicaciones científicas.—

—¡Es una injusticia! Dime, Muñiz ¿era el hombre del que hablaba tu padre?—

—Admiro tu memoria, querida. Papá lo consideraba un experto por exhumar fósiles desconocidos con elementos tan precarios como los que utilizaba yo. Afortunadamente, con los años, se valoró su trabajo y hoy se lo considera el padre de la ciencia en mi país.—

—¿Qué tipos de huesos encontró?—

—Mastodontes, megaterios, gliptodontes, tigres de dientes largos, caballos…—

—¿Y dices que Darwin habló con él?—

—Nunca se encontraron, no se conocieron personalmente, pero el inglés le mandó desde Gran Bretaña un cuestionario sobre la variedad bovina llamada “vaca ñata”, común en el territorio de los indios pampas, para confirmar sus análisis. Eso prueba el valor que le daba a Muñiz. Establecieron tan rica comunicación epistolar que algunos de sus aportes aparecen en *“El origen de las especies”*, publicado por Darwin en mil ochocientos cincuenta y nueve. Un año más tarde se producían violentas reacciones contra su tesis. Y en particular, una extremadamente virulenta de parte del obispo Wilberforce. Darwin no cejó en su empeño y fíjate su firmeza que este mismo año, a pesar de su edad avanzada, publicó *“La formación de la tierra vegetal por la acción de las lombrices”*. Volviendo a Muñiz, digo que estudió seriamente el suelo de la pampa, la incidencia del

clima, la alimentación y el trabajo de sus habitantes, y también sus enfermedades más reiteradas. Lamentablemente murió durante la epidemia de fiebre amarilla de mil ochocientos setenta y uno. Eso es lo que llamo extraña paradoja: presentarse como médico voluntario y terminar devorado por la terrible enfermedad. Es por eso que tomo a ambos como referentes en mis estudios sobre el sustrato pampeano, que espero publicar alguna vez.—

Ameghino pensaba, y mucho, en cómo dar solución a los períodos de sequía e inundaciones de la Provincia de Buenos Aires, y sugería que una forma de controlar esos fenómenos naturales podía ser la sistematización de los ríos Salado y Samborombón, quitándoles sus barreras de arena acumuladas en sus desembocaduras. Proponía la construcción de grandes reservorios de agua, aprovechando lagunas y depresiones naturales para regular el manejo del agua en tiempos de lluvia. Se evitarían así grandes inundaciones o podría usársela durante las sequías.

Leontina admiraba su persistente dedicación, que no le impedía cumplir con la familia, porque así como ella mantenía contacto con la suya a través de la correspondencia, enterándose de lo que sucedía en París en sus prolongadas ausencias, Florentino hacía lo propio con Buenos Aires.

"Querida mamá: Tengo al Big Ben en mi ventana. Quiero decir que lo veo desde la habitación del apartamento que contratamos en Londres. Sabrás que esa magnífica torre con el reloj más famoso del mundo pertenece al Parlamento inglés, un edificio gigantesco e impecable que los británicos reverencian tanto como a sus monarcas. Después del intenso trabajo llevado a cabo en Bélgica, viajamos unos días a Dinamarca para tener una entrevista con unos científicos de allí y luego cruzamos a Londres. Esta ciudad es muy prolija pero demasiado húmeda. Hay niebla todos los días y el frío se hace sentir con más fuerza cuando llegan los vientos del mar. Consecuencia de ello es que Leontina se ha resfriado. Está en cama mientras escribo estas palabras. Se ha comprado un diccionario francés-español para aprender la lengua de nuestra tierra. Está muy entusiasmada, a pesar de la fiebre. Por otra parte, espero que todos estén bien por allí. Las últimas noticias de Carlos fueron preocupantes, no sé si se encontraba de mal humor o si realmente la situación es tan difícil. Dile que Europa me ha llenado de gloria pero sigo sin poder enviarle dinero por ahora. Estimo que estaremos de regreso en junio y que en tanto deseo se vayan normalizado las cosas. Dices que papá está delicado de salud y sólo se me ocurre decirte que no dejes de consultar con el doctor. Pronto compraré el pasaje de regreso. Aún desconozco el nombre del barco en que viajaremos pero sí sé que

deseo fervientemente volver a mi país. He aprendido mucho en estos dos años y mucho espero dar, y si mi trabajo es mejor valorado entre los argentinos, podré dedicarme exclusivamente al campo científico. Veremos qué nos depara el destino. Cariños de Leontina para ustedes. Te abraza con emoción. Tino".

Los días en Londres transcurrían entre los quehaceres diarios y sus aprendizajes. Leontina Poirier masticaba realidades y sueños en igual proporción, y salvo su anhelado secreto de ser madre, todo lo demás lo compartía con Florentino. Se dormía cada noche complacida con la vida, después de atravesar jornadas extenuantes, y en los días en que le ganaba la nostalgia, los sentimientos de ausencias o la melancolía, reforzaba su empeño para sentirse activa, actuando codo a codo con la persona más importante de su vida.

El paisaje londinense no ayudaba a despejar tristezas, con sus casas de puertas cerradas, de enorme altura, y sus calles transitadas por carruajes importantes. La niebla exterior adormecía sus sentidos y se instalaba en su pecho hasta el momento en que el aire le regalaba un aroma a café ya que en la misma cuadra de su apartamento existía una cafetería que horneaba bollos para cada ocasión. Le encantaba el café oscuro, fuerte, servido en tacitas de porcelana, lejos de la costumbre inglesa de saborear, a las cinco de la tarde, el consabido té. Pero un día llegó el momento de abandonar la capital británica. Con el viaje Londres París terminaban los compromisos de Florentino Ameghino en Europa, justo en el momento en que el dinero que sustentaba su estadía se reducía sin remedio. Tambaleaba la economía doméstica y no quedaban fósiles importantes para canjear, con las cuales extender su permanencia.

Regresar a Francia significaba reacomodar las cosas y sobre todo, prepararse para el abrumador efecto de una partida. Despedirse de sus seres queridos podía significar un adiós definitivo. No quiso considerarlo así mientras duró el periplo y tampoco ahora pretendía acongojarse con esa posibilidad por eso eligió darse un baño y vestirse con elegancia para recorrer, por última vez, las calles londinenses. Iba decidida a comprar paños para nuevos abrigos y cortes de tela que completarían sus atuendos. Una superficial y práctica ocupación para distraerse. Contemplar el Big Ben, al que veía con solo descorrer el cortinado, se volvía a veces una tortura porque el preciso reloj le recordaba la finitud de una estadía y cruzar el canal de la Mancha significaba acercarse al momento que pretendía demorar. Florentino no notó su cambio de ánimo, ocupado como estaba en completar sus notas, y cuando

partieron rumbo a Dover, el punto más corto para cruzar el estrecho de Calais, treinta y dos kilómetros que separaban a Inglaterra de Francia, un profundo sollozo estalló sin remedio.

—¿Qué penas son esas?—preguntó Florentino

—Se cierra un período hermoso—dijo hipando.

—¿Por qué no pensar que se abre otro mejor?—

—Es un ciclo nuevo, cierto, pero en terreno extraño.—

—¿No confías en mí?—

—No se trata de ti sino de mí—contestó.

Una vez en Dover, abordaron una embarcación atestada de pasajeros. Era tal la congestión que tuvieron que ocupar filas de asiento diferentes. La agradable temperatura exterior se modificaba por momentos con los soplidos de un viento helado que volvía incómoda la permanencia en cubierta. Leontina ingresó a la cabina de los pasajeros para repararse. El período de vida matrimonial, extremadamente interesante, ¿sería factible de replicar en territorio argentino? ¿Sería bien recibida por su familia política? ¿Se adaptaría a la idiosincrasia de una nación de la que tan poco sabía? Tenía en cuenta, además, quelas teorías de su marido generaban no poca resistencia en el mundo científico europeo. ¿El pueblo argentino las aceptaría sin cuestionamientos? Chocar contra antiguas convicciones, aceptadas generalmente como artículos de fe, no iba a resultar sencillo aunque Florentino ansiara ese regreso. Su destino estaba atado a esas reacciones. Una extraordinaria obra, basada en la observación y el estudio, probaba que sus hipótesis tenían consistencia.

Incómoda inquietud ganó sus pensamientos.

Darwin, decía Florentino, había dado un paso enorme un cuarto de siglo antes y así y todo muchos seguían considerándolo herético. La gloria del científico inglés distaba de ser masiva. ¿Podría su marido enfrentar esas contingencias?

El viaje por Bélgica, Dinamarca y Londres había sido un verdadero remanso, un descanso reparador a pesar del esfuerzo que implicaba redactar artículos para medios académicos o armar conferencias en distintos foros. Ella, en tanto, había aprovechado ese alto, benéfico é indeclinable, para remozar energías. Al desconocer el idioma británico, se vio obligada a restringir sus salidas a lo indispensable: compras en el mercado, búsqueda de algún periódico para descifrar la realidad en la otra orilla del mar del Norte, y especialmente dibujar imágenes que consideraba útiles para el futuro. Lo suyo era un trabajo artesanal, valioso para que futuros especialistas perfeccionaran sus diseños, se decía.

El intenso periplo culminaba y aprestarse a afrontar el desapego familiar era la etapa siguiente. Separarse de los suyos temporalmente había sido estimulante; alejarse con carácter definitivo, todo un desafío. Mental y sentimentalmente había que prepararse para recibir el abrazo profundo que le entregarían apenas la vieran reintegrada a sus vidas. Sabía, sin embargo, que debía conformarse con apenas un soplo de esa tibieza familiar porque pronto estaría en otro barco, rumbo a la Argentina. Meditaba sobre ello en el asiento de la embarcación, que se bamboleaba por efecto del viento, mientras las olas rugían amenazantes a un costado de la ventanilla, y tal vez fuera la vista de ese mar encabritado lo que aumentaba su sinsabor. Al descubrir la costa francesa imaginó que un pesado candado estaba cerrándole el magistral ciclo. Todo había sido descubrimiento en su matrimonio. Conocer ambientes universitarios, escuchar palabras de inalcanzable entendimiento, y el orgullo de haber sido la elegida por un sabio no era poca cosa. Florentino por momentos abandonaba sus escritos para alzar la vista y observarla. Le sonreía con ternura, como diciéndole “aquí estoy”, y luego se enfrascaba otra vez en su trabajo, con el afán de siempre.

Una ráfaga se coló por una hendija de la ventanilla desordenando sus cabellos. Tembló, pero no de frío, sino de inquietud. A un costado de su asiento, una anciana manipulaba un periódico tan grande que resultaba graciosa su determinación por dominarlo. Se sintió tentada de hablar con ella. ¿Contar los miedos que la abrasaban en ese momento? ¿Pedirle consejo como si fuera su abuela muerta, a quien había dejado de ver años atrás por cuestiones de familia?

Como si adivinara sus pensamientos, la septuagenaria suspendió la lectura para mirarla.

—La vida y sus secretos—dijo.

Leontina la miró sorprendida. ¿Tenía poderes o era ella demasiado predecible?

—Yo diría la vida y sus desafíos—corrigió.

Lamentó haberlo dicho pues no tenía deseos de entablar contacto; hacerlo significaba exponer su vulnerabilidad momentánea. Le sonrió con delicadeza, simulando buscar algo en su bolso, motivo por el cual la anciana retomó su lectura. Ya nada sucedió hasta desembarcar. El resto del pasaje comenzó a agruparse, manteniendo animadas conversaciones. Leontina se incorporó con algo de desgano, esperando que Florentino se pusiera a su lado. Sintió su mano en los hombros, cubriéndola con aire

protector, y le ganó el alivio. Los comentarios de la gente diferían. Unos hablaban del tiempo, otros de las obligaciones que les esperaban apenas pisaran suelo francés, otros de lo magníficas que habían sido las visitas a los familiares británicos. Envidió ese clima liviano, de simple disfrute, sin aparente complicación emotiva.

De repente una joven prorrumpió en un llanto desgarrador. El resto de los pasajeros observaba sin prestarle auxilio y ella se apresuró a tomarla del brazo con verdadera empatía.

—Lloro porque nunca volveré a ver a mis hermanitos—expresó la muchacha.

—¿Por qué, si Inglaterra no está demasiado lejos?—

—Partiré al África a conocer a un marido desconocido—se quejó.

—¿África?—preguntó Leontina con extrañeza.

—Mis padres concertaron un matrimonio al que no pude negarme. Cuestiones de honor.—

—Tal vez no sea tan atroz esa experiencia después de todo— trató de consolarla.

—Lo único cierto es que no veré más a mis pequeños—repitió ella entre sollozos.

—También yo viajo pronto hacia un país desconocido al que conozco por referencias. Un mundo misterioso me espera al otro lado del océano.—

Arrancó una hoja de su libreta y escribió su nombre y la única dirección que disponía de Argentina: la de la casa de sus suegros en Luján, tendiendo luego el papel a la muchacha. Ella la miró conmovida. Ambas sabían que no volverían a verse pero las dos sentían que se debían ese gesto de humanidad.

Florentino presionó sobre su hombro en franca alusión al desembarco. Estampó un beso en la mejilla de la muchacha, deseándole mucha suerte. Si algo faltaba para reinstalarla en la tristeza, el cuadro de la joven atormentada por su futuro terminó por lograrlo.

Hacía calor al llegar a París. Casi tan intenso como la ola que había soportado su ciudad dos años antes, cuando caminando junto a sus hermanos, vestida como uno de ellos, enfrentara a la gitana que le habló de los huesos. Tanto calor como el día en que conoció a Florentino.

—Me gustaría hallar a la gitana que anunció cambios en mi vida. Tal vez ella pueda disipar la angustia que me atropella.—

—Imagino sabes que son unas embusteras—contestó Florentino.

—No fue así conmigo. Me anunció que mi vida cambiaría por completo, que estaría rodeada de huesos y que me iría lejos. ¿En dónde está el error?—

—Fue pura casualidad, Leontina.—

—¿Y si ella supiera cómo va a ser mi futuro en tu país? ¿Si pudiera calmar mi inquietud anunciándome nuevas maravillas?—

—Las maravillas las generas tú. Nunca dejes de confiar en lo que puedes.—

—¿Podremos volver alguna vez, Florentino?—

—No puedo prometerlo pero haré hasta lo imposible por reintegrarte a este lugar en cuanto pueda ya que estimo volverán a invitarme a disertar o a publicar nuevas teorías en el futuro. Pero no temas. No llegarás a un sitio salvaje. Te va a gustar Buenos Aires.—

—Confío plenamente en ti, querido, y sé que cumples cuanto

prometes.—

—Iremos mañana a comprar los boletos del barco para anunciar a mi familia el día de nuestro arribo. Pediré también a mi hermano Carlos que busque alguna casa ajustada a nuestro presupuesto así tenemos techo asegurado.—

—¿Y él tiene dinero para eso?—

—Él conoce mis gustos y necesidades como nadie, y sabe también las limitaciones de mi bolsillo. Sabrá elegir apropiadamente. Basta con una seña para reservar el inmueble aunque tampoco te preocupes si no lo encuentra en término porque podemos vivir en la casa paterna de Luján mientras tanto. Es suficientemente grande para alojarnos por un tiempo.—

La naviera francesa les vendió dos lugares en un buque atiborrado de pasajeros. El cruce del océano insumiría varios días y pretendían cubrir la travesía sin inconvenientes. Una suave niebla, compañera inevitable en la partida, prometía un viaje sereno. El capitán les aseguró que no se darían vientos bravíos e incesantes como solían soplar sobre el Atlántico y le creyeron porque el mar estaba relativamente tranquilo. La línea francesa era sinónimo de buena comida y servicio inmejorable. Los pasajeros se movían sobre la cubierta impregnados de amenidad, reinando en general un clima de distensión que a todos agradaba. Previamente habían utilizado el ferrocarril del Havre para llegar a las costas de la pintoresca Bretaña en sólo tres horas, embarcándose luego en la nave que los conduciría al Río de la Plata.

El agrio sonido de la bocina rompió el encanto de la despedida. Una dolorosa sensación atrapó a Leontina Poirier, tan intensa como la vivida en los andenes de la estación de trenes al despedirse de los suyos. Allí quedaban sus padres y hermanos, mirándolos partir, saludando con los brazos en alto, diciendo adiós con los labios y con las lágrimas. Se había apretado al cuerpo de su madre con franco desconsuelo, aceptando después el abrazo sentido de su padre que soportaba estoicamente sus ganas de llorar. Sus hermanas lo hacían sin vergüenza, derramando lágrimas y mocos en igual cantidad. Y sus hermanos mayores, Paul y Michel, controlaban sus emociones.

La sirena del barco volvía a instalarla ahora frente a aquella escena cuando el comandante, hombre encantador y de mundo, anunció que presidiría la mesa en la cena principal. Los oficiales ofrecían sus brazos para acompañar a las damas mayores hasta sus camarotes, preocupándose por satisfacer hasta los más insignificantes detalles o deseos de los viajeros. Comidas, leche,

frutas y profusión de vinos.

—Nada se compara a los vinos franceses —dijo Florentino con una copa en la mano. —Un poco de alcohol te hará olvidar algunas penas.—

—Es la segunda copa que tomo. Espero que el mar no se encabrite porque mi estómago no soportará tanto abuso.—

—No temas, querida. Es la primera vez que abordas un barco pero ten en cuenta que no arrecia el viento y el mar está sereno. No habrá vaivenes ni ningún motivo para desnivelar tus sentimientos. —

No contaban con los imprevistos sin embargo. El banquete de la noche anterior incomodó a la muchacha, quien, poco propensa a los excesos, había abusado de la gula. Buscando mitigar la inquietud, fustigaría a su estómago hasta generarle vómitos y mareos y para controlar su agitación no tuvo mejor idea que subir a respirar aire fresco. Menudo error. La brisa nocturna potenció la descompostura y ya no pudo contener nada en su estómago. El amanecer del segundo día la encontró débil, demacrada, enojada. Los caprichos del mar, o sus propias debilidades, atentaban contra su felicidad. Ni fuerzas para llorar conservaba Leontina Poirier en ese barco de monótona travesía. Efímera mejoría tuvo cuando un enfermero le administró un remedio aunque en la intimidad Florentino comenzaba a preocuparse porque pasaban los días y su mujer no mejoraba. Una semana duró la ingratitud del mar.

—Estará recuperada cuando pise el suelo de Buenos Aires— prometió el capitán.

—Desearía estarlo ahora—contestó ella.

—Piense en quienes la esperan y ahuyentará molestias.—

—No conozco a ningún alma viviente en el Río de la Plata. Sólo referencias de personas que son ahora familia.—

Florentino lucía un cansancio acorde a su propia descompostura. Un grupo de muchachas de interesante charla entretenía a otros pasajeros mientras unas matronas elegantes descansaban en reposeras plegables. Tampoco faltaban los mal entrazados que recorrían el barco de un lugar a otro, molestando al viajero que se interpusiese en su camino. El calor y ese bullicio incomodaban a Leontina, quien había perdido varios kilos con la descompostura. ¿Qué dirían sus parientes al verla demacrada? Todo tipo de lenguas escuchaba en aquel barco.

—¿Qué dijo?—preguntaba a su marido.

Florentino traducía si los protagonistas eran italianos o ingleses pero en el barco se había reunido un universo polígloto que se

volvía encantador y exasperante al mismo tiempo.

Argentina venía organizándose como nación tomando a Europa como símbolo de civilización. Se hacía todo lo posible por establecer lazos con esa Europa industrializada que proporcionaba nuevos pactos sociales al mundo. En mil ochocientos ochenta y uno, Argentina privilegiaba el progreso material para alcanzar la libertad política, y es por ello que sus autoridades se encontraban ocupadas en atraer masas de inmigrantes que conllevaban la adopción de ideas y experiencias de los países extranjeros. Existía consenso en que debía consolidarse como Nación, construir un Estado, dotarse de un gobierno fuerte además de proveerse de una buena administración. Buenos Aires tenía medio millón de habitantes, más de la mitad extranjeros, una surgente clase media urbana, y acababa de ser designada capital federal de los argentinos.

¡Santa María de los Buenos Aires!

Leontina Poirier observó la ribera barrosa del puerto, los muelles que se adentraban en los estuarios del río, con embarcaderos menores, y un poco más allá tres grandes edificios a su vera: la Aduana, la Casa de Gobierno y la Estación Central. A medida que el barco iba ocupando su lugar en la dársena de desembarque se apreciaban movimientos urbanos de muy distinta índole. Mujeres que lavaban la ropa en unas ollas de agua que dejaba el río, reclinadas durante horas para quitar la suciedad en grandes prendas. Hablaban y reían, indiferentes a las acciones de los recién llegados, mientras unas aves revoloteaban sobre ellas a la espera de algún bocado saludable que les entregara el movimiento de las aguas. Hacia otro lado, carros tirados por caballos, ruidosos, extraños; y mucha gente yendo y viniendo hacia distintos lugares.

Y entonces las vio. Zarandeando sus polleras, gitanas que anunciaban el futuro a esos hombres y mujeres que llegaban al país, como ella misma, desconociendo todo de esa tierra. Las vio idénticas a aquellas que dos años antes habían tomado su mano para interpretar sus líneas. Gitanas que entonces le mencionaran huesos y un país lejano, ese camino de hombres y animales muertos que solidificaba las teorías de su marido. Iguales a éstas: libres y mágicas. Y a pesar de no haberse recuperado del mal viaje en barco pensó que era un buen síntoma que ellas estuvieran allí, esperándola en esa Buenos Aires que olía feo en los alrededores del puerto.

Carlos Ameghino los esperaba en la rambla.

—Parecen escapados de una guerra—dijo al abrazarlos.

—Tuvimos algunos inconvenientes con la salud de Leontina y

con mis noches de insomnio.—

—Que habrás aprovechado para trabajar, si no has cambiado.—

—Te equivocas Carlos, estuvo siempre a mi lado, cuidándome— dijo Leontina acariciándole una mejilla.

—Eres tal cual te imaginé, Leontina—contestó con franqueza su cuñado.

Como hacía mucho frío revisó dentro de su bolso hasta encontrar una bufanda tejida y un gorro, que se calzó sin demoras para contrarrestar los efectos del viento sur del invierno rioplatense. Un sentimiento de placidez le ganó el corazón al sentirse agasajada con esa sencilla ceremonia de bienvenida. Tomó con efusividad el brazo de su marido para transmitirle su agrado. Si el resto de la familia era como Carlos, viviría en la gloria.

—Noten algo que observo cada vez que vengo al puerto. Los argentinos que viajan a Europa llevan vacas, cerdos y pavos en sus jaulas, además de gallinas ponedoras para mantener los hábitos nacionales. Es como si desconfiaran de la atención que les prodigan las empresas navieras—comentó sarcásticamente su cuñado.

—Hice la misma comprobación en mi viaje de ida—agregó Florentino.

—¿Y es cierto que almacenan frutas secas para complementar el menú diario?—preguntó Carlos.

—No lo había pensado entonces pero les aseguro que pude comerlas a discreción durante los días que duró el viaje de ida. Pensé que formaba parte del servicio cuando probablemente no fuera así. En este retorno fue distinto.—

—El cuerno de la abundancia es nuestro país y no los países a los que nos dirigimos. ¡Qué orgullo esa prodigalidad argentina!— completó Carlos.

Del calor húmedo de Londres al frío de Buenos Aires, a un junio glacial inesperado. Pero no fue el clima riguroso lo que sorprendió a Leontina sino que no hubiera un pequeño comité de recepción para su marido. Imaginaba que si los periódicos europeos destacaban su trabajo, en su país iba a ser apoteósico y sin embargo nadie parecía haberse enterado de su llegada. Selló sus labios. Los incómodos días en el mar le habían impedido a Florentino actualizar la correspondencia o terminar aquellos artículos de difusión que había prometido pero ella sabía que recuperaría pronto el ritmo, apenas se instalaran en la casa.

Su cuñado pareció adivinar sus pensamientos porque dijo que existía curiosidad por su llegada, ahora que se lo consideraba un hombre importante, que una aureola de fama ganaba el junta

huesos de otros tiempos. Lo miró con ternura. Era una forma de compensar ese vacío, esa ausencia de gente dispuesta a darle una efusiva bienvenida. Leontina estaba segura de que sus antiguos vecinos dejarían de llamarlo "el huesero" como antaño, y hasta lo despojarían de cierta chifladura que solían endilgarle después de estar dos años en el extranjero. La realidad tenía otro color.

Estaban terminando los trámites aduaneros cuando sintió un fuerte mareo que le hizo perder el equilibrio. ¿Estaré embarazada?, se preguntó con el resto de fortaleza que le quedaba y antes de desmoronarse sin remedio. "Es el frío", la confortó Florentino apenas recuperó la conciencia. ¿Sería realmente el frío? Descubrir a las gitanas en su arribo podía ser una nueva señal. Un aviso. Ellas con sus misterios a cuesta, con sus estilos tan disímiles, con sus voces bullangueras, con el poder de una cultura extraña, podían estar anticipándole algo. Había aprendido que la vida era más o menos así: viajar, despedirse, vivir una especie de duelo por los alejamientos, abandonar lo conocido para ingresar desnuda en otros territorios. Que había siempre que vivir con otros, enlazando sutiles y formidables relaciones y en ese instante sentía enorme gratitud por su cuñado por haberle prodigado una familiaridad inesperada. No estaría sola después de todo. O lo estaría a veces pero siempre con otros.

El coche alquilado por Carlos, tirado por dos caballos, esperaba para trasladarlos hasta la casa que sería su hogar a partir de entonces. El viento no amainaba y su bufanda flameaba como rebelde estandarte, amenazando escaparse. Apretó el gorro con la mano izquierda para tomar con la otra el barral de sujeción que le permitiría ascender al vehículo. El cochero cargó los bártulos, menos los cajones con huesos que quedarían en depósito hasta que fueran a retirarlos, mientras ella se acomodó en el asiento, ovillándose como un gatito. Además del frío, el aire de Buenos Aires no le resultaba grato. Olor de pescado frito, de algas descompuestas, de suciedad amontonada. Florentino y Carlos se sentaron enfrentados, deseosos por contarse novedades. Fue entonces que apoyó su cabeza contra el marco, protegiéndose del viento con la bufanda mientras ingresaban por una ancha avenida, Rivadavia de nombre, que lucía edificaciones impactantes a medida que avanzaban hacia el centro. A un costado, coches de alquiler con sus pacientes caballos sobre el empedrado esperaban en prolijas hileras. Sobre una de las calles de la Plaza de la Victoria, centro neurálgico de la ciudad, otra tanda de vehículos le devolvió una imagen familiar. Entrecerrar los ojos e imaginarse paseando por París en

una mañana de invierno, que también solían ser frías y destempladas en su patria, fue todo uno. Veinte cuadras justas desde que salieran del puerto anticiparon la expresión: “Esta es la casa”. No era lo imaginado pero no estaba mal. “Tengo un hogar en Buenos Aires”, se dijo emocionada.

Florentino no parecía tener curiosidad por la disposición de la vivienda. Es más, se lo descubría ansioso por afrontar cuanto antes las situaciones que dos años de ausencia podían haberle generado en sus actividades. El período europeo debía rendir sus frutos. Estudiar, escribir, leer, visitar museos, laboratorios, depósitos, bibliotecas, conocer a hombres famosos que le solicitaban artículos o su presencia frente a auditorios interesados, y haber elegido compañera para toda la vida era solo el comienzo, decía, dispuesto a recuperar su eje en esa tierra.

Quería presentarse cuanto antes a recuperar su puesto como director de la Escuela “General San Martín” de Mercedes ya que volvía con grandes expectativas de trabajo, confiando en que su “viaje triunfal” abriera puertas que antes se le habían cerrado. Leontina notaba su alegría, el placer que demostraba por contar otra vez con su hermano, así, frente a frente, de persona a persona, y no mediante las cartas que se habían escrito permanentemente. Los miraba a ambos, distintos y parecidos. Los dos apasionados por lo que hacían, ajenos a otras cuestiones que podían llegar a ser importantes para otros mortales.

—¿Y cómo has hecho para interesar a los europeos por este sitio tan alejado del planeta?—preguntó Carlos.

—Es precisamente esa lejanía lo que atrapa su atención—respondió su marido.

—Insisto, ¿cómo una ciencia tan vasta como la Paleontología pudo atraer al público común?—

—He hablado para científicos y especialistas pero también lo hice para profesores de enseñanza media, proponiéndome usar un lenguaje adecuado y provechoso. Mis conferencias buscaron no dar clasificaciones estériles, de las que no quedaría más que un confuso recuerdo.—

—A eso me refiero, hermano. En pleno corazón de Europa hablaste de los últimos descubrimientos en la llanura bonaerense, que no saben siquiera cómo es, ni la imaginan. ¿Recuerdas la anécdota del propio rey de España, Carlos III, hace poco más de una centuria, cuando se llevó a Madrid el primer esqueleto de un Megaterio?—

—Admiración de los enciclopedistas y sabios de la época…—

—Sí, claro, pero también recordarás que el mismísimo rey quiso que le enviaran un ejemplar vivo, o en su defecto, si el bicho resultaba huraño o difícil de capturar, que se lo enviasen empajado. —

—¡Había olvidado aquella historia!—rió con ganas Florentino. —¡Lástima no haberla tenido en cuenta en aquellos estrados…—

—Mejor así, hermano. Hubieran creído que te estabas burlando de los europeos. ¿Les dijiste al menos que si bien hubo muchos naturalistas extranjeros que se ocuparon de nuestra pampa, Darwin entre otros, los principales descubrimientos los hicimos exploradores y científicos argentinos?—

—No lo expresé de ese modo pero creo que dejé una fuerte impronta en tal sentido.—

—El mundo debería saber que los catálogos de los mamíferos fósiles que se conocen, una tercera parte corresponde a nuestro territorio—dijo Carlos.

—Me ocupé, hermano, de que visualizaran a la Argentina, y en especial a las regiones pampeana y patagónica. Les hice entender que es un suelo emergido desde las más remotas épocas geológicas, donde los primeros organismos rudimentarios y simples pululaban sin cesar. Les conté que entonces el océano era mucho menos profundo que ahora, y que ese mar sin límites, de aguas densas, uniforme y de igual profundidad, mostraba a veces islotes achatados, con una temperatura tórrida y una atmósfera con mucho nitrógeno y ácido carbónico…—

—Y enorme cantidad de vapor de agua—interrumpió Carlos.

—Traté de ser lo más claro posible, Carlos, diferenciando los organismos simples que existían entonces. Les dije que la evolución fue lenta y que cuando las tierras aumentaron su extensión y se elevaron considerablemente, el océano redujo sus límites y ganó en profundidad.—

Leontina escuchaba cuanto decían ambos, como si repitieran una lección aprendida que necesitaban exponer para asegurarse de hablar sobre las mismas cosas. Comenzaba a recuperar su energía habitual y ese diálogo conjunto, enunciado con precisiones afectuosas, la transportaba a ese pasado remoto, remotísimo, del planeta que alguna vez le descubriera Florentino. Varias veces la había colocado frente a un globo terráqueo para que dirigiera alternativamente la vista sobre ambos hemisferios, Norte y Sur, para que descubriera las grandes masas continentales. Las mayores estaban al norte de la línea ecuatorial mientras que al sur ganaban los océanos. “Alguna vez las cosas fueron distintas”, solía decir su

marido. Inversa. Al norte de la línea ecuatorial se extendía un gigantesco océano poblado de islas, mientras las masas continentales incluían a la Argentina con África y Oriente, prolongándose a la región polar hasta Australia y Nueva Zelandia. "Era un antiguo territorio con flora tropical y una variadísima fauna", le había dicho. Ahora su cuñado Carlos la obligaba a repasar esas lecciones.

—¿Mostraste las formaciones sedimentarias de nuestro territorio?—inquirió Carlos a su hermano.

—Indispensable hacerlo para presentar la fauna marina que pretendía descubrirles.—

Florentino hizo una pausa y luego, tras brindarle una sonrisa pícara y una mirada tierna a su cuñado, lanzó una carcajada.

—¿Te has dado cuenta que hemos hablado como científicos en vez de saludarnos como familiares? ¡Estamos locos, hermano!—

Carlos aplaudió con alegría, realmente feliz. El viaje desde el puerto hacia la casa había terminado. Asistida por dos hombres de su familia, Leontina descendió del coche de alquiler. La casa que tenía enfrente había sido comprada sujetándose a un magro presupuesto. Era verdaderamente digna. Notaría, mientras marchaban por diferentes calles de Buenos Aires, que la ciudad era una combinación de edificios viejos y nuevos, e igual que en París, exudaba renovación en diferentes rincones. Si la zona portuaria le resultó gris y nada agradable, el panorama cambió al llegar a destino. La vivienda tenía unos cuantos años, con un patio interno controlado por un enorme paraíso y un salón para negocio que podía resultarles útil. El posible negocio tendría acceso independiente aunque la casa estaba conectada en su interior por un corredor que derivaba a un salón comedor amplio y luminoso. No así las habitaciones que, a no ser por la puerta vidriada que asomaba al patio, casi no tenían ventilación.

Sentía debilidad Leontina Poirier, y también deseos de conocer íntegramente la construcción que iba a ser su hogar a partir de aquel momento. Se quitó la bufanda y no el gorro porque el interior también estaba destemplado. Florentino le aconsejó recostarse pero quiso conocerlos ambientes junto a ellos. Una simple recorrida alcanzó para organizar su funcionamiento. Destinaría la habitación más amplia como dormitorio matrimonial y las otras dos como salas de clasificación de fósiles. Llevaría poco tiempo transformar en estudio lo que probablemente había sido siempre una sede familiar. No se lamentó por ello sin embargo. Carlos había adquirido una cama matrimonial usada y sus respectivos implementos así como

una mesa y sillas de madera para que la casa no estuviera desnuda. Era intención de su cuñado dejar allí los bártulos para luego acompañarlos hasta Luján pero Leontina prefería descansar antes de emprender un nuevo viaje. Volvió a reconocer la amabilidad de su cuñado que había tenido la precaución de recorrer el barrio para saber si podían abastecerse de alimentos sin dificultades y de comprarles combustible para la cocina e ingredientes básicos para resolver una cena o un almuerzo de emergencia. Leontina prometió retribuir sus gentilezas con una cena compensatoria más adelante. Cuando creyó haber asistido suficientemente a su hermano y su cuñada, Carlos despachó al cochero porque tomaría el tren a Luján para calmar la ansiedad de sus padres.

—Gracias hermano. La elección no pudo ser mejor—agradeció Florentino.

—Me alegra haber interpretado tu necesidad—replicó Carlos.

Una vez solos, no atinaron a quitarse la ropa todavía. Hacía frío en aquella casa que había estado vacía durante meses. Se olía aún su pintura reciente, sobre todo la aplicada en puertas y ventanas. Aroma conocido para Leontina ya que en el hotel de sus padres solían renovar su estética con bastante frecuencia. Pensó, sin embargo, que el frío de esa casa la volvía impersonal y ajena, y que tendría que dedicar horas hasta concederle aspecto de zona conocida. Una memoria furtiva se colaba entre las hendijas de los ventanales. Un pequeño resquemor, alejado del encono o de la rabia, surgió en su cabeza, irreverentemente, pero se lavó las manos con agua tibia, ofreciendo una infusión a su marido a manera de brindis inaugural. Tras comer unos bizcochos y un trozo de queso decidió recostarse.

El cansancio ganaba la batalla.

Dos días más tarde tomaron el tren rumbo a Luján, desplazándose por un paisaje de aspecto rural con intenso verdor y pocas casas. Florentino señalaba sitios especiales, lugares singulares de su infancia, y ella se trasladó a la casa bretona de su abuela, a sus días de niña, cuando la familia en pleno la visitaba. Y volvía a ver una casona desvencijada donde había aprendido a montar a caballo, ver cómo se ordeñaba una vaca o presenciar la pelea de las cerdas por sus hijos si alguien se acercaba a disputárselos. Hasta los olores de la pampa argentina la remitían a esos tiempos de infancia. Un cúmulo de lágrimas nubló su mirada clara, de alegría, de emoción, de simpatía por aquel lugar que Florentino idolatraba. Su marido no ocultaba el nerviosismo que le ganaba el ánimo. Llevaba dos años alejado de los suyos y aunque Carlos había dejado la

impresión de que todo estaba controlado entre los Ameghino, lo embargaba una gran curiosidad. Ella, en tanto, volvía a tener la impresión de que las pocas personas con las que se había relacionado en Buenos Aires, alejadas del ámbito académico, lo trataban como a un perfecto desconocido y crecía su incertidumbre. Nadie parecía reconocerlo, y mucho menos saber que dos años antes había partido hacia Europa con un proyecto exitoso.

El cielo, rosa intenso, anunciaba un comienzo de jornada luminosa. El vuelo de unas aves chillonas, "teros", dijo Florentino, daban al paisaje cierto toque autóctono. "Son aves típicas de América del Sur. Viven cerca de lagunas y cañadas y por aquí se acostumbra a tenerlas como mascota en los jardines. Su grito es insistente". Florentino no perdía oportunidad para enseñarle cosas de su tierra. ""Pertenece a las aves zancudas. No tiene un plumaje llamativo pero resulta elegante con su fino copete. Se agrupan en bandadas y la madre es muy astuta al cuidar a sus pichones porque ante la presencia de intrusos se echa en un lugar como si estuviera empollando pero el nido lo tiene en otra parte. Protege así a las crías".

En la estación de ferrocarril los esperaba doña Dina, su suegra, y una joven que supo de inmediato era María Luisa, la menor de los Ameghino.

—Carlos se ha quedado corto al describirte, Leontina —dijo su suegra.

—Es usted muy amable —contestó, sujetándose con firmeza del brazo de su marido.

—Caminemos nosotras adelante mientras madre e hijo se ponen al día con las novedades —propuso su cuñada.

Su pronunciación española causaba asombro a María Luisa, quien se esmeraba por decir algunas palabras en francés para demostrar preocupación por su llegada. Su risa franca, de espíritu alegre, hizo corta la distancia hasta la casa. Leontina la reconoció sin que se lo anticiparan porque las cuatro ventanas del edificio y su inmenso galpón eran tal cual las describiera Florentino. Se emocionó al comprobar el amor que había puesto en su momento al detallar al edificio, prueba contundente de que esa casa tenía profunda significación en su existencia. María Luisa anunció que su padre había dejado de confeccionar arneses porque le dolían mucho las manos.

—¿A qué se dedica ahora?—

—Fabrica solo zapatos, cintos, bolsos, carteras y botas.—

La caminata junto a su madre pareció exorcizar la agitación de

su marido. Varias veces se había dado vuelta para verlo. Lo notaba aliviado y feliz junto a su madre y supo de inmediato que entre ellos existía una complicidad indiscutible. Sofocó la nostalgia por su familia, espantando un sentimiento tan poco oportuno cuando debía absorberlo todo: el aire, el olor de los yuyos, el canto de los pájaros, el color de la tierra que pisaban, y acostumbrarse a los nuevos tonos que a partir de entonces tendría para ella la palabra familia.

Al entrar en la casase vio reflejada en el gran espejo instalado en la sala. Observó su imagen en él, e hizo mohines divertidos, inclinándose hacia un lado y otro, sin saber que estaba en la mira de su cuñada. Soltó una graciosa carcajada al descubrirse en falta.

—La casa huele como el hogar de mi abuela —comentó.

—¿Lo pasabas bien allí? —preguntó su cuñado Juan.

—De maravillas. Todo este lugar me recuerda a Bretaña.—

A esa altura habían desaparecido ya sus últimos restos de perplejidad y se dejó ganar por un renovado entusiasmo. Todos los agrupados parecían felices, y mientras esperaban el arribo del patriarca le ofrecieron pastelitos con dulce de membrillo. Comió con deleite aquella confitura porque se sentía hambrienta aunque no quiso abusar con ese desayuno campestre, sabiendo que sobrevendría un suculento almuerzo.

Antonio Ameghino entró arrastrando los pies. Era el más alto de la familia. Abrazó al hijo pródigo con orgullo y lo mantuvo junto a su cuerpo un buen rato, repitiendo después el saludo con ella, aunque su abrazo fuera menos intenso. El último en sumarse al grupo resultó Carlos, siempre ocupado en quehaceres distintos. Allí estaban todos: don Carlos, Florentino, Carlos, Juan, María Luisa y doña Dina. Y fue entonces que sintió el impulso de mirar por la ventana para apropiarse de ese cielo que comenzaba a juntar negras nubes.

Fue el encuentro franco de una familia unida que denotaba haber esperado orgullosa el regreso de su primogénito y su esposa.

Llovía frío en el tren de regreso. Las gotas lavaban los vidrios de la ventanilla mientras ellos acomodaban como podían las cacerolas y utensilios útiles que les habían prestado hasta comprar los propios. Y una vez en el hogar, pelaron naranjas de Luján y maníes tostados, divertidos como chicos. Se acumulaban las cáscaras sobre la mesa aún desnuda sin que ninguno de los dos iniciara el diálogo porque ambos permanecían sumidos en sus propios pensamientos. De vez en cuando se miraban, sonreían casi imperceptiblemente, como si esperaran el turno para revelar el poderoso sentimiento que los embargaba, y de repente, en mutuo acuerdo tácito, buscaron la

blandura del lecho para prodigarse amor. La sensual penumbra del atardecer de invierno contribuía al romántico momento.

La semana siguiente resultó febril. Leontina incorporó sonidos, supo cuál madera crujía y cómo debía evitar que ello ocurriera durante sus desplazamientos por la casa. Cubrió ventanas con cortinas recién hechas, prometiéndose agregarle puntillas al crochet más adelante. Colocó tapetes en los escasos muebles y un espejo con marco dorado en la sala de ingreso. Abrió y cerró aberturas para airear a esa casa cerrada durante mucho tiempo, que poco a poco fue tomando pulso propio. Ordenó bultos con huesos, colocándoles etiquetas provisorias a la espera de nuevas instrucciones, y la casa estudio anuló así su desnudez de ladrillos y revoques de tal forma que pronto la sintió suya. Y por las noches, cuando ambos se reunían bajo la ambarina luz de las velas, recuperó las palabras en emocionadas cenas. Leontina Poirier buscaba reflejarse en los vivos ojos de su marido para absorber su agudeza y pasión, y cuando creyó haber conectado apropiadamente, sonrió de manera franca, prometiéndose que Argentina sería su segunda patria. A su modo, se planteaba ser ella misma en un territorio que no le pertenecía por origen. Le habían enseñado que las mujeres debían bailar al compás de sus maridos si no contaban con derechos de herencia y ella no poseía dinero propio. ¿Quién garantizaría su alimentación? Todo conducía a pensar que su marido debía ocuparse de aportar lo necesario, no obstante lo cual decidió ser una esposa proactiva y no alguien que vegeta en busca de bienestar.

Y como era de esperarse, llegó el día en que Florentino viajó a la ciudad de Mercedes para presentarse en la escuela. En el primer tren, con pocos pasajeros, para no dejar testigos de la inquietud que ganaba su espíritu. Dos años de ausencia prefiguraban posibles cambios en el funcionamiento del establecimiento. Durante todo el trayecto trató de posicionarse en su condición de director, preguntándose si mantendrían el mismo número de alumnos. ¿Habrían cambiado los planes de estudio con el nuevo presidente de la nación ahora que se reglamentaba la educación laica? Al fin quedaría lejos la enseñanza confesional que producía, a su criterio, una coacción religiosa inmoral, un atentado a la dignidad humana. No sabía aunque tales cambios habían generado muchos disturbios y discusiones. Ameghino concedía plena libertad a la enseñanza, algo absolutamente avanzado, porque según su criterio la libertad de culto daba mayor sustento a la libertad de conciencia. No obstante, el impacto de esas normas habían provocado conflictos en la propia escuela de Mercedes que conservaba su carácter privado

pero no tenía muy claro cómo implementar las nuevas reglas. ¿Estarían las cosas como antes?

Si habitualmente caminaba a paso seguro, esta vez lo hizo a mayor velocidad para llegar cuanto antes al colegio. Lo miraron extrañados algunos alumnos, sin reconocerlo. Haberse quitado la barba y el bigote debía contribuir a ese extrañamiento. Ignoró el hecho, sin embargo, persuadido de que su visita tenía un propósito más profundo. Atravesó la sala de ingreso para presentarse en secretaría, donde pidió hablar con las autoridades del momento. Ardía de ansiedad. Los minutos transcurrieron con lentitud pero finalmente lo recibió el director en su antiguo despacho. No le pasaron inadvertidos los cambios en el mobiliario y en la ornamentación escolar. Tampoco la instalación de una nueva ventana en la pared del este que producía mayor luminosidad en el recinto. Permanecían en su lugar el planisferio extendido a un costado del escritorio principal y el ya conocido globo terráqueo que presidiera tantas veces sus jornadas de trabajo. Saludó con cortesía al hombre que devolvió su saludo sin interesarse por su periplo científico. Ante tamaña frialdad, Florentino se vio impulsado a dar sus explicaciones.

—Hizo bien en visitarnos después de tanto tiempo—replicó el director.

—No vengo de visita sino que pretendo reintegrarme a las funciones—dijo con algo de timidez.

—¿Reintegrarse al cargo? ¿No sabe que ha sido exonerado?—contestó sin delicadeza el aludido.

—¡Cómo que he sido exonerado!—

—Abandono de puesto. Coincidirá conmigo, señor Ameghino, que los dueños de este establecimiento han sido por demás contemplativos con su situación. Su ausencia ha sido extrema.—

—Pedí prórroga y me fue concedida—intentó disculparse.

—También se venció esa prórroga, señor Ameghino, y comprenderá que una escuela no puede permanecer acéfala durante tanto tiempo. Se ha contemplado su situación con mucha generosidad…—

—¡Pero exonerado! ¿Sabe el significado de esa palabra?—

—Lamento que se entere en los momentos en que regresa acarreando laureles, señor Ameghino, pero convendrá conmigo que ha sido excesivo el tiempo de su ausencia.—

Abandonó la escuela consternado.

La hora de la siesta imponía mayor melancolía al paisaje pampeano. El hombre que concebía al universo como una suma de

materia e infinitos resultaba insignificante. Era, en realidad, un minúsculo ser en el espacio de una realidad que parecía inmutable. Él quería formar parte de un infinito transformador, dada su condición sensible, para reencauzar las cosas nuevamente.

—¿Exonerado? —preguntó sorprendida su mujer cuando la anotició de lo sucedido en Mercedes.

—Me destituyeron del cargo, es decir, me privaron del empleo. —

—¿Bajo qué cargos? —preguntó Leontina.

—Abandono del puesto de trabajo durante demasiado tiempo.—

—¿Y no se puede apelar esa decisión? —se interesó ella.

—No quedaré de brazos cruzados, descuida —contestó Florentino.

Inesperado contratiempo le entregaba su patria adoptiva a Leontina Poirier.

A la falta de un empleo había que sumar el oscuro estado de ánimo que ganó a su marido. Ella no sabía cómo consolarlo después de que fuera herido en su dignidad. Florentino decía estar con el honor contra las cuerdas mientras se debatía por encontrar el instrumento apropiado que obligara a los dueños de la escuela a rever la decisión. Exonerar a una autoridad escolar resultaba grave, o al menos eso pensaba quien no creía haber cometido faltas importantes, más allá de su ausencia. ¿Existía motivo de orden moral e incluso delictivo para que lo sancionaran de ese modo? Su único delito había sido ganar prestigio en el extranjero en beneficio del país, y desde esa mirada la sanción resultaba una verdadera cachetada a la ciencia.

Leontina lo dejó mascullar su enojo, revolver papeles, buscar antecedentes. Solía caminar sola por Rivadavia, la calle de su casa, para ir reconociendo sus olores, la cara de sus vecinos, los servicios callejeros que se ofrecían a los porteños. Día a día encontraba semejanzas y diferencias con su ciudad natal. Escuchaba italianismos y galicismos a cada paso, más el ensordecedor sonido del tranvía tirado por caballos, el repicar del casco de los animales sobre el suelo o el sonido de sus bocinas o campanas. Olores a comidas diversas: tortillas españolas, cazuelas de mariscos, tallarines con salsa. Un mundo culinario que la acercaba al suyo. Y también recogía requiebros galantes y alguna que otra grosería innecesaria, y después retornaba a esa especie de encierro elegido a preparar sus mermeladas.

Su casa siempre tenía aromas cítricos.

Naranjas, limones y pomelos, traídos desde Luján, se habían

convertido en una espesa sustancia aromática que requería conservarse. Sobre una mesada reposaban frascos de vidrio listos para envasar el dulce. Leontina dedicaba a esa tarea mucha energía pues pelar, cortar y mover los jugos insumía toda su atención. En un tacho chato esterilizaba después lo producido, sumergiendo en agua los frascos con frutos en almíbar envueltos en papel de periódico. Quedaban ahí un tiempo al calor de unos leños y al retirarlos cuidadosamente ya había logrado el vacío que preservaría su contenido durante meses. Ocupar esas horas ayudaba a espantar penas, o esa ligera nostalgia que le ganaba el alma en algunas horas en que añoraba sus tiempos parisinos. Leontina recibía noticias de sus familiares con regular periodicidad y a pesar de ello en ocasiones se escurrían por sus mejillas tramposas lágrimas. Casi siempre sin testigos, como si ese estado de soledad aflojara sentimientos reprimidos, que no podía exteriorizar sin agregar dificultades a Florentino. Él, en tanto, se enfrascaba en nuevas teorías filosóficas y ella acompañaba sus logros avanzando rápido en el aprendizaje del idioma. Salvo por el arrastre de las erres, adquiría fluidez su expresión con la práctica diaria. Era una forma más de conocerse a sí misma con honestidad, separando sus virtudes y defectos. Sabía fehacientemente quién pretendía ser, cómo pensar y cómo actuar con coherencia. Su experiencia reciente, rica en todo sentido, contribuiría a las nuevas acciones, sin copiar a nadie, ajustándose a sus propios sentimientos.

Cierta tarde Florentino regresó más temprano. Por su expresión adivinó que escasos habían sido los avances en su pelea institucional con el colegio de Mercedes.

—Debemos resignarnos. Ya no seré más director de la escuela.—

—Quedan todavía unos ahorros —contestó.

—¿No te sorprende que nadie haya venido a verme, a encomendarme nuevas publicaciones?—comentó apesadumbrado.

—Llegamos hace poco, querido. Ya tendremos novedades —lo consoló.

—Es que necesitamos recursos. No puedo detener las investigaciones ni dejar de enviar algo de dinero a mis padres. Viste cuánta necesidad hay en Luján.—

—Y Carlos también está desocupado —acotó Leontina.

—Debemos hallar otra salida —replicó su marido.

—Produciré pastelería europea. Genera magra ganancia pero impide que nos sintamos ociosos —dijo sin demora.

—Hace días vengo masticando la idea de instalar una librería. Estuve hablando con un hombre que hace las veces de albañil, al

que pediré que nos construya una vidriera a la calle para exponer la mercancía —enunció de repente Florentino.

—¿Y qué sabes tú de comercio? —preguntó Leontina.

—Cuento con tu ayuda. Bien o mal te criaste en un hotel y tendrás ideas para volverlo rentable. Por lo pronto, haré construir un pequeño gabinete vidriado a un costado de la puerta principal para colocar adentro una coraza de glyptodón. ¿Qué te parece?—

—¿Un gliptodón? —preguntó sorprendida.

—Debo preservarlo para que no se deteriore a la intemperie ya que ese será el nombre del negocio:"Librería del Glyptodón"… ¿No estás de acuerdo?—

—Si está decidido no me queda más que pintar la leyenda en la pared —agregó.

—Necesitamos dinero con urgencia, querida, ya que nadie se alimenta con galardones y laureles.—

—Por ahora los vecinos comerán mis pasteles —rió.

—Que son muy sabrosos. Habrás notado que Buenos Aires aprecia las costumbres extranjeras y adivino que tu pastelería será muy demandada. En principio mantendremos ambas actividades aunque confío que la librería termine por brindarnos dinero suficiente para continuar las investigaciones.—

—¿Y de dónde sacaremos dinero para tus padres?—preguntó Leontina.

—Mi hermano Juan se empleó recientemente en una empresa de Fray Bentos, Uruguay, y por ahora puede aportar algo para descomprimir la acuciante situación.—

—A Carlos no podemos ignorarlo—comentó Leontina.

—Él posee igual formato psicológico que yo: no puede estar sin hacer nada. Necesita estar activo así que sé que encontrará pronto una ocupación.—

—Veremos cómo afrontarás tú la actividad que generen los lápices, gomas o sacapuntas—ironizó.

—No dejaré de clasificar el material que tengo ni de concebir nuevas hipótesis, y además, aprovecharemos la ubicación estratégica de esta casa ya que tenemos varias escuelas por los alrededores.—

—Pintaré el mostrador y los anaqueles después de hacer cortinados para separar los lugares de trabajo. La trastienda del negocio que es nuestra casa debe mantenerse ajena al comercio que se genere acá—dijo Leontina.

—¿Ves? A ese espíritu me refería cuando comenté tu posible experiencia comercial…—

—Hoy rotularé más cajas y, de ser posible, las forraré en colores llamativos. Los clientes que vengan a nuestra librería no deben dejarse apabullar por su nombre ya que "Glyptodón" suena a viejo. No debemos confundirlos. Que tú sigas con las investigaciones no implica que yo deba atender a los muchachos a la hora de entrada y salida de la escuela con colores antiguos.—

Y llegó el momento de inaugurar la librería. Simplemente rechinó la puerta de ingreso y una matrona entró junto a dos escolares a comprar sacapuntas, lápices y un cortaplumas. Leontina pidió a la mujer que recomendara el negocio entre sus amistades y al cabo de unos meses la clientela se hizo numerosa, tanto que ya no tuvo necesidad de fabricar pasteles la mujer del huesero. Su marido, "el señor Glyptodón", alias ganado en la vecindad, dejó crecer su barba, la que solía acariciar con aire divertido siempre que no atribuyese malicia a quien lo apodara de ese modo. En caso contrario, amenazaba con la vara que siempre tenía a mano, evidenciando un mal humor que alejaba a los clientes. Leontina pedía control ante aquellas reacciones ya que no tenían otra fuente de ingresos por el momento.

Pero en general Florentino estaba de buen humor.

El arduo trabajo ahogaba muchos diálogos. Florentino se enfrascaba en pensamientos reservados y ella quería saber, y supo, que su marido planeaba mudar a Carlos con ellos, previo aprendizaje del sistema taquigráfico que había traído desde Europa porque soñaba con que algún día pudiera emplearse en las Cámaras. Estaba convencido, por otra parte, de potenciar el rendimiento si trabajaban juntos.

—Podría ingresar como practicante y a medida que adquiera velocidad, emplearse en las oficinas legislativas—insistía con entusiasmo.

—Si eso ayuda a tu trabajo está bien—respondió.

—No deberá preocuparse por el papel ni por la tinta. Tenemos lo que necesite para aprender la técnica, un sistema que será de gran utilidad para nosotros.—

—¿Y quién hará las excavaciones?—preguntó.

—Le daremos vacaciones al campo—respondió Florentino.

Lo instalaron en una de las habitaciones de la casona, entre esqueletos y cajas, como era de esperarse. Carlos se adaptaba a cualquier situación, sin incomodar ni generar conflictos. Había sido siempre habilidoso, trabajador y muy leal. Cuando niños, acompañaba a su hermano y a su padre, y luego, cuando éste dejó de entretenerse con el juego de los caracoles, ofrecía su

colaboración y entusiasmo como si en ello se le fuese la vida. Solían reír a mandíbula batiente recordando diferentes anécdotas.

—¿Te acuerdas cuando excavabas por la costa del Luján y te cayeron tres forajidos encima?—

—Me lancé al agua sin dudarlo, mejor dicho al barro, y eso me salvó porque los delincuentes no querían mojarse.—

—¿Y aquella vez que acomodaste en tu cama el esqueleto hallado para que no se perdieran sus piezas?—

—Y me acosté en el piso.—

—Te empezaron a llamar el loco de los huesos ¿recuerdas?—

—Algunos seguían mis teorías con incredulidad o planteaban sus dudas, prefiriendo negar lo que no se sabe, chacoteado sobre aquel que estudia. Esos desplantes reforzaron mi empeño. No me incomodaban las acciones del pazguato que provoca la risa de sus iguales.—

—O cuando desenterramos el cadáver de una joven mujer, asesinada, que había sido buscada intensamente por la policía.—

—¡Terrible momento!—

—¡Y las complicaciones que tuvimos para explicar cómo habíamos encontrado esos restos!—

Carlos, siempre observador, con años de práctica había adquirido especial agudeza para detectar lugares con yacimientos importantes. Sus últimos desenterramientos eran realmente valiosos, más aún aquel que involucraba a un esqueleto que había divisado en una de las barrancas del río Luján. Ese enero extremadamente lluvioso exigía paciencia y por eso esperaba que se produjese la bajante de las aguas para retirarlo.

—Ha llovido tanto que se ha vuelto imposible la extracción. Está enterrado en la parte que sirve de tajamar al molino pero las aguas lo cubren casi plenamente. Tendremos que esperar—aseguraba Carlos de modo terminante.

—¿Es un Glyptodon?—

—Casi seguro—respondió.

Pero esa estadía de meses en la capital no fue fructífera para Carlos Ameghino. Aprendió el sistema de taquigrafía sin hallar lugar donde practicarlo. Ni siquiera le servía para sus apuntes auxiliares Decidió volver a Luján para controlar el estado del río y unas semanas más tarde les llegó correspondencia.

“Ayer fui a cavar con la idea de extraer el esqueleto. Empecé por sacar el hueso sacro, que es bastante grande, pues tendrá dos pies de largo, y después de haberlo exhumado noté que al lado del pozo del que lo había sacado había otro hueso, que resultó ser el cráneo. Este tendrá

media vara de largo pero la extremidad se halla rota y el cráneo resulta así con un solo molar presente…"

Mylodón. Dijo que era un Mylodón el esqueleto de las barrancas y Florentino insistió en el regreso de Carlos a la capital.

"Si quieres puedes venirte ahora para ayudar a Leontina con el establecimiento, pues yo voy a ocuparme de otra cosa. Sin embargo, debo advertirte que, como no somos ricos, hay que trabajar y como no puedo tener un dependiente para los mandados, te tocará a ti como más joven hacerlos provisoriamente. Al mismo tiempo aquí seguirás ensayándote en la taquigrafía, de la que voy a abrir un curso, a fin de que estés en estado de continuar lo mejor para emplearte en las Cámaras como dije cuando estuviste con nosotros. Tal vez hasta logremos hacer venir a Juan también…"

Leontina demostraba su simpatía hacia Carlos, aconsejando acondicionar la vestimenta de su cuñado para estar a la altura de las circunstancias.

"Te harán falta pantalones, chalecos, jaquet, camisas de cuello alto, botines, sombreros, etc., y todo eso reclamará gastos que no sé si estaré en condiciones de poder hacer, y a nuestros padres no se les puede pedir porque ya han hecho bastantes sacrificios", escribía Florentino.

Carlos rescataba huesos, caracoles, cráneos, dientes, que iban a parar a la barraca de la casa familiar en Luján. No tenía tiempo de clasificarlos, y en algunos casos dudaba si convenía viajar a la capital sin terminar aquel trabajo. Insistía en quedarse en la casa familiar.

"Quédate en Luján si quieres por ahora, donde tienes pocos gastos, y trata de colocar en las casas de comercio algunos artículos que te mandaré y que te dejarán una regular ganancia. De este modo podrías ganar algún dinero sin depender de nadie, y con solo hacer trabajar un poco a tus piernas, te quedaría tiempo para continuar ejercitándote en la taquigrafía. Quizás podrías ayudarlo un poco a papá también…"

—¿No es más útil excavando? —insistió Leontina.

—No pierde nada mejorando el método de escritura veloz.—

—Claro que no—concedió ella.

—¡Mírame Leontina! De nada sirve la fama que uno obtenga. Si no se trabaja no se come. Con todos mis laureles, tengo que salir cinco o seis veces al día cargado con paquetes para cumplir con los clientes, y volver con otros tantos para no dejar sin surtido a la librería. Si uno resigna su independencia pierde, por eso es mejor no depender de nadie; valerse por sí mismo.—

No supo por qué le enojó aquel comentario. ¿No era exagerado hablar de laureles en aquel momento? ¿Tenía Florentino plena

conciencia de que las cosas habían cambiado a su regreso al país? Anunció que saldría. Tomó el tranvía atestado de gente, alcanzando a sentarse frente a dos señoras de edad mediana. Al estar detenido el vehículo frente a su casa, una de ella señaló una pequeña columna de humo y advirtió:

—Dicen que allí vive un hombre que duerme con los muertos.—

—¿Cómo? —preguntó su vecina.

—Es un loco que está todo el día manipulando huesos. ¿Ves ese humo? Me dijo doña Juana que derrite algunos para preparar ungüentos mágicos.—

—¡Qué horror! ¿Y las autoridades nada hacen al respecto?—

—Vivimos tiempos extraños. Ya ves cómo han cambiado las cosas en pocos años. El nuevo gobierno dice que debemos progresar olvidando cristianas tradiciones.—

—¡Pero dormir con muertos!—

Leontina estuvo a punto de interrumpirlas. Miró el rostro de ambas mujeres y las arrugas de una vida mal gastada. El humo de feo olor que salía de la chimenea de su casa tenía motivos prácticos no macabros ya que Florentino había descubierto la fórmula para preparar lubricantes para las máquinas de coser derritiendo los caracúes que le entregaba el carnicero de la cuadra siguiente. ¿Escucharía su marido alguna vez aquellos comentarios? No sería ella quien se los hiciera conocer.

—A propósito, ayer vinieron por aceite y ya no queda nada en el envase- recordó en su regreso.—

—El ingenio, el ingenio —rió Florentino.

—Gracias a tu ingenio las mujeres pueden hacer hermosas prendas en sus máquinas de coser. A eso yo le llamo ganarse la vida dignamente. ¿Qué tiempo necesitas para reponerlo?—

—Una semana al menos. Sabes que sueño con traer a mi familia a Buenos Aires pero por ahora no estamos en condiciones de hacer más de lo que hacemos.—

—¿Enviaste a París el artículo sobre los nuevos fósiles hallados? —

—Lo despaché en el puerto hace varios días. Traje también la última remesa de fósiles que había quedado en el depósito. El dinero que me enviaron por el artículo ayuda a nuestro negocio y me deja tiempo para mejorar el tratado de taquigrafía que pretendo publicar alguna vez. Creo estar en condiciones de mejorar el método que usa Carlos.—

—¿No desatenderás tus otras obligaciones?—

—Intentaré cumplir con todo, Leontina. Simplificar el método

taquigráfico es también en beneficio propio ya que como está ahora, con las indicaciones que sigue Carlos, se pierde mucho tiempo al descifrar los signos.—

—No pierdas el eje de tus investigaciones—recomendó Leontina.

El reparto de la correspondencia cumplía ciertas rutinas. Las cartas de los barcos se dejaban en las oficinas centrales y recién entonces se procedía a entregarla a los carteros para repartirlas en los domicilios. Como Rivadavia era una calle estratégica, las cartas de París llegaban con sincronizada frecuencia. Así sabía Leontina que su hermano Paul contaba con flamante buffet de abogado, que Michel colaboraba en la organización interna del servicio hotelero y que sus hermanas hacían lo que podían. De hecho, Alice, en nota aparte, contaba que estaba a punto de casarse y que Jeanne tenía un pretendiente. Y fluían los viejos tiempos parisinos en la cabeza de Leontina Poirier, recordándose niña, y también adolescente, perezosa a veces, rebelde en otras, quejándose por repetir una rutina mercantil que detestaba. Sonrió con resignación porque ahora estaba también detrás de un mostrador, vendiendo útiles a los escolares, con magros ingresos y un marido sin empleo, que no era lo mismo que decir, desocupado.

Y rodeada de huesos.

Fueron meses difíciles para el matrimonio. Las jornadas transcurrían con una cuota de insatisfacción un tanto molesta. Los chicos del barrio se empecinaban en llamar “Señor Glyptodón” a su marido, con ese tono sarcástico que tienen las bromas aparentemente inocentes, y aunque Leontina cambió varias veces el color del mostrador, la vidriera que daba a la calle y las estanterías donde colocaba los útiles escolares, las finanzas no mejoraban. Un día decidió tentar a la suerte armando una biblioteca con las obras de su marido, ediciones sobrantes de unas publicaciones parisinas. Ninguna se vendió. Y cosió a mano nuevas cortinas de cretona y etiquetó muchas más cajas donde guardar materiales fósiles que seguían llegándoles.

—Mi tierno marido sólo piensa en huesos —dijo un atardecer, provocándolo.

Ameghino la miró entre divertido y curioso. Habían cerrado el negocio y la antesala se encontraba atestada de huesos para su clasificación.

—¿Pueden unos viejos huesos ganarle a una joven mujer? —preguntó, mientras se acercaba insinuante a su silla.

—Tenemos mucho trabajo, querida —replicó Florentino.

—¿Y a este tesoro cuándo le corresponde una inspección?—

—No es hora de juegos, Leontina —agregó risueñamente su marido.

A pesar de la respuesta, fue a lavarse las manos para tomarla de la cintura. Seguía siendo estrecha y cimbreante, y la hamacó entre sus brazos como a una niña, y sin despegársele la trasladó hasta las sábanas que parecían preparadas para recibirlos. El cuerpo de Leontina era frágil, armónico, tentador y Florentino la cubrió sin apuros, disfrutando el momento, poseyéndola cándidamente.

—Quiero que sepas que siempre deseo estar contigo. Si salgo a cumplir nuestros encargos, ansío volver a casa, a tus brazos, a tu presencia, por silenciosa que te muestres a veces. Eres lo que más quiero, después de mis huesos…—

—¿Después?—

—Es que tú llegaste cuando ya estaba perdidamente enamorado de ellos, y te sumaste como si fueras parte. Por eso te amo tanto Leontina. Quisiera brindarte un mejor pasar para que compres vestidos y zapatos elegantes…—

—No necesito ropa. Me gusta la que tengo… Quisiera poder acompañarte, eso sí, cuando hagan nuevas excavaciones.—

—El fango ensucia—respondió su marido.

—El lodo se quita pero ¡quien me robará la emoción del descubrimiento!—

—Soy hombre afortunado, Leontina, y no creas que no noté la tristeza que gana tu espíritu algunos días pero te miro y me energizo, porque se me hace que eres de verdad feliz.—

—Lo soy, Florentino…—

Volvieron a estrecharse en ardiente abrazo, y a amarse otra vez, como si acabaran de descubrirse. Dos cuerpos magros, elegantes, lindos, vibraban al unísono en la trastienda de una librería que lucía en su ingreso un caparazón prehistórico.

Se sucedieron meses y en esa sumatoria de días y estaciones, Florentino Ameghino imprimió tal fuerza a su trabajo que terminó nombrado director del Museo de Historia Natural con sede en la capital argentina. Reemplazaría a Germán Burmeister, quien fuera su gran oponente intelectual. ¡Llegaba al fin el momento! Dejó de pasar inadvertido en el mundo científico y en el campo popular. Los vecinos se interesaban en sus doctrinas con fervorosa admiración. Empezaba a remontar la cresta de la fama en un país de curiosa idiosincrasia nacional porque, por vanidad colectiva, disfrazada de patriotismo, algunos decían admirar a Ameghino por poner al territorio argentino como cuna de la humanidad. No les importaba su trabajo sino aquel sentimiento de superioridad que iba ganando

espacio entre las esferas oficiales. Lo cierto era que se abrían puertas que antes se habían cerrado; ganaba elogios de quienes lo habían defenestrado, se escuchaba su palabra; en concreto Florentino Ameghino cobraba visibilidad. Y aprovechaba esa situación diferenciadora para insistir en sus tesituras sobre la evolución orgánica y también sobre la migración de las faunas y el secreto de su extinción. El público asistía a sus conferencias, las que generaban interés y muchas polémicas. Leontina apuntalaba como siempre ese trabajo pero noticias llegadas del extranjero le anunciaron que su padre había muerto de un ataque al corazón y que su hermano Paul vendría a visitarlos en breve. Una de cal y otra de arena, dijo para sí, sin controlar del todo el estado de ansiedad y tristeza que empezaba a ganarle. Le costaba levantarse en las mañanas.

—Nada remediarás con inactividad—lanzó cierto día su marido, decidido a cambiar la situación.

—No tengo ánimo—se justificaba.

—Claro que tienes derecho a estar triste—concedió él.

Una madrugada por fin abandonó su abulia y se calzó ropa cómoda para encender las lámparas. Afuera se anunciaba un pronto amanecer. La ciudad permanecía dormida y en silencio, y como contraste ella comenzó a fregar para restablecer el orden general. Preparó un suculento desayuno y al finalizar esperó a su marido junto a una cesta con frutas. Permanecía descalza mientras se movía de un lugar a otro y buscó contrarrestar las molestias del mosaico con unas chancletas de ocasión. Florentino la besó emocionado y ella sintió calor en su nuca y en todo el cuerpo, y una alegría incontrolable terminó por invadirla. Soltó su cabello seductoramente mientras servía infusiones humeantes en las tazas de té que había comprado en Londres.

Mejoró la vida social de los Ameghino con el puesto de director del Museo de Historia Natural. Mientras ella atendía la librería, él se enfrascaba en organizar colecciones con criterio científico, y eventualmente asistían a una cena con colegas y funcionarios de renombre. Cierto día en que Leontina acondicionaba la mercadería sobre el mostrador, ingresó un hombre mayor, con sombrero importante y bastón con empuñadura de marfil, y dos acompañantes, que ante un gesto suyo optaron por quedarse en el coche.

—¡Esta es la cueva del genio! —gritó el hombre.

Leontina se incorporó. Sólo un atrevido podía hablar con ese desenfado.

—¿A quién busca? —preguntó.

—No busco a nadie, solo estoy de recorrida —dijo el anciano.

—Aludió usted a un genio y yo creí…—

—¡Y usted es la esposa de ese genio! ¡Pero si es casi una niña!—

—Perdone que insista, señor, pero…—

—Nada de perdón, muchacha. No debe pedirlo la mujer de un hombre extraordinario. Y menos siendo usted maravillosa. ¿Sabe que si ustedes hubieran permanecido en Europa todo el mundo científico rendiría pleitesías a su esposo? ¡A la altura de un Darwin! —gritó con voz estentórea.

Leontina Poirier permaneció callada ante las expresiones de ese hombre que denotaba admirar a Ameghino.

—Es como le digo m´hija. Allá le lloverían contratos mientras que en Buenos Aires su marido tiene que contentarse con un puesto en el Museo de Historia Natural.—

—Pero si es muy importante…—

—¡Pamplinas! Gasta demasiadas energías en tareas burocráticas que nada cambiarán cuando él debe abocarse a desasnar al mundo. —

—Intenta hacerlo, señor…, señor…—

—Como sé que le contará de nuestro encuentro, diga a su marido que estuvo con el bocón más grande de este país: Domingo Faustino Sarmiento.—

El anciano recorrió velozmente el negocio con su mirada y ante un gesto casi imperceptible, uno de sus acompañantes lo tomó del brazo para ayudarle a subir al coche. Tras su partida, Leontina Poirier se plantó en la puerta de esa calle Rivadavia que se le había hecho conocida de tanto pasear por Buenos Aires, por esa ciudad que no era París pero se esmeraba en parecérsele. A diario surgían edificios cada vez más suntuosos, más elegantes, más altos. Cuando la oportunidad lo permitía, recorría sus calles con enorme avidez. Después de algunos años que parecían haber sido críticos, la ciudad quería modernizarse, ponerse a tono con su nuevo estatus.

No había soñado en vano al apostar por una tierra nueva que se esforzaba por embellecerse. ”País que vas, hábito que encuentras” decía un proverbio, y ella hacía propias algunas reglas al respecto. Sabía que en Buenos Aires no se veía bien llamar mujer a una mujer (equivalía a decirle hembra) sino que debía decirle señora. Que había que batir las palmas para hacerse atender en casa ajena. Que en un café o restaurante se llamaba al camarero batiendo dos veces las palmas de las manos, agregando inmediatamente la voz: “¡mozo!” Nunca golpear sobre la mesa ni en el vaso. Que en los

teatros no podían dejarse el sombrero puesto, ni siquiera las mujeres; Que había que silbar fuerte para pedir socorro a un policía; y que no se podía caminar fuera de la vereda. De hacerlo, el hombre o la mujer que así actuase serían llamados "atorrantes", que equivalía a mendigos. Aprendió también que las autoridades legislaban para incluir a los inmigrantes en la sociedad y que la forma elegida era la educación. Católicos y liberales veían la situación de forma diferente pues una amplia controversia generó el debate de la Ley de Educación. ¡Libertad de conciencia!, gritaban los católicos. ¡Defensa de los derechos individuales y recorte al poder eclesiástico!, exigían los liberales. Supo también que ganarían los liberales, que miraban cómo actuaban los países europeos ante situaciones semejantes.

Cuando Florentino volvía más temprano al hogar, o en los días domingo, viajaban a pocos kilómetros de ella para ver cómo se erigía sobre la costa del río la moderna ciudad de La Plata, futura capital de la provincia de Buenos Aires. Magníficas avenidas y diagonales, construcciones fastuosas y un trazado vial organizado prometían magnificencia, no obstante lo cual, quienes trabajaban en los ministerios y reparticiones públicas, alquilaban residencias para manejarse con más comodidad durante la semana pero los viernes volvían hacia Buenos Aires a desarrollar sus vidas sociales. Enormes avenidas daban acceso a jardines de frondosas arboledas en La Plata, que a pesar de ser nueva detentaba cierto aire de noble alcurnia. Sus edificios públicos eran lugares sin tradiciones, sin pasado, sin estirpe vivida, de allí que la flamante ciudad, con su monumentalidad visible, se presentara a muchos como una metrópolis moribunda. Su cercanía con Buenos Aires afectaba el arraigo de los nuevos vecinos en tanto la capital argentina, como buena matrona, se modernizaba sin perder los galardones del pasado.

Los días se sucedían tranquilos durante la semana. Cierta vez, mientras se aprestaba a cerrar el negocio, reparó que sobre el escritorio de su marido descansaba un sobre de papel madera. Se acercó con curiosidad y con enorme sorpresa descubrió que estaba dirigido a su nombre. Sus familiares enviaban sobres blancos, de tamaño regular, pero aquel tenía diferente aspecto. Volvió a leer una vez más su nombre, para no cometer la imprudencia de inmiscuirse en la correspondencia de su marido, y tras confirmar que era indiscutiblemente para sí, reparó en el destinatario.

"Anna Lawson de Millet, Poplar Avenue nº 12, Ciudad del Cabo". ¿Quién era esa mujer y por qué le escribía? Hormigueaba su

curiosidad aunque se tomaba tiempo antes de revelar aquel misterio. Como antes, mucho tiempo antes, saboreó esa sensación, como cuando de pequeña recibía algún paquete sin tarjeta ni referencias, y como entonces, dejó volar su imaginación, girando el envío, contemplándolo desde todos los ángulos posibles. El sobre marrón le producía ansiedad. Finalmente rasgó con cuidado uno de sus bordes y retiró delicadamente su contenido. Una cinta con los colores de la bandera francesa y los folios de una carta misteriosa salieron del extraño sobre.

"*Estimada Leontina*", leyó. Aquel comienzo indicaba que la remitente la conocía. "*Puedo adivinar la perplejidad que sientes en este preciso momento. Casi que puedo verte, leer tus pensamientos, ver cómo se enredan tus ideas tratando de adivinar quién te escribe*" Pensó que esa mujer tenía habilidades adivinatorias, una especie de maga. *"Hace días que deseaba comunicarme contigo. Afortunadamente conozco tu idioma porque trabajé varios años como institutriz de una familia francesa en Londres. Soy Anna, la muchacha que abrazaste en Calais, la que viajaba al África para conocer a un marido impuesto. ¿Te acuerdas? Esa Anna que se desmoronaba de pena porque no volvería a ver a sus hermanos pequeños. ¿Vas recordando? Nunca olvidé tu gesto, Leontina. En aquel barco de gente apurada tú fuiste la única en reparar que yo lloraba. Me dijiste que tal vez no todo iba a ser lo malo que imaginaba y fue acertado tu pronóstico. Por eso quise hacértelo saber. Mi vida dio un vuelco pero no naufragó en el mar de la pena como suponía, al contrario, fui descubriendo a un país lleno de contrastes, peligroso a veces, injusto en otras tantas, que ha sabido sacar lo mejor de mí al alimentar sentimientos desconocidos. Quiero decirte que soy feliz, Leontina, y que lo fui desde el primer día en que pisé Ciudad del Cabo. Todo era desconocido y hostil, o así me parecía, hasta que vi a un hombre que esperaba mi arribo con un letrero entre sus manos. "Anna Lawson de Millet", decía el cartón y me atraganté ante la prestancia de su portador. Un hombre magnífico, de cabellos oscuros y mirada intensa, que exudaba elegancia. Se presentó como el mayordomo del señor Millet, al que excusaba por no recibirme en persona. Mi marido es un rico comerciante, Leontina.*

Jacques, el mayordomo, anunció que se ponía a mi disposición hasta el arribo de mi esposo, y que podía contar con él a toda hora. ¿Te enamoraste alguna vez a primera vista, Leontina? Pues yo sí. Jacques era todo lo que había soñado y eso hizo que pasara a su lado unas semanas extraordinarias, conociendo el lugar, sus costumbres, las comidas típicas, al extremo de sentir que no podría vivir sin su presencia en el futuro. Claro que me asaltaba la culpa pensando en lo que diría a

mi esposo cuando nos encontráramos. El poder seductor de Jacques lo superaba todo. Reí, canté, lloré de alegría, le conté mi historia sin secretos. Estaba enamorada, ciegamente enamorada, y resistí cuanto pude porque mi honra estaba en juego. Él demostraba comprensión mientras esperaba, y esa espera me infundía más pasión hasta que finalmente dijo que su patrón regresaría. Lloré con mayor desconsuelo que el día en que nos conocimos, Leontina. Por todo. Por la fascinación de un país que empezaba a sentir propio y por los sentimientos errados que podían encauzarme a la desgracia. Lloré, y lloré en su presencia, ¿y sabes qué? Me anunció que su nombre no era Jacques, o en todo caso que ese era su segundo nombre, presentándose como Daniel J. Millet, mi marido. ¿No es maravilloso? Soy tan feliz Leontina que quiero gritar al mundo entero mis sentimientos. Muchas veces, aunque no lo creas, me acordé de ti. Por eso escribo esta carta para participarte mi alegría, esperando que seas también muy dichosa. Quedo a la espera de respuesta. Las dos estamos en países extraños, viviendo lejos de los nuestros, construyendo nuevos caminos. ¿Por qué no pensar entonces que podemos enlazar una amistad a través de la correspondencia? La cinta francesa que te adjunto espero que la ates a tu pelo o en tu sombrero el día que te sientas nostálgica. Gracias por el gesto de entonces, por no haberme abandonado en aquel cruce de Londres a París, por ponerte junto a mí como una hermana. Espero tus noticias. Afectuosamente. Anna".

Leyó varias veces aquella carta. El día había sido intenso en novedades. Cuando finalmente Florentino llegó al final de la tarde, preguntó los motivos de su alegría.

—Recibí una carta maravillosa—respondió.

—¡Oh! Olvidé decirte que traje desde Luján ese sobre marrón—contestó él.

—¡Esconde una historia maravillosa! ¿Te acuerdas de la muchacha que lloraba en el barco al cruzar el Canal de la Mancha? —

—No. ¿Qué muchacha?—

—La joven que lamentaba no poder volver a Londres porque viajaba al África a conocer a su marido.—

—No lo recuerdo, Leontina.—

—Bueno, no importa. Ese brevísimo encuentro resultó muy importante para Anna.—

—¿Quién es Anna?—

—La muchacha en cuestión. Se llama Anna Lawson de Millet y vive en Ciudad del Cabo. Toma, lee la carta así te enteras… pero antes déjame decirte que también hoy vino un hombre a preguntar

por ti.—

—¿Sabes su nombre?—

—Es alguien que valora tu trabajo más que muchos otros. Se apellida Sarmiento.—

—¡Vino el presidente!—

—¿Qué presidente?—

—Ese hombre fue presidente en nuestro país y todavía ocupa cargos destacados de gobierno.—

—¿Ese anciano desbordado fue presidente de los argentinos? —preguntó ella.

—Tuvo muchos otros cargos y es verdad que es un zumbón, que pelea por sus ideas desde siempre, pero nunca olvides que ha sembrado de escuelas nuestro territorio. ¿Y qué quería?—

—Me parece que pretendía saludarte.—

—¡Cuánto lamento la ausencia! Me hubiera gustado mucho saludarlo ya que él estimuló siempre mi trabajo.—

—¡Qué pena! —lamentó Leontina.

—Leeré tu carta después. Estoy cansado.—

Leontina se sintió defraudada. ¡Había sido tan importante para ella aquella carta! ¿Por qué no dedicaba unos segundos a su lectura? Un extraño rencor le ganó al comprobar que el cansancio aludido se había evaporado al hablarle de Sarmiento, como si tuvieran distinto valor las noticias que lo involucraban. ¿Por qué no asignaba importancia semejante a sus cosas si ella no acostumbraba a interrumpir su ideario con distracciones de ocasión? Pensó mucho aquella noche; en su hogar paterno, aún en las discordias que se planteaban en su seno. Claro que entonces no lo veía así, al contrario. ¿También con cuotas de desamor se armaba la existencia?

Al día siguiente llegó Carlos cuando tampoco estaba Florentino en la trastienda. Sentía afecto por ese familiar aventurero que siempre tenía algo curioso para contar. Le encargó el negocio mientras calentaba agua para servir una taza de té. Carlos valoraba su pastelería europea y afortunadamente en ese momento quedaban suficientes porciones de una torta con frutas.

—¿Sabes que ayer vino el presidente Sarmiento a nuestro negocio?—comentó.

—¡Viejo gaucho!—

—Y yo que estuve a punto de protestar por la forma en que se refería a tu hermano…—

—¡Es un hombre extraordinario, Leontina! Una pena que no lo haya visto.—

Permanecían juntos, riendo y compartiendo el agradable momento, cuando ingresó a la librería un hombre en busca de papel de arroz. El ejemplar de un pez extraño, que caminaba unas veces y nadaba en otras, realmente raro, se movía campante dentro del acuario que tenían en el negocio.

—Puede sacarlo si quiere, resiste bien fuera del agua. Si lo tiene en la mano lo verá mejor—dijo Leontina.

—Le ofrezco diez pesos por é l—respondió el desconocido.

—No se vende —anunció ella.

—Veo que es usted una extranjera que sabe negociar… Le doy cincuenta pesos.—

—Le repito que no está a la venta —insistió.

—Cien pesos por un pescado que no vale ni un centavo y ni una moneda más—dijo finalmente.

—Como dije: no se vende pero ¿cuál es su interés?—

—Quiero regalárselo a un sabio que sabría darle buen uso.—

—¿Un sabio? —preguntó Leontina.

—Sabio, sí. Un hombre que es orgullo para el país.—

—¿Cómo se llama?—

—Florentino Ameghino —dijo el eventual cliente.

Carlos estalló en franca carcajada. Él mismo había recogido al pez en el río Luján, en un rincón conocido como El Remanso de la Virgen. El cliente partió llevando el papel solicitado, y la emotiva sensación de haber husmeado en los rincones de un sabio. Como Florentino demoraba más de lo previsto, Carlos Ameghino partió hacia Luján sin esperarlo, y a la noche, luego de una frugal cena, Leontina regaló la anécdota a su orgulloso marido.

Quela gente común lo tuviera en esa consideración superaba todas las expectativas.

Un día neblinoso, un tanto destemplado, contestó Leontina Poirier la carta de su inesperada amiga de Ciudad del Cabo. También ella tenía mucho para contar. Puso énfasis al recordar su amor a primera vista, el apasionamiento sereno que mantenía hacia su marido después de varios años de casada, sus aprendizajes pseudo-científicos y el contacto armonioso con su familia política. Habló de la muerte de su padre en París, del posible arribo de su hermano Paul a las costas del Río de La Plata, los distintos entretelones vividos por su marido después que fuera declarado prescindible en la escuela de Mercedes, sus distintos trabajos y el reciente nombramiento en el Museo de Ciencias Naturales de Buenos Aires. Si Anna Lawson de Millet había guardado el papel con sus datos, entregados en un momento crítico, confiaba en que

buscara, como ella misma lo había hecho sobre Ciudad del Cabo, datos geográficos sobre la Argentina. Su larga carta respiraba felicidad.

Por esos días Florentino publicaba una clasificación de los gliptodontes, decidido a difundir los hallazgos del entrerriano Pedro Scalabrini en las barrancas del Paraná. La Academia Nacional de Ciencias de Córdoba editó su enjundioso trabajo, invitándolo también a dictar un curso en la Universidad de Córdoba. La perspectiva interesó sobremanera al científico, quien pronto abandonó su puesto en el Museo de Historia Natural para trasladarse a la capital mediterránea.

—Un cambio nos vendrá de maravillas —dijo Leontina.

En los últimos meses se había mostrado distraída. La prometida visita de su hermano Paul nunca se concretó a causa su próxima paternidad. Paul se había casado con una viuda que tenía un niño de pocos años y enfrentaba asimismo el arribo de un hijo que venía complicado. Su hermano Michel, a cargo del hotel tras el fallecimiento de su padre, tampoco demostraba interés en viajar a la Argentina, y su madre no perdía oportunidad en reclamar un nieto en sus cartas. Leontina intentaba no considerar el tema, sobre todo porque el tiempo pasaba sin indicios ni sorpresas. Una mudanza a Córdoba tal vez fuera buen momento para plantearse ese desafío.

Encargó a su suegro la confección de unos pantalones amplios, al estilo de las bombachas gauchas y un calzado para sitios inhóspitos porque no perdía la esperanza de visitar algún yacimiento de fósiles, tal como prometiera su marido. Desconocía cómo era el clima de Córdoba y esa ignorancia la impulsó a acopiar ropa resistente y abrigada, en caso de que hiciera frío, y otra más liviana, de simple lienzo teñido con colores sufridos para aquel año de mil ochocientos ochenta y cinco.

Viajaron en tren a Córdoba.

“Me he ocupado de comparar las faunas fósiles para establecer algunas leyes y formular ciertas hipótesis que tienen que ver con la emigración de las especies a través de los continentes. Eso me ha permitido formular la teoría de que existió gran intercambio faunístico entre las dos Américas. Y no hablo por simple teorización sino porque he podido cotejar y correlacionar los datos de la fauna fósil con la fauna actual. No fue fácil porque tuve que corregir y rectificar muchas veces mis conceptos. Por eso puedo decir que los primeros descubrimientos, que yo denomino “formación pampeana”, alguna vez atribuida al Plioceno, me han puesto en duda ya que hoy la atribuiría al Pleistoceno.

Los yacimientos del Paraná, más antiguos todavía, fueron recogidos por el doctor Scalabrini, de quien hablaré en el transcurso de esta conferencia. Y sobre el yacimiento de Monte Hermoso puedo decir que se trata de una fauna nueva, intermedia entre las anteriores, correspondiente también al Plioceno. Mi hermano Carlos descubrió a lo largo del río Santa Cruz no menos de ciento veinte especies nuevas de mamíferos y aves colosales, como los Phororacos, y también la de pequeños marsupiales llamados diprodontes, o los Plagiaulacidios"…

Leontina escuchaba las enfáticas palabras de su esposo, ubicada en una de las gradas del paraninfo universitario e hizo un raro mohín al oír murmullos en las cercanías. Por lo bajo, varios catedráticos comentaban tales descubrimientos.

—Nada pequeña es la batalla de este Ameghino—alcanzó a oír.

Quiso ocultar su inquietud. ¿Existía la posibilidad de que el público se volviese hostil en esa desconocida Córdoba? Ya había vivido la experiencia y no deseaba repetirla. En su libreta de notas escribió: "Plioceno", "Pleistoceno", "Phororacos", "Diprodontes", "Plagiaulacidios" para escabullirse después hacia una habitación íntegramente cubierta con muebles de madera labrada y oscura, saturada de libros de todo tipo y color. Un asistente se acercó para auxiliarla e impuso al muchacho lo que necesitaba, y él, presuroso, trajo consigo varios ejemplares de importante envergadura.

—Tome nota de cuanto necesite pero por favor, tenga cuidado con sus hojas. Son enciclopedias únicas.—

—Descuide —respondió.

"Pleistoceno", leyó. "Es una época geológica que comienza hace 2,59 millones de años y finaliza aproximadamente 10.000 años a. C, precedida por el Plioceno y seguida por el Holoceno. Es la sexta época de la Era Cenozoica y la más antigua de las dos que componen el Período Cuaternario. El Pleistoceno abarca las últimas glaciaciones y se corresponde con el Paleolítico arqueológico".

¡De eso se trataba entonces! ¡De las edades de la Tierra!

Esa misma noche Florentino le explicó las clasificaciones de las diversas especies, encuadrándolas en clase, orden, familia, género y especie, refiriéndose especialmente a los Phorusrhacos, gigantescas aves depredadoras que no volaban y que habían sido propias de la Patagonia. Sus parientes más cercanos en la actualidad eran las chuñas aunque de menor tamaño, con un cierto parecido al avestruz.

—Hazme un croquis, por favor —pidió.

—No soy lo que se dice un experto en dibujos —advirtió su marido.

—¿Estamos hablando de una gran ave?—

—Podía llegar a medir dos metros y medio de alto y pesaba más que tú y yo juntos.—

—¡Enorme!—

—Carlos encontró varios en los yacimientos de Santa Cruz, donde, asegura, abundaban estas carnívoras "aves del terror", con patas y garras poderosas y un pico temible a manera de herramienta de destrucción.—

—Suficiente por hoy, profesor.—

Los buscadores de fósiles no se daban nunca por vencidos. El equipo de trabajo de la Universidad de Córdoba organizó una salida hacia las barrancas del río Carcarañá o Tercero, ya que a unas tres o cuatro leguas antes de su desagüe en el Paraná, existía un yacimiento de fósiles de tamaño descomunal.

—¡Esta es mi oportunidad! —gritó con entusiasmo Leontina Poirier.

—¿Estás verdaderamente dispuesta a enfrentar las contingencias del clima, la incomodidad de los traslados y la mugre que se acumula en el cuerpo en estas incursiones? —consultó su marido.

—Llevo años esperando el momento. Haber aprendido algo sobre fósiles me hará tomar precauciones suficientes para no afectar un posible descubrimiento.—

—Acepto entonces tu colaboración.—

—Podré al fin usar las prendas confeccionadas por mi suegro, y sus botas especiales, ya que según entiendo las barrancas del Carcarañá son barrosas.—

—La Universidad aportará un carro para acarrear el material que logremos rescatar de ese barro y las herramientas necesarias para cavar.—

Un vehículo los transportó hacia el punto determinado. No era sin embargo el sitio específico sino que debían descender y caminar por los meandros del río, en medio de altos pastizales. Leontina no estaba habituada a los devenires del campo y mucho menos a cruzarse con culebras o batracios como sucedía a medida que avanzaba. El resto del equipo había dejado una especie de marca o de señal para evitar pérdidas innecesarias de tiempo. Florentino estaba feliz, como en sus tiempos de gran caminador, cuando se movía sin cansancio, pletórico de esperanzas. Volvía a las exploraciones con el mismo interés de cuando modelaba su condición de naturalista improvisado, y con esos mismos bríos recorría las orillas del Carcarañá, contagiándole entusiasmo. Sin práctica ni habilidad previa para esos menesteres, Leontina hacía

hasta lo imposible para no representar un estorbo. Sabía, porque su marido se lo había dicho muchas veces, que él adivinaba cosas donde nadie veía nada y si se distraía con su presencia perdería parte de su intuición científica. No supo porqué recordó la anécdota de cuando Florentino había sido detenido por un agente de la policía bonaerense, siendo tan joven como irreverente.

—¿Quién es usted?—le había preguntado el hombre del orden.

—Y a usted qué le importa—respondería furioso, impedido de continuar con su búsqueda de huesos.

—¿En qué anda usted?—insistiría aquel.

—En lo que se me da la gana—completaría aún más nervioso.

En la comisaría explicó la razón de tantos merodeos. Él, con su bolsa de huesos y una azada, el agente con su bastón en la mano. Tras identificarse apropiadamente, y ser reconocido, el policía justificó su accionar con una expresión que entonces no le había causado gracia, a pesar de que Florentino reía de buena gana.

—Es que tenía aire de infeliz—había dicho el agente a su superior entonces.

Pensaba en ello Leontina Poirier mientras doblegaba pajonales. Y también en la terrible perspectiva de hallar un cadáver entre los pastizales, como les había sucedido a los hermanos Ameghino en el pasado. Los pájaros remontaban vuelo ante aquellos individuos que se movían en un radio de acción verdaderamente importante. No disponía de las botas de las siete leguas pero las suyas respondían de maravillas en aquel terreno, sin entender, por otra parte, cómo podían detectar restos óseos con aquella exuberante vegetación cubriéndolo todo. Esperaba escarbar ese suelo con buena fortuna, es decir, hallando alguna pieza de valor mientras el resto del grupo trabajaba. Se había detenido en un sector del río para esperarlos y Ameghino aceleró su marcha, entusiasmado, coincidiendo en la eficacia del lugar.

—Creo que aquí hallaremos algo interesante.—

Leontina Poirier reconoció el lugar sin encontrar nada diferente de lo que habían venido recorriendo pero era tanta la ansiedad de su marido y de los demás estudiosos que nada dijo al respecto.

—Distribuyamos herramientas y zonas de cavado individual—aconsejó su marido.

—No hay hallazgo sin organización—respondió un joven ayudante.

El suelo removido le ofrecía lombrices a Leontina Poirier; enormes gusanos movedizos que se deslizaban por la pala en busca de nuevos refugios. Su pala debía tener buen filo porque el suelo no

ofrecía mayor resistencia. Respetó la marcación asignada y cuando tuvo más o menos visualizado el espacio en que debía trabajar, comenzó a cavar profundamente. Había llovido recientemente. Ató con mayor firmeza el pañuelo sobre la cabeza y con los guantes calzados empuñó una vez más la pala. Tras lograr una profundidad interesante percibió cierta dureza en el suelo. Moderó sus golpes, pletórica de emoción, y continuó cavando hacia uno y otro lado porque la superficie persistía en resistirse. Abandonó la pala para quitar con sus manos la tierra removida hasta tocar la zona detectada. Algo le decía que podía ser un hueso grande aunque no contaba con ninguna evidencia. Florentino trabajaba a la distancia, ajeno a sus cavilaciones, y se contuvo de llamarlo todavía. Recién cuando tuvo la certeza de haberse topado con una coraza, parecida a la del gliptodonte que tenían en la librería de Buenos Aires, lanzó el grito.

—¡Son huesecillos hexagonales! —anunció feliz.

Festejaron su hallazgo. "Privilegios de principiante", dijeron, y el trabajo se centró en su sector de campo hasta extraer un armadillo gigante, una concha de unas tres yardas y los restos de un yacaré de muerte más reciente. Un verdadero triunfo.

Placentero fue dormir en tiendas de campaña, tal era su cansancio al final de los días, y una vez que el cargamento estuvo correctamente embalado, regresaron a Córdoba con una felicidad extra.

Leontina relató esa experiencia a su familia a través de varias cartas, imaginando sus rostros sorprendidos, estupefactos tal vez, por la vida que llevaba en Argentina. Acostumbrados a los vaivenes ciudadanos de una París cambiante, difícil debía resultarles ese aventurarse en pos de viejos huesos. Y mientras la familia de París debía estar reaccionando con asombro, su cuñado Juan los mantenía informados sobre los devenires que generaba la librería de calle Rivadavia de Buenos Aires, que había quedado a su mando. Iban y venían cartas mientras el inmenso Glyptodón que le daba nombre continuaba capturando clientela. Juan Ameghino se sentía a sus anchas en el negocio y por eso no lamentó la extensión de ese compromiso cuando Florentino fue nombrado titular de la cátedra de Zoología en la Universidad de Córdoba; luego miembro de la comisión directiva de la Academia de Ciencias cordobesa y finalmente la recepción del título de Doctor *honoris causa*. Importantes motivos retenían a su hermano en Córdoba. Recibir un título honorífico, que las universidades concedían a personas eminentes o quienes se han destacado en ciertos ámbitos

profesionales sin ser licenciados en una carrera, reforzó la vocación de Florentino. Dejaría de ser visto como un aficionado y hasta recibiría el mismo tratamiento y privilegios de aquellos que realizaban estudios formales o convencionales.

—¿Y qué significa *honoris causa*?—preguntó Leontina.

—Es una locución latina que quiere decir algo así como "por causa de honor".—

—¡Qué honor!—bromeó ella.

—La debo a mi buena reputación, al ahínco con que afronto mi trabajo y al mérito de las constantes acciones que me colocaron donde estoy.—

—Realmente es un alto honor, querido. ¿Y cómo te llamarán a partir de ahora?—

—Seguiré siendo Florentino Ameghino aunque no faltarán quienes agreguen el título de doctor cada vez que me llamen. Esta nominación es un testimonio social importante.—

—Es una buena vidriera—dijo ella.

Y continuaron su vida en la capital mediterránea. Cada uno en lo suyo. Ella, reencontrándose con sus dibujos, él con sus cátedras, sus análisis y las consabidas investigaciones.

Abundaban revistas científicas en la Casa de Altos Estudios y tener fácil acceso a ellas volvía sumamente placenteros los días de Leontina. Una tarde tibia de primavera alguien abandonó un cachorro en el jardín de su casa. Una criatura adorable que sin ladrar todavía demostraba alegría saltando como un resorte. La carta de su madre, con la repetida perorata de exigir descendencia, decidió la suerte del animalito. Leontina lo ingresó al patio trasero tras brindarle un tazón con leche, que él tomó a toda velocidad. "Hasta que los hijos lleguen depositaré en este cachorro mis anhelos de madre", se dijo, y a partir de aquel día realizó todas las actividades hogareñas en su compañía. El cachorro era realmente tierno. La acompañaba al proveerse de mercaderías, al regar las plantas del jardín, al quitar yuyos de las macetas, y todo con el valor agregado de saber que después se ovillaría a sus pies como suave pompón en tanto ella tejía o bordaba alguna prenda. "Coli". Lo llamó Coli en honor a su habilidad para manifestar cambios de ánimo con su cola. A su cachorro debía de hacérsele agua la boca al ver los huesos que amontonaban los Ameghino por todos los rincones, razón más que suficiente para entrenarlo, para enseñarle que no debía tocar ese material. Asignó tiempo al asunto, y tuvo éxito, porque "Coli" jamás se acercó a los viejos huesos con intenciones de apropiárselos.

En la ciudad de La Plata, en tanto, se concedía mayor envergadura al Museo de Ciencias Naturales, creado en mil ochocientos ochenta y cuatro a instancias del coleccionista Francisco Pascasio Moreno. Se trasladaban colecciones provenientes del Museo Antropológico de Buenos Aires, creado también con piezas donadas por el propio Perito Moreno, ateniéndose a disposiciones que aseguraban que la institución tendría como objetivo primordial la exhibición de piezas de historia natural, antropología, arqueología y bellas artes, para contribuir a la educación general de los habitantes de la provincia. No pocas veces aparecían en los periódicos pedidos de personal para montaje y clasificación del material, y aunque el edificio no estaba terminado, lucía majestuoso en ese sitio enclavado en un bosque. Las autoridades se enorgullecían al decir que era la primera construcción pensada como museo desde el origen. La vegetación circundante, la majestuosidad de sus líneas constructivas y el alto presupuesto concedido por el gobierno para contratar recursos humanos y materiales que enriquecieran su patrimonio lo volvían apetecible en el mundo científico.

Mientras el Museo crecía, el largo año cordobés marcó un antes y un después en la vida de los Ameghino. Tras lograr su doctorado *honoris causa,* ya no solo se convocaba a Florentino a dar conferencias u organizar clases sino que se lo incluyó, expresamente, como personal del flamante museo platense con el cargo de Subsecretario. Francisco Pascasio Moreno, “el perito”, había solicitado su ayuda. Era él quien dirigía el moderno establecimiento y a juicio de Ameghino, un honroso colega por su afición al coleccionismo.

De modo que se produjeron variadas deliberaciones en el seno del hogar. ¿Correspondía alejarse de Córdoba, que tan bien los había tratado? Ameghino decidió que había que poner fin a la exitosa experiencia cordobesa y regresar a Buenos Aires sin demoras. Leontina no hizo objeción, menos todavía cuando su cuñado Carlos fue nombrado Naturalista Viajero del mismo museo, con la consigna de realizar nuevas excursiones al río Santa Cruz. El retorno no ofreció dificultades. El mecanismo familiar volvía a aceitarse convenientemente, a tal punto que Florentino pensó que convendría mudarse directamente a la ciudad de La Plata para evitar los viajes en tren que insumían demasiado tiempo y lo separaban del hogar buena parte del día.

El Perito Moreno tenía más o menos la misma edad de su marido y había contraído matrimonio poco antes con María Ana Varela,

nieta del escritor Florencio Varela. La noticia alegró a Leontina, ilusionada con tener una amiga cercana, con quien compartir experiencias derivadas de la vocación de sus maridos. María Ana podía llegar a ser alguien con quien compartir sentimientos afines pues sus consortes estaban atosigados de obligaciones. Francisco Moreno había sido el primer hombre blanco llegado al lago Nahuel Huapí, antes de contraer enlace. Esto es, su vida había sido tanto o más activa que la de Florentino. María Ana estaba embarazada cuando se saludaron por primera vez. Leontina saludó emocionada a esa mujer de vientre redondeado, sin poder evitar una pizca de envidia. Se aprestaba a acompañar a su amiga en el proceso de gestación pero el destino tenía preparada una coartada que impidió el fortalecimiento de esa amistad. Un largo padecimiento, y exigente además, fue la enfermedad de su suegro. Hubo incluso que internarlo en un hospital de enfermos mentales hasta que se apagó definitivamente. La muerte de don Antonio Ameghino exigió una inmediata reestructuración familiar en el hogar de Luján y fue así que mientras ellos embalaban sus cosas para mudarse a La Plata, Dina Armanino y su hijo Juan, trasladaban sus bártulos para instalarse definitivamente en Buenos Aires. Ambos se harían cargo de la librería del Glyptodón. Siempre unidos, apoyándose unos a otros, decididos a reencauzar el rumbo. Luján quedó entonces como refugio, como santuario de infancia, como origen de una pasión siempre encendida.

Leontina se vio obligada a reforzar sus principios en ese universo de amores y amistades fallidas. Los Ameghino eran su única familia. “Los buenos modales otorgan posibilidades”, aconsejaría su madre años antes, y a ellos apelaba ante cada escollo que ofrecía la vida. Esos mismos buenos modales le hacían sacudir la cabeza cuando se empantanaba alguna idea oscura en ella, cuando creía estar radicalmente perdida en un país extraño, con la compañía permanente de un perro faldero que la seguía a todas partes porque las actividades del museo secuestraban a su marido más tiempo del adecuado. Se acostumbró a hablar sola para no olvidarse de hacerlo. Discurrir con un científico no era fácil, menos todavía por su adicción al trabajo, y aun así permanecían juntos, amándose como el primer día, contribuyendo el uno con la otra en la forma más equilibrada que encontraron.

Ese destino le habían anunciado las gitanas parisinas aquel día de verano de mil ochocientos setenta y ocho al decirle que tendría una vida rodeada de huesos, en un país lejano y junto al hombre amado. Ella había aceptado el desafío. ¿Tenía derecho a protestar?

Se instalaron entre calle sesenta y once de la capital provincial. Leontina procuró mejorar su vestimenta acorde a las obligaciones institucionales de su marido. Rescató la ropa hindú adquirida en su momento en París para llevársela como modelo a una modista. Su figura no había cambiado, ni tampoco su natural elegancia, y le parecía que una cuota de exotismo sería bien vista en las reuniones protocolares o en los congresos en que participaría.

A poco de ocupar la nueva casa, Leontina sintió un dolor en el costado derecho del bajo vientre, o más precisamente en la pared interna del abdomen. Un tirón fuerte e imperativo que la obligó a doblarse en dos. Sentía el vientre muy dolorido y sensible, y el malestar empeoraba al caminar de un lugar a otro. Optó por descansar en una silla pero la molestia no desaparecía. Estaba sola y con la ventana abierta. Al ver en la vereda a una vecina, le pidió ayuda. La mujer envió a su hijo en procura del médico de su familia y mientras esperaban su arribo, le tomó la temperatura. Tenía fiebre y escalofríos. Preguntó si se sentía fatigada y ella asintió, un poco por educación y otra porque era cierto. Los últimos días habían sido muy activos. “Peritonitis”, dictaminó la mujer, acostumbrada a diagnosticar malestares en sus ocho hijos. Leontina se acurrucó sobre el lecho, buscando la posición más conveniente. “Peritonitis” confirmó el facultativo, ordenando la inmediata internación de la paciente porque el paso siguiente sería una cirugía.

—¿Qué sucede querida?—preguntó consternado Florentino al ver que la casa se había llenado de curiosos.

—Van a operarme el apéndice—dijo ella con un dejo de voz.

—No se preocupe. La tomamos a tiempo y así es una intervención sencilla. Y, además, su esposa es una mujer delgada, lo que asegura un corte fácil y una cicatrización rápida.

Su suegra vino a asistirla en esos días. El posoperatorio fue menos cruento de lo que esperaba y sentirse acompañada por Dina Armanino era de verdad reconfortante. Le prodigó cuidados como a una verdadera hija, y mucha ternura además.

—No sé cómo agradecerle doña Dina—comentó con su mejor ánimo.

—Soy yo la que no encuentra el modo de gratificar el amor que sientes por mi hijo. Eres una muchacha muy valiente, Leontina, afrontar sola y en un país extraño todas las vicisitudes que acarrea este hombre con su pasión por los huesos. Pocas mujeres harían lo que tú haces.—

—Estar quieta me obliga a preguntar qué otra cosa hacer para facilitar sus días y no se me ocurren nuevas ideas ahora que vivimos

más desahogados económicamente. Extraño los días en la librería. Me mantenía ocupada con las exigencias de los estudiantes, las remarcaciones de mercadería, y por supuesto, el trabajo específico de clasificación de fósiles, que sigo haciendo bajo la mirada atenta de su hijo.—

—Agradece entonces que esta operación te encontró en un momento aliviado. Hubiera sido otra la historia si se daba mientras vivían en Buenos Aires. No te preocupes porque Juan se ocupa del negocio con responsabilidad.—

—No tengo dudas sobre ello, doña Dina.—

—Florentino parece un león enjaulado desde que estás en este estado. Nunca lo había visto tan disperso y olvidadizo. "Me falta Leontina, mamá", dice como excusa, aunque tú ocupes la cama al otro lado del muro. Se acostumbró a contar contigo, a verte cada vez que lo necesita, a recibir tus palabras de aliento cuando algo lo desenfoca de su rutina. Es grande el amor que te dispensa, Leontina. —

El funcionamiento del museo insumía tiempo a su marido porque debían trasladar todas las piezas del Museo Arqueológico y Antropológico de Buenos Aires, unos quince mil ejemplares de piezas óseas y objetos donados por Francisco Pascasio Moreno, su director vitalicio. También los dos mil volúmenes donados por el director Moreno. Era mucho trabajo, muchísimo, y aunque el edificio no estaba totalmente terminado podía funcionar apropiadamente. Y llegó el día en que se abrió al público: el diecinueve de noviembre de mil ochocientos ochenta y ocho, en el sexto aniversario de la fundación de la ciudad. La gente circulaba bajo esos gigantescos muros, montando y bajando escalones, con un entusiasmo inusitado. En los depósitos quedaba mucho material sin clasificación o con informaciones incompletas y Florentino se desvivía por actualizar u organizarlos porque sabía que a su regreso del viaje de exploración por el sur patagónico, su hermano Carlos incrementaría notablemente la colección. Y efectivamente fue así. Tras nueve meses de su viaje a Santa Cruz, Carlos Ameghino aportó espléndidos tesoros que exigían ser estudiados antes de ser expuestos. Esos fósiles descubrían detalles prodigiosos, a lo que había que sumar las atinadas observaciones geológicas practicada por su hermano. Una febril carrera que obligaba a Florentino a dejar atrás los yuyales, las piedras, los huesos emergiendo del suelo. Su vida giraba ahora en torno a papeles, a consultar páginas borroneadas, a descifrar libretas de apuntes, a rescatar carpetas con dibujos en esbozo, acomodar libros nuevos y también los viejos,

reservándose apenas el goce de apuntar frases filosóficas sobre su ideario progresista. Frases que quedarían en lista de espera hasta el momento oportuno de publicarlas.

—Me incomodan aquellos que creen saber demasiado y dejan por ello de aprender algo más—rezongaba en ocasiones en su hogar.

—No está mal conformarse con lo logrado—lo contradecía Leontina, a riesgos de incrementar su mal humor. —No todos saben cómo buscar la verdad—insistía.

Se había recuperado totalmente de la intervención quirúrgica y muchas veces asistía a puestas teatrales o tertulias organizadas por las esposas de los científicos conectados con el museo. Momentos de distracción que no hacían más que refrendar su deseo de volver al hogar, a la compañía de "Coli", su perro cordobés, o a preparar cenas atractivas para compensar esa ausencia. Un toque de culpa fue ganándole espacio en su corazón. Arduo trabajo exigía a su marido, obligándolo a adquirir nuevos saberes. Como aprender alemán porque el ambiente científico se expresaba en ese idioma, y también en francés y en inglés, como sabía. Renegar con que el material en lengua germana lo hacía depender de otros, demorando sus tesis. Compró un diccionario alemán-español para traducir artículos. El primer desafío fue un rotundo fracaso ya que al pasarlo en limpio comprobó que lo escrito carecía de sentido, o quedaba desnaturalizado, probándole que no funcionaba el método de traducir palabra por palabra. Adquirió entonces una gramática alemana, dispuesto a doblegar la difícil lengua. Con la luz del candil y su empecinamiento pudo lograr al mes su propósito.

A todo esto, Leontina notaba que surgían las primeras grietas en la relación con el Perito Moreno, además de ciertas desinteligencias con otros colegas. Lo veía llegar acobardado después de recibir diferentes ataques en algunas cátedras y en periódicos científicos. Sólo el viejo Sarmiento, radicado por problemas de salud en Asunción del Paraguay, le ofreció su apoyo cuando pronunció una conferencia sobre el fallecido Darwin en uno de sus regresos. Los intrigantes lo tildaron de loco o de maniático, pero Sarmiento tenía el cuero duro.

—No me combaten por los datos que entrego sino por difundir nuevas ideas—protestaba Ameghino frente a su mujer.

—No es fácil eso—acordaba Leontina.

—¡Tendrán que aceptar de una vez por toda que la humanidad es evolucionista! La verdad está en marcha, les guste o no —se quejaba su marido.

—No enojes a la sociedad, Florentino. Es preferible ir más lento. —

—El periódico parroquial me define como un "hombre de gran pobreza moral, cubierta con la aparatosa carátula de cientificismo" ¿Te parece que debo permanecer callado?—

—Irritaste hasta a Moreno, Florentino. ¿Necesitabas hacer público tu rechazo a la paleontología bíblica?—

—Es que esa es la clave de mis principios, Leontina.—

—Volverán a quitarte el puesto y ya sufrimos las consecuencias de una situación parecida.—

—Ya llegó a instancias del gobernador Máximo Paz, y si él concuerda con el Perito Moreno quedaré sin trabajo ya que no soy hombre de ambigüedades, Leontina.—

—¿No reconsiderarás cuanto digo entonces, ni siquiera cuando llevamos tantos años conociéndonos?—preguntó ella, sabiendo de antemano la respuesta.

—¡Olvidé nuestro aniversario! ¡Perdón querida pero es que estoy tan abrumado!—

Corría el año mil ochocientos ochenta y ocho. Un decreto del Poder Ejecutivo de la Provincia de Buenos Aires lo exoneró de su puesto en el Museo de La Plata. El señor Glyptodón volvía a ser apaleado. Y mucho más aún al conocerse el enojo de don Francisco Pascasio Moreno quien públicamente reclamaba la devolución de las llaves del museo en un tiempo debidamente fijado. Previendo los movimientos que se venían dando en su contra, había escrito Florentino una carta al ministro de Obras Públicas, doctor Manuel B. Gonnet.

"*Cuando a mediados de 1886 fui nombrado Secretario Subdirector del Museo de la Provincia, acepté el cargo debido a las reiteradas instancias de su Director el doctor Francisco P. Moreno, quien con un cúmulo de promesas consiguió hacerme abandonar un empleo en el que gozaba de mayor sueldo, de más libertad y de mayores elementos de trabajo.*

Al doctor Moreno le constaba que me había dedicado especialmente al estudio de los vertebrados fósiles de la República Argentina, y acepté el cargo que se me ofrecía con la condición de poder continuar mis trabajos y creyendo que esa posición me sería ventajosa para propender a un conocimiento científico de la paleontología estratigráfica de la República, — pero me engañaba. .. Pasó todo el año 1886 ocupado en el trabajo puramente material del arreglo de las colecciones en la esperanza de que al siguiente aparecerían los prometidos «Anales del Museo»; como pasarán sin duda el 1888 y el 1889, y si alguna vez

dicha publicación llega a aparecer, a juzgar por el carácter del señor Moreno, serán probablemente algunas entregas de costosas ilustraciones que agotarán fondos SIN RESULTADO CIENTÍFICO PRÁCTICO.

No he exigido del señor Director del Museo que costeara la impresión de mis trabajos; he pedido simplemente lo que a nadie se le podría negar sin cometer una injusticia, que, mientras el Museo no tuviera publicaciones propias, me permitiera que yo publicara mis estudios en la forma que me fuera más conveniente, contestándome que no permitiría la descripción e ilustración de objetos del establecimiento fuera de los «Anales del Museo», y como éstos se publicarán quién sabe cuándo, mi estudios saldrían (esto, si se publicaran alguna vez), cuando ya no tuvieran interés, o cuando fuera necesario empezarlos de nuevo, como me sucede ahora con la Monografía de los Toxodontes, impresa en Mayo de 1887, para los «Anales del Museo», pero de la que sólo he repartido un limitadísimo número de ejemplares. Las investigaciones científicas marchan tan de prisa que ese trabajo en gran parte ya sólo tiene un gran valor histórico, y su distribución por el Museo un año o dos después de impreso será, por no emplear otros términos, sencillamente una ridiculez.

No puedo avenirme a este papel, pues no necesito del beneplácito ni del visto bueno del doctor Moreno para cumplir con mi deber hacia la sociedad, pues sólo personas dominadas por un egoísmo desmedido pueden guardar para sí los resultados de sus trabajos o poner trabas a otros para que no los den a la publicidad".

Ante algunas reacciones generadas en las esferas de gobierno, Florentino insistió en aclarar su posición ante Gonnet.

"He reflexionado sobre lo que V. E. tuvo la deferencia de proponerme el sábado último y encuentro que lo que se me exige no se ajusta a mi carácter, acostumbrado siempre a llamar las cosas por sus nombres.

Si en mi nota se hubiera deslizado involuntariamente alguna palabra ofensiva para el Excelentísimo Gobierno, no titubearía un instante en dar las satisfacciones que se me exigieran ; pero pedirme que modifique los términos de mi renuncia de Subdirector del Museo, motivada por los procedimientos irregulares del doctor Francisco P. Moreno como Director, cuando tengo mi conciencia tranquila y la convicción de haber cumplido con mi deber, me parece poco correcto, o a lo menos poco decoroso para mi nombre, si me prestara a ello.

El conflicto sobrevenido con el Director del Museo tiene mayor trascendencia que la que, sin duda, le ha dado el recto e ilustrado Gobierno de que V. E. forma parte; y por su naturaleza está destinado a saltar los límites de la Provincia y de la República, para ser juzgado en

todas partes del mundo civilizado en donde haya personas que sigan con interés el movimiento científico de los distintos ramos del saber humano que más o menos directamente se ligan a los estudios para cuyo fomento fue creado el Museo de La Plata.

Después de haber aparecido en las columnas de los periódicos el texto de mi renuncia, después de haber recibido de personas respetabilísimas de distintos puntos de la República la expresión de su sentimiento por mi separación del Museo, acompañada por la aprobación de mi actitud como la única que ponía a salvo mi dignidad personal y mi humilde reputación científica, y cuando tengo la convicción de que me asiste la razón, como lo demostraré en oportunidad probando que el doctor Francisco P. Moreno ha faltado a su palabra de caballero, juzgo infinitamente más honroso para mí ser destituido del empleo que desempeñaba, que modificar los términos de mi renuncia, cuando menos por lo que al Director del Museo se refieren".

—¿Y ahora qué haremos?—preguntó Leontina.

—Abriremos otra librería—respondió tozudamente su marido.

—Claro, tenemos experiencia—acotó resignada.

La nueva librería comenzó a funcionar en calle sesenta esquina once como principal auxilio en la economía familiar. "Librería Rivadavia" llamó esta vez a su negocio. A un costado del salón principal, un depósito con mesas improvisadas sobre caballetes recibía huesos y calcos de yeso, más todas las cajas y cajones con fósiles provenientes de distintos lugares.

Leontina despachaba a la clientela junto a una mesita de pino mientras una ventana sin persianas bañaba el recinto con luz de la calle. A un costado, la biblioteca de su marido, su escritorio de trabajo y un fichero que Florentino reverenciaba.

—Este pequeño mueble resume muchos años de trabajo—decía sobre el fichero.

—Es la prueba de todo lo que trabajaste—respondía orgullosa.

"Coli" se enrollaba a sus pies mientras ellos hablaban, y a veces levantaba su cabeza para mirarlos, como si quisiera integrarse plenamente a esa familia minúscula. Así fue como comenzó a reducirse el horizonte de Leontina Poirier, o a repetirse en días incoloros. Pero también estaban las cartas de Anna Lawson desde Ciudad del Cabo, refiriéndole situaciones inverosímiles sobre un país con grandes contrastes.

"Ciudad del Cabo está casi a la altura de Buenos Aires en el mapa, podrás comprobarlo en cualquier planisferio, pero me animaría a decirte que es distinta a todo lo conocido, Leontina. Aludía luego a la

situación social de aquel pueblo, a los riesgos que debían afrontar, a la situación de inestabilidad general que la conmovía. "*Estimo que Argentina es bastante parecida a Europa, con sus particularidades por supuesto, y tal vez por eso me gusta tanto escribirte. Tengo escasas noticias de mis hermanos pequeños, que ya no lo serán tanto por supuesto, y tal vez por eso me gusta imaginar que alguna vez podamos cruzar la inmensidad oceánica para abrazarnos como aquella vez en Calais. Por el momento, vuelco mis preocupaciones en estas hojas. Tu última carta daba cuenta de conflictos en el museo donde trabaja Florentino. Confío se allanen pronto porque intuyo queuna cuota de soledad se instaló en tu casa, más allá del cariño que prodigas a ese perrito fiel que sigue tus pasos donde quiera que vayas. Quedo a la espera de tus noticias. Un abrazo. Anna".*

Florentino Ameghino blandía con orgullo su tratado de "Filogenia", en el que enumeraba con claridad todas las ciencias de las que se valía para restaurar la genealogía de los seres.

—¿Existirán antepasados fósiles de "Coli" —bromeó Leontina para distraerlo.

—Sin duda, aunque nuestro perro tiene estirpe cordobesa— completó él.

No dejó nunca de ser febril el trabajo de su marido. Ninguna regla resultaba definitiva en el terreno de la evolución. Sus colegas dejaron de agredirlo, aceptando incluso como válidas algunas de sus teorías. "No se puede detener el progreso", decía él al calor de la alcoba o en tanto compartían las comidas. Mientras Florentino acumulaba teorías y La Plata acrecentaba su prestigio de ciudad esplendorosa, Leontina Poirier enfrentaba inconvenientes. El domicilio de calle once al mil trescientos cincuenta requería continuos arreglos. Cuando no era una pared la que perdía sustento, el techo se agrietaba o las cañerías del baño y la cocina se atoraban, y la propiedad aledaña, adquirida para mayor comodidad, exigía continua presencia de albañiles y pintores. Razón más que justificada para permanecer en el negocio. Cuando la clientela lo permitía, se escurría al depósito a modelar en arcilla piezas óseas necesarias para armar los esqueletos. En los tiempos del museo, Florentino había contratado a un ceramista para completar las piezas inexistentes, y luego de abandonar aquel trabajo, lo contrató como colaborador de sus propias colecciones. Debía incrementar otra vez el número de fósiles ya que los anteriores formaban parte ahora de la colección del museo. Ese ayudante, un joven de veintitantos años, parecía idolatrarla, y gracias a su apoyo, Leontina descomprimía sus obligaciones. Mientras él reconstruía las partes

faltantes de los esqueletos con el propósito de exhibirlos armados, ella sumergía sus manos en el barro, dejándose ganar por el espíritu sensual de esa masa que se doblegaba fácilmente a sus caprichos. A veces, y al margen del trabajo, hacía cacharros o figuras simples que, una vez cocidas, exhibía con orgullo sobre los muebles de su casa.

Florentino se enfrascaba en pensamientos profundos, que apuntaba en sus cuadernos con verdadera elocuencia.

—Cuando te conocí no creía en Dios pero hoy me es indiferente si existe o no. Intento portarme bien, y espero conseguirlo, porque el verdadero mérito de hacer el bien es ése: hacer el bien porque sí. El problema de la existencia o no de Dios escapa a toda investigación humana y tratarlo de discutir no merece, en mi opinión, ni siquiera el gasto de la saliva, cuanto más del tiempo y de la inteligencia. Estimo que el dominio de la razón sobre las preocupaciones de nuestro tiempo nos conducirá sin duda, a este resultado dentro de pocas generaciones.—

—¿Pasará igual con el alma?—preguntó.

—Es un problema científico que se resolverá afirmativamente.—

—No entiendo.—

—Aunque la inteligencia no sea más que una de las formas del llamado instinto, ambas son adquisiciones lentas de un sinfín de generaciones. Es una calidad adquirida por la materia. Le escribo algo de esto a mi amigo Luis Alberto Mohr.—

—¿Y has cambiado sobre el origen de las especies?—

—Ese es un hecho definitivamente adquirido que él es debido a la evolución. Negado solamente por los últimos representantes octogenarios de una antigua escuela. Venerando los años de que están cargados y los servicios prestados a la ciencia, nadie se ocupa de contestar las herejías científicas que estampan. Me refiero a los naturalistas.

—¿Y los otros, los que no son naturalistas?—

—Esos no tienen voto en esta cuestión. La verdad de la teoría de la evolución se prueba y reprueba por varios procedimientos que dan a los resultados toda la exactitud de las operaciones matemáticas. Las grandes dificultades no están en la teoría de la evolución, que es un hecho que domina el Universo, sino en la aplicación a cada caso particular, terreno del que se ocupan los naturalistas contemporáneos.—

—¿De qué hablabas el otro día con el arzobispo Espinosa?—

—Precisamente de estos temas. Estuvo provocándome acerca de la creación del mundo y le dejé decir lo que quería, sin rebatirle ni

una sola de sus aseveraciones, y después, cambiando radicalmente comencé a hablar de la Patagonia, que le gusta tanto.—

—¿Conoce la Patagonia?—preguntó Leontina.

—Anduvo mucho por ella en calidad siendo capellán—respondió Ameghino.

—O sea que creyó haberte vencido en la dialéctica—comentó su mujer.

—Es verdad. Decía, muy orondo que Dios había hecho todo de la nada. Mientras yo rememoraba mis caminatas por la costa de los ríos, de las que volvía con las bolsas repletas de huesos desenterrados. ¿Y sabes qué le dije?—

—A ver.—

—¡Lo que son las cosas! En mis excursiones, y ya sabe que me he pasado media vida andando de aquí para allá, he podido encontrar un poquito de todo, pero nunca, nunca, he podido encontrar un poquito de nada. Y como sigo andando sin cansarme de buscar, espero que algún día se haga el hallazgo, y entonces se lo avisaré y continuaremos esta conversación con… ese poquito de nada por delante.—

—¿Y qué respondió?—

—Que siguiéramos hablando de la Patagonia.—

Nada le resultaba más placentero a Leontina Poirier que ese buen humor, sobre todo cuando se esmeraba en plantear tesis sobre el supuesto enojo de un Dios vengativo que castigaba a toda la humanidad con un diluvio. Disfrutaba viéndolo sonreír mientras se atusaba su fina barbilla en punta, con aquella indumentaria habitual: un jaquet oscuro en el trabajo porque reservaba la levita para los actos científicos, aunque ya no estuviera a la moda. A él le resultaba apropiada y eso bastaba.

Leves tristezas fueron ganando el alma de Leontina ante la ausencia de hijos en un período por demás fructífero para Ameghino. *"Contribución al conocimiento de los mamíferos fósiles de la República Argentina",* de mil sesenta páginas, o el atlas con noventa y ocho láminas con figuras importantes, aparecían como por arte de magia mientras ella se dejaba ganar por los silencios.

Su incertidumbre la llevaba a concretar distintos recorridos por la ciudad con el propósito de espantar a los fantasmas que solían acosarla. En una de esas tardes, sentada en un banco de la plaza central, justo enfrente de la imponente iglesia de estilo neogótico que apuntaba sus torres al cielo, se preguntó si tenía alguna significación que se hubiera ubicado en ese lugar. Estuvo varios minutos cavilando sobre el tema mientras los vecinos cruzaban

frente a ella con rumbo desconocido. El rítmico trote de los caballos, sujetos a los coches de paseo, tenía la virtud de transportarla hacia Francia. Lejos, muy lejos de aquella ciudad moderna que ofrecía el estuario del Plata. Un manisero le ofreció un cucurucho con su deliciosa mercadería. Rechazó con una sonrisa, absorta ante la vista de la iglesia. ¿Estaba obrando como niña desorientada, como cuando era pequeña y las cuestiones del Cielo se le ofrecían como remedios salvadores? ¿Estaba bien que una mujer adulta se reinstalara en la infancia sólo porque la ganaba una gran tristeza? Se incorporó lentamente e iba a cruzar la calle cuando aparecieron ellas. Ellas, las gitanas. También en La Plata, réplicas exactas de aquellas de París que sabían ganar lugares estratégicos para organizar sus hechizos. No otra explicación tenía para dejarse ganar la voluntad de esa manera, siendo como era una mujer lógica y práctica.

En vez de atravesar la calzada, lo hicieron ellas, en grupo, hablando a viva voz, riéndose con ganas. Parecían adivinar sus tribulaciones. Quedó paralizada cuando el grupo la rodeó en completa jarana. ¿La ronda formaba parte de sus rituales mágicos? ¿Daban así sustento a sus conjuros? Una vieja con dientes amarillos y pañuelo atado a modo de turbante rompió el alineamiento para ponerse más cerca.

—Vienes de un lugar lejano —dijo.

—Es fácil darse cuenta de que no he nacido aquí—se atrevió a desafiarla.

—No dudes de mis dotes, mujer—replicó enojada la gitana.

—No tengo tiempo para historias de fingidos milagros pero quiero que me digan si algún día tendré hijos —la apremió.

—No eres tú sola quien los concibe. Debes fijarte en la fecundidad de los miembros de tu familia. Si todos tienen hijos, tú los tendrás.—

—Mis hermanos son padres—contestó interesada.

—¿Pasa igual con los miembros de tu familia política?—

No respondió. Pagó las monedas que consideró ganadas y regresó a su casa, cabizbaja. ¿Por qué no había pensado en una posible infertilidad de Ameghino? Ni Carlos ni Juan tenían hijos, y María Luisa no se había casado todavía. Plantear sus lastimosas dudas podía resultar doloroso. Halló correspondencia de Sudáfrica a su regreso. Anna Lawson la saludaba una vez más.

“Querida Leontina. La empresa de mi marido sigue siendo floreciente, comercia diamantes, y sabrás que existe en esta tierra gran cantidad de ellos, motivo por el cual estoy sola demasiado tiempo.

Ciudad del Cabo es una ciudad importante, tengo una espléndida residencia, personal de servicio y sigo enamoradísima de Daniel, y él lo está de mí, pero en todos estos años no se anuncian los hijos. Tú tampoco los tienes o habrías mencionado sus nombres en tus cartas. ¿Qué crees que ocurre con nosotras?"

Abandonó la lectura. No podía continuar. Sus ojos se llenaron de lágrimas. ¡Su misma situación ante un igual anhelo! Anunció a Florentino ciertas molestias estomacales para justificar una visita al consultorio. Le recetaron volver con los resultados de sus análisis para un buen diagnóstico. Una semana después sabía que estaba sana y en condiciones de tener un hijo. Florentino, en tanto, le hacía partícipe de sus preocupaciones de espíritu.

—Los años moderan nuestro temple ¿no crees? —dijo.

Ella lo miró sorprendida. No notaba moderación en su contracción al trabajo ni en el caudal de obra producida. Era un hombre de hábitos fijos. Comenzaba su jornada a las cinco y media de la mañana y la terminara a las doce, tanto sea para escribir, analizar huesos o tras su propósito de modernizar espíritus. Pasaban por un período calmo, en que parecían haberse aquietados ciertas críticas, pero no iba a ser duradero ese estado. Resurgieron los últimos ecos de su renuncia al Museo de La Plata. Se hablaba, y fuerte, de aquel acto, en favor y en contra, aunque Ameghino se reconocía enemigo de toda rencilla. Era y había sido siempre un hombre pacífico, pero fue tal la arremetida que alzó su voz contra de esas camarillas. "*He pasado dieciocho años de mi vida economizando diariamente un pedazo de pan para proseguir mis estudios, trabajando sucesivamente de ayudante y después como maestro de escuela. Fui tenedor de libros, escribiente, corrector de pruebas y librero. En el año mil ochocientos ochenta y dos empeñé mi reloj en el Monte de la Piedad de Buenos Aires para poder comer, y en otras ocasiones, por no tener para el pasaje, hice a pie el camino de Buenos Aires a Luján. Cuando una persona de mi carácter escribe ciertas cosas es porque tiene conciencia de lo que dice y energía suficiente para sostenerlo".*

Así dio por concluida su etapa en el Museo de La Plata, decidido a enfocar sus energías en investigaciones filosóficas que se imponían a su condición de naturalista o paleontólogo.

—El cosmos es un conjunto de varios infinitos: el inmutable infinito espacio, ocupado por infinito materia, el infinito movimiento, en la sucesión del infinito tiempo —solía explicar.

—Muy complicado para mí pero ¿habrá en ese conjunto de infinitos la posibilidad de que tengamos un hijo?—

—¡Qué pregunta! Me has pescado en falta —respondió Florentino tratando de hacer tiempo.

—Me ronda esta inquietud desde hace mucho, sin planteártela como desearía, respetuosa del espacio que asignas a esa humanidad de la que formamos parte, y a la que temo no habremos de aportar nada si no llegan los hijos. Y el ciclo biológico nos apremia.—

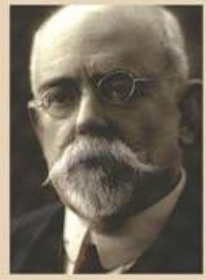
—Llevamos años juntos, es verdad, y no llegan aunque nos amemos. Sigo enamorado de ti como al principio, Leontina; entrego y recojo amor en cada abrazo pero está visto que algo de nuestra naturaleza se resiste sin que yo pueda explicar por qué sucede.—

Ella abrazó su espalda con ternura, sin dejar que viera la humedad de sus ojos, y después, y en completo silencio, ocupó su lugar en la silla para completar nuevas vueltas al ganchillo, en ese tapete ovalado que esperaba terminar antes de fin de mes. Y un día, su madre dejó de reclamar nietos. Definitivamente. Y ahí sí Leontina Poirier lloró a los gritos, tanto pero tanto que quedó alojada para siempre una perlada nube sobre sus ojos claros. Era un alerta, un signo, un símbolo o la confirmación de que tendría congelada la posibilidad de perpetuarse por haber sellado un pacto con el pasado, con esos huesos antiguos que ocuparan tanto espacio en su vida. Tras ese descubrimiento, se prometió permanecer más juntos que nunca, uno al lado del otro, haciendo que su historia de amor lo contuviera todo. Al igual que la araña que hila su tela, ellos habían tejido un entramado de esperanza, una especial liturgia, un amor práctico y fantasioso que incluía tanto olor a huesos amontonados como a las flores silvestres o a la humedad que brota después de un chaparrón. El significado de la vida no debían encontrarlo mirando hacia atrás porque ella era algo más que nacer, crecer o madurar. Era un desafío diario, valorar cada momento, cada hora o minuto compartidos y vivirla con buen ánimo, obligándose a dominarse y rehacerse cuantas veces fuera necesario.

Y terminó el tapete y comenzó otro nuevo, acarició infinidad de veces a su fiel mascota y acompañó a Florentino, como lo había hecho siempre, hasta cuando se objetó su teoría sobre el origen pampeano de la humanidad, aquella por la que se habían conocido en un tórrido verano parisino, tras comprobarse que los huesos estudiados no pertenecían a la era terciaria sino a la cuaternaria. O sea, no existían puentes intercontinentales que unieran América con el Viejo Mundo. Compartió todos los logros de su marido, sus nuevos nombramientos, las publicaciones importantes, hasta que murió, en La Plata, en junio veintiocho de mil novecientos ocho, sin que ningún pronóstico gitano lo hiciera previsible. Florentino la

siguió después, el seis de agosto de mil novecientos once, a las ocho y veinte de la mañana.

Nunca tuvo hijos la mujer del huesero, y tampoco el huesero.



Florentino Ameghino tuvo el ahínco del conquistador, la firmeza del estudioso y la solvencia espartana del sabio. Por eso un día lanzó al mundo la teoría de que el origen del hombre había tenido lugar en territorio argentino. Ningún otro compatriota se arriesgó a tanto. En algún tiempo lo llamaron despectivamente "el huesero".

Hoy su nombre encabeza la ciencia nacional.

Esta novela presenta a su mujer, Leontina Poirier, joven francesa de la que se enamoró en París en ocasión de presentar su tesis en la Feria Internacional de 1879.

Consciente de las dificultades que presenta el abordaje de los temas científicos, la autora apeló a una trama sencilla para difundir aspectos de la ciencia junto a otros de la vida cotidiana, y lo hace sin endiosar a sus personajes.

"La mujer del huesero" es un libro notable que cuenta con una correcta ambientación, conflictos de época y testimonios atractivos que han sido presentados con fluida prosa.

eBook
KINDLE